



afkar/ideas

REVISTA PARA EL DIÁLOGO ENTRE
EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO

VERANO DE 2026 — NÚM. 78

EUROPA 8 EUR | MARRUECOS 43 DH | ARGELIA 400 DZD | TÚNEZ 9 TND



ORIENTE MEDIO: VOLATILIDAD Y VÉRTIGO

IEMed.
Instituto Europeo del Mediterráneo

**POLÍTICA
EXTERIOR**

Buscamos empresas con dudas

En Santander ponemos **nuestro conocimiento**
y **experiencia al servicio de tu empresa** para ayudarte
a decidir antes y mejor, y así pasar de dudar a crear.



Es el momento 

ÍNDICE



3 Editorial

4 Revista de prensa

— Entrevista

- 8 "EN ORIENTE MEDIO NO ESTUVIMOS A LA ALTURA Y SEGUIMOS SIN ESTARLO"

Entrevista con Josep Borrell

— Gran angular

- 14 LA ACCELERACIÓN DEL ORDEN DE DIVERSIFICACIÓN ESTRATÉGICA EN ORIENTE MEDIO

John Calabrese

- 18 LAS MONARQUÍAS DEL GOLFO ANTE LA GUERRA DE IRÁN

Fatiha Dazi-Héni

- 24 IRÁN Y SU 'EJE DE LA RESISTENCIA' CONTRA LAS CUERDAS

Jesús A. Núñez Villaverde

- 28 EUROPA Y LA GUERRA CON IRÁN: DE LA DESCOORDINACIÓN HACIA LA AUTONOMÍA ESTRATÉGICA

Patrick Costello

- 32 INDIA, PAKISTÁN E IRÁN: VECINOS DE UNA MISMA REGIÓN

Ana Ballesteros

— Ideas políticas

- 40 ISRAEL: EN GUERRA Y A LA ESPERA DE ELECCIONES

Alain Dieckhoff

- 44 LOS LÍMITES ESTRATÉGICOS DE LA DOCTRINA MILITAR DE ISRAEL

Aicha Elbasri

- 48 LA GUERRA SIN SALIDA DE LÍBANO

Helena Pelicano

- 52 UN CAMPO DE BATALLA LEJANO, CON COSTES TANGIBLES

Len Ishmael

— Tendencias económicas

- 58 SOBERANÍA TECNOLÓGICA Y GEOPOLÍTICA DEL GOLFO

Sara Bazoobandi

- 62 IMPLICACIONES ENERGÉTICAS DE LA GUERRA DE IRÁN

Gonzalo Escribano

- 66 DEL GOLFO PÉRSICO AL DESAFÍO ALIMENTARIO GLOBALIZADO

Sébastien Abis

— Diálogos

- 72 EL PRECIO DE LA ESTABILIDAD: LA GUERRA Y EL FUTURO DEL PODER BLANDO DEL GOLFO

Giuseppe Dentice

- 76 DEPORTE EN EL GOLFO, ¿UNA POTENCIA BASADA EN LA CIRCULACIÓN HOY AMENAZADA?

Raphaël Le Magoaric

- 80 LAS MAREAS DE LA RESILIENCIA

Rebecca Anne Proctor

84 Publicaciones



European Institute of the Mediterranean



Directores

Senén Florensa, Belén Becerril

Redactoras jefas

Gabriela González de Castejón, Elisabetta Ciuccarelli

Redacción

Jordi Bertran

Infografía

Adriana Exeni

Redacción, administración y publicidad

Fundación Análisis de Política Exterior, Pº de la Castellana 53, 28046 Madrid. Tel. (+ 34) 91 431 26 28

www.politicaexterior.com

IEMed, Girona 20, 08010 Barcelona. Tel. (+34) 93 244 98 50

www.iemed.org

Suscripciones: suscripciones@politicaexterior.com

Distribución: SGEL (www.sgel.es)

© 2026. Fundación Análisis de Política Exterior (Madrid)

© 2026. Instituto Europeo del Mediterráneo, IEMed (Barcelona)

ISSN: 1697-0403 / Depósito Legal: M-49925-2003

Foto de portada: Getty Images

afkar/ideas es una revista editada por la Fundación Análisis de Política Exterior (Madrid) y el Instituto Europeo del Mediterráneo, IEMed (Barcelona). Los artículos publicados no reflejan los criterios de afkar/ideas expuestos en sus notas editoriales. La revista recoge distintos estudios y opiniones, fiel a su propósito de animar el debate periódico sobre la evolución de Europa y el Mediterráneo.



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte



Con el apoyo de la Secretaría de Estado de Asuntos Exteriores y Globales



Con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo

La Fundación Análisis de Política Exterior y el Instituto Europeo del Mediterráneo, a los efectos previstos en el artículo 32.1, párrafo segundo del vigente TRLPI, se oponen expresamente a que cualquiera de las páginas de afkar/ideas, o partes de ellas, sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la totalidad o parte de las páginas de esta obra sólo podrá ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Revista impresa con papel procedente de bosques sostenibles

ORIENTE MEDIO: VOLATILIDAD Y VÉRTIGO

A un año y medio del segundo mandato de Donald Trump, la inquietante sensación de vértigo en la escena internacional no cesa, principalmente por las acciones del volátil presidente de la primera potencia mundial.

La decisión de más calado global fue, sin duda, empezar una guerra contra Irán el pasado febrero que pronto quedó enquistada y cuyo alcance geopolítico y económico sigue reverberando. A mediados de junio, el presidente de EEUU firmaba, en el simbólico Palacio de Versalles, un memorando de entendimiento con representantes de Irán para, en un plazo de 60 días, poner fin a la guerra que inició junto a Israel para derrocar el régimen de los ayatolás y acabar con su programa nuclear. Estos dos objetivos no se han alcanzado y el preacuerdo incluye concesiones económicas a Teherán, cuyos dirigentes salen reforzados, convencidos de tener un arma determinante lista para usar a conveniencia –el control del estrecho de Ormuz– y con ínfulas para intentar reactivar su “eje de la resistencia” con sus socios regionales.

En este sentido, Irán condiciona seguir en las conversaciones de paz al cese de hostilidades contra su aliado Hezbolá en Líbano por parte de Israel. La fragilidad de todo el proceso se pone de manifiesto continuamente. No solo Irán y EEUU siguen cayendo en provocaciones y represalias que amenazan con hacer descarrilar el diálogo, sino que hay serias dudas sobre la viabilidad del acuerdo marco de paz suscrito por Israel y el gobierno libanés en Washington el 26 de junio, que prevé la retirada israelí del sur del país y el desarme de Hezbolá. Y, sin embargo, pocas veces se repetirá una confluencia tan favorable para un nuevo amanecer en Líbano como la actual: un gobierno libanés reformista, un partido-milicia chií diezmado y un aparato de Estado con garantías de financiación externa.

Lamentablemente, Israel con su sobrerreacción tras sufrir el más grave ataque terrorista de su historia lleva instalado en una huida hacia adelante desde octubre de 2023, endurecido por tres años de campañas militares (Gaza, Líbano, Irán) y con la peor imagen internacional de todos los tiempos. Una inercia que, aunque Benajmín Netanyahu fuera apeado del poder en las elecciones previstas para otoño, no cambiará a corto ni medio pla-

zo. Pero incluso en el caso de que el acuerdo para Líbano resista, la carrera de obstáculos para un apaciguamiento en la región será larga y complicada. En parte, por la desconfianza entre los contendientes y, en parte, porque el acuerdo ha sido interpretado por muchos como una capitulación de Washington, dados los grandilocuentes objetivos anunciados al iniciar la campaña militar, y que Trump no soporta la etiqueta de perdedor. No tardó en certificar que no tolerará ningún traspies. Cuando Irán y EEUU se enzarzaron en nuevos choques por las dificultades que Teherán impone a la circulación marítima por el estrecho de Ormuz, Trump dio por finiquitadas las negociaciones y llamó “escoria” a los dirigentes iraníes en la cumbre de la OTAN en Ankara el 8 de julio. Y si bien el recrudecimiento consiguiente de los ataques deja en la cuerda floja la vía diplomática, sigue vigente sobre el terreno el “empate técnico” que condujo a abrir el diálogo: pese a su superioridad militar, Trump no consigue doblegar a Irán y, sobre todo, no puede permitirse el impacto de la disrupción del flujo de petróleo en la economía global y de EEUU. Menos con unas elecciones de mitad de mandato previstas en noviembre y cuando solo uno de cuatro estadounidenses piensa que la guerra de Irán ha valido la pena por sus costes y beneficios, según una encuesta de Ipsos y Reuters.

Por otro lado, la onda expansiva del conflicto espolea a muchos países a acelerar la búsqueda y diversificación de alianzas para navegar con garantías esta nueva era de desorden geopolítico. En el golfo Pérsico, Arabia Saudí impulsa ante Irán una nueva arquitectura de seguridad regional (con Turquía, Pakistán, Egipto, Omán) que reduce su dependencia militar de EEUU. Mientras, una Europa que teje laboriosamente nuevas alianzas y que igualmente se prepara para reforzar su defensa ante la desafección de Trump, ha retrasado la aprobación de su nueva Estrategia para Oriente Próximo precisamente para adaptarla a la rápida y volátil evolución de los acontecimientos en la región. En todo caso, urge ponerla en marcha para colaborar con Siria, Líbano y los países del Golfo en la estabilidad regional, pero sobre todo para que Europa pueda afrontar con valentía la cuestión central para la zona: el conflicto israelo-palestino./



LA EXTERNALIZACIÓN DE LAS EXPULSIONES DE EXTRANJEROS ES INCOMPATIBLE CON LOS VALORES DE EUROPA

EDITORIAL-LE MONDE

04/06/2026

Un nuevo reglamento europeo pretende encomendar a Estados pobres y poco respetuosos con los derechos humanos –a cambio de una remuneración–, la tarea de acoger a los inmigrantes en situación irregular que no pueden ser expulsados a sus países de origen. Esta política inaceptable constituye una renuncia de la Unión Europea a los principios humanitarios en los que se fundamenta.

Si hacía falta una prueba de que la cuestión de la inmigración está en el centro de la reconfiguración actual del panorama político europeo, la alianza formada por la derecha y la extrema derecha en el Parlamento Europeo para impulsar un endurecimiento sin precedentes de la política de los Veintisiete en esta materia la proporciona.

Aprobado el 9 de marzo (...), el reglamento destinado a acelerar las devoluciones de migrantes en situación irregular fue objeto, (...) de un acuerdo entre los Estados miembros, el Parlamento y la Comisión europeos. El texto resultante (...) aún debe ser validado formalmente y complementa el 'pacto sobre migración y asilo' que, por su parte, (...) introducirá una mayor solidaridad entre los Estados miembros.

Es cierto que el principio de libre circulación en el espacio Schengen y la necesidad de controlar las fronteras exteriores de la UE suponen una mayor cooperación entre los Estados. Sin embargo, el nuevo reglamento (...) equivale a construir dicha cooperación desde abajo, mediante la adopción de medidas que no solo son inaceptables a la luz de los principios de los derechos humanos, sino que además son de una eficacia dudosa.

El texto, que se supone está destinado a mejorar la tasa de ejecución de las resoluciones de expulsión –un 28% de media–, multiplica los medios de presión. Autoriza la incautación de los documentos de identidad de los extranjeros en situación irregular que se nieguen a abandonar el territorio

y la ampliación hasta los dos años de duración de la retención. (...) también crea una 'orden europea de retorno', (...). Sobre todo, permite la creación, fuera de la UE, de 'plataformas de retorno' a las que podrían ser enviados los extranjeros rechazados por su país de origen.

Estas orientaciones son el resultado del giro hacia la derecha del Parlamento Europeo en las elecciones de 2024. Consagran el preocupante alineamiento de los conservadores con la extrema derecha que ya se había observado en materia medioambiental, y reflejan también el cinismo de Agrupación Nacional que, desde la votación del nuevo reglamento, ha pasado de denunciar la 'Europa colador' a rendir homenaje a una 'Europa escudo'.

La inclusión de las 'plataformas de retorno' (...) –sobre la que Emmanuel Macron se ha mostrado 'escéptico'– debe denunciarse con contundencia. Equivale a confiar, a cambio de una remuneración, a Estados pobres y poco respetuosos con los derechos humanos como Ruanda, Uganda o Uzbekistán, la tarea de acoger a las personas indocumentadas que no pueden ser expulsadas a sus propios países.

Esta 'externalización', considerada disuasoria por algunos Estados, constituye a la vez una renuncia de la UE a los principios humanitarios que la fundamentan y la exhibición demagógica de una 'solución' engañosa. Así lo demuestran tanto el abandono por parte de Reino Unido del ineficaz, ilegal y costoso proyecto de enviar a los inmigrantes irregulares a Ruanda, como el fracaso del 'plan Albania' de Meloni en Italia o la escasa eficacia de los acuerdos de devolución similares firmados por Trump con países de América Latina y África.

Si bien Europa necesita una política de inmigración armonizada, también necesita discursos veraces y medidas realistas para que la opinión pública acepte que la eficacia de las expulsiones depende menos de medidas jurídicas o de anuncios mediáticos que de una paciente labor diplomática y de una política de cooperación con los países de origen, en un mundo donde los inmigrantes se han convertido en medios de presión y moneda de cambio."



TEHERÁN ENCARNA DE NUEVO LA RESISTENCIA A OCCIDENTE

AZANE MOAVENI-THE NEW YORK TIMES (TRADUCCIÓN: COURRIER INTERNATIONAL)

16/06/2026

El 22 de octubre de 1951, de pie ante la Campana de la Libertad en Filadelfia, el primer ministro iraní Mohammad Mossadegh se dirigía a un auditorio de varios centenares de personas en el Salón de la Independencia. Evocó con admiración la libertad estadounidense y trazó un paralelismo entre la lucha por la independencia de Estados Unidos y la lucha que libraba entonces Irán para liberarse del control de Reino Unido sobre sus asuntos y sus recursos naturales. 'La fe en la independencia nacional es universal, todos los pueblos la comparten', declaró.

Dos años más tarde, fue derrocado en un golpe de Estado orquestado por Washington y Londres, porque había decidido nacionalizar el petróleo iraní y tomar el control de la compañía británica Anglo-Iranian Oil Company. En aquella época, amplias regiones del mundo se sacudían el yugo del colonialismo y adoptaban nuevas identidades nacionales. En este contexto, el nombre de Mossadegh se convirtió en sinónimo de la búsqueda de la independencia y de la lucha contra el imperialismo occidental. Su destitución se sigue viendo hoy con amargura en todo el Sur Global como un ejemplo de los errores de la política exterior estadounidense.

Hoy, la resistencia iraní frente a la coerción occidental vuelve a servir como clamor de unidad. Con la irresponsable guerra de Trump, la hostilidad estadounidense hacia Irán adquiere el carácter de un relato premonitorio: cualquier Estado que se salga de la línea podría sufrir un castigo violento. (...) el mundo no occidental, indignado, ha manifestado su solidaridad y apoyo a Irán. Incluso los países que no aprueban el trato que el régimen de los ayatolás inflige a su propio pueblo ni su comportamiento en la región están viviendo un momento 'Yo soy Irán'. (...)

En el pasado, Teherán ya desempeñó el papel de adversario iconoclasta que cuestiona el orden

mundial. Tras la descolonización, Irán fue el primer gran país productor de petróleo de Oriente Medio que intentó nacionalizar su sector petrolero. Cuando Mossadegh hizo escala en Egipto en 1951, se calcula que unas 250.000 personas se agolparon en las calles de El Cairo, muchas de las cuales coreaban: '¡Larga vida al líder del antiimperialismo!'.

Mossadegh fracasó, pero su audacia contribuyó a alumbrar un nuevo orden mundial. Gamal Abdel Nasser, (...), estudió minuciosamente su enfoque y sus errores y, tres años después del derrocamiento de Mossadegh, su nacionalización del canal de Suez se saldó con un triunfo.

Hoy, las multitudes no se congregan para aclamar a un adversario de los imperios. Más bien, todo ocurre en la esfera pública digital, que los propagandistas iraníes inundan con videos de Lego para defender su postura ante los jóvenes de todo el mundo. Algunos observadores consideran que Irán está 'ganando la guerra de la comunicación'. (...)

Pero ¿qué pasa con los propios iraníes, perdidos en la nada de esta confusa historia? Para ellos, la situación es mucho más complicada. Esta ola de solidaridad y simpatía surge cuando el régimen había perdido gran parte de su legitimidad a ojos de su propia población, apenas unas semanas después de haber masacrado a miles de manifestantes. La guerra interrumpió ese periodo de duelo, desesperación y condena mundial. En cambio, Trump e Israel parecen haber reforzado y consolidado al Estado iraní, potenciando su estatus como símbolo de una hábil resistencia y de haber moderado la opinión de muchos de los que, en el país, odiaban al régimen y se oponían a él."



LA SOBERANÍA AL FINAL DEL TÚNEL
L'ORIENT-LE JOUR -ANTHONY SAMRANI
28/06/2026

Si quiere convertirse algún día en un Estado soberano, Líbano tiene que resolver dos problemas fundamentales. Por un lado, un país

vecino que ocupa una gran parte de su territorio, que lo ha invadido al menos en tres ocasiones (...), que es claramente superior a él en el plano militar, que abandera un proyecto expansionista cuyos contornos siguen siendo difusos y que está dispuesto a destruir todo lo que le rodea en nombre de su seguridad. Por otro lado, una milicia supeditada a un régimen extranjero, que lo ha arrastrado a varias guerras en contra de su voluntad, que busca mantener su dominio y que amenaza con dinamitar la paz civil si se tocan sus armas.

Dos obstáculos de envergadura para un país estructuralmente frágil, cuyos diferentes integrantes no ocultan profundos desacuerdos sobre las causas del problema y, menos aún, sobre la mejor manera de resolverlo.

En un lado del espectro político, se estima que es más realista hacer las paces (frías) con Israel que con Hezbolá, y que lo esencial es pacificar la frontera sur, recuperar los territorios perdidos y neutralizar a la milicia. En otro lado, por el contrario, se considera que el Estado hebreo sigue siendo el principal enemigo, que la prioridad es poner fin a la ocupación y que la cuestión de las armas, si bien debe abordarse, debe resolverse mediante una negociación con Irán. Las reacciones acaloradas, por unos y otros, ante la firma del protocolo de acuerdo entre Estados Unidos e Irán, y posteriormente ante la del acuerdo marco entre Líbano e Israel, ilustran el grado de polarización del debate. Todos vieron en ello una capitulación, aunque el beneficiario cambiaba según el prisma con el que se mirase.

Sin embargo, ninguna de las dos soluciones propuestas es satisfactoria. El acuerdo irano-estadounidense permite ejercer una verdadera palanca de presión sobre Israel, pero convierte a Irán en un actor absolutamente ineludible en el Líbano. (...)

El acuerdo marco entre Líbano e Israel también presenta numerosos defectos. Es muy favorable a Tel Aviv –lo que, lamentablemente, refleja la realidad sobre el terreno–, no impone ningún calendario de retirada de las tropas israelíes e incluso dispone, en su punto 13, que Líbano renuncie a emprender acciones legales contra los posibles crímenes de guerra de su vecino en su territorio.

(...) Es comprensible que los israelíes duden de la voluntad libanesa de neutralizar a Hezbolá, pero para Beirut será imposible hacerlo mientras Israel ocupe el territorio. El desarme de Hezbolá en contra de su voluntad no es una cuestión de meses, sino de largos años. (...), la retirada no debe condicionarse a la efectividad de dicho desarme, sino a etapas más realistas y progresivas que permitan a Líbano demostrar que, por fin, está preparado (...) para recuperar su soberanía."



DOS MESES PARA SELLAR LA PAZ

EDITORIAL-LA VANGUARDIA
19/06/2026

La inesperada firma del memorándum entre EE.UU. e Irán por parte de (...) Trump y Masud Pezeshkian, ha puesto en marcha el reloj de los sesenta días para que las delegaciones negociadoras de ambos países lleguen a un acuerdo definitivo que traiga una paz estable y duradera.

Esta firma adelantada ha permitido abrir antes el estrecho de Ormuz, (...), ya que el acuerdo así lo prevé, sin peajes durante dos meses, lo que debe hacer posible el tráfico marítimo de una quinta parte del suministro mundial de petróleo y gas, aunque el texto no descarta que se impongan tasas en el futuro (Irán así lo apunta). El acuerdo de 14 puntos establece el final 'inmediato y permanente' de las operaciones militares en 'todos los frentes', incluido Líbano. (...) a Trump le preocupa cada vez más que los bombardeos israelíes contra Hizbulah puedan echar por tierra este acuerdo. (...) Irán ha exigido en repetidas ocasiones que Israel se retire en el marco del pacto, condición que Netanyahu no piensa cumplir.

El memorándum también contempla que Irán nunca tendrá armas nucleares y compromete un fondo de 300.000 millones de dólares para la reconstrucción y el desarrollo económico del país, aunque EE.UU. no está obligado a contribuir. Cuando, al concluir un conflicto, un país paga compensaciones al otro, está claro quién ha ganado y quién ha perdido. Pese a ello, Trump lo ha presentado

como una gran victoria, aunque ambos países aún tienen un largo camino por recorrer para alcanzar un acuerdo de paz definitivo e integral, que logre el objetivo principal del republicano: impedir que Irán desarrolle armas nucleares. Con la vista puesta en su legado y en las elecciones de noviembre, Trump se ha esforzado por vender este acuerdo como mejor que el que firmó Barack Obama en el 2015 (...)

Pero según el texto firmado, EE.UU. trabajará 'con socios regionales para desarrollar un plan definitivo de mutuo acuerdo con un presupuesto de al menos 300.000 millones de dólares' para la reconstrucción de Irán, 'si este cumple con los compromisos relativos a su programa nuclear en futuras negociaciones'. Trump insiste en que EE.UU. no pondrá ni un dólar para la reconstrucción de Irán y por ello ha criticado el pago de 1.700 millones de dólares que la administración Obama (...) realizó a Irán hace diez años.

Esas millonarias compensaciones económicas que Irán había exigido (...) son una importante victoria para el régimen de los ayatolás, como también lo es el levantamiento gradual por Washington de todas las sanciones, y la autorización para que Irán pueda exportar petróleo y acceder a sus activos congelados en el extranjero. El texto ni siquiera menciona el programa de misiles de Irán, otro tema que Trump y Netanyahu consideraron prioritario al comienzo de la guerra. El acuerdo solo compromete a Irán a reducir el grado de enriquecimiento de sus reservas de uranio, bajo la supervisión del Organismo Internacional de Energía Atómica.

Resulta evidente que EE.UU. (...) ha tenido que hacer significativas concesiones sin lograr ninguna victoria estratégica a cambio, dado que el estrecho de Ormuz ya estaba abierto antes de que Trump empezara la guerra y Teherán ya había reiterado su compromiso de no fabricar bombas atómicas. Por eso no sorprende que el pacto (...) haya sido duramente criticado por (...) republicanos como demócratas, ya que el Congreso ni ha sido consultado, y han exigido una votación sobre el mismo.

Tampoco ha sentado nada bien en sectores del país, y especialmente

del movimiento MAGA, el fondo de reconstrucción de 300.000 millones de dólares. Muchos lo ven como una claudicación que pone de manifiesto la inutilidad de una guerra que debía servir para derrocar a los ayatolás y ha acabado reforzando al régimen. (...)

Al gobierno de Obama le llevó 20 meses de negociaciones alcanzar el acuerdo nuclear con Irán en el 2015. ¿Podrá el Gobierno de Trump lograrlo en tan solo dos meses? En su rueda de prensa al acabar el G-7, el presidente quizá ya contestó a esa pregunta: 'Si no se hace en 60 días, no pasa nada. Volvemos a bombardear'.



EMOCIÓN POR ENCIMA DE TODO

EDITORIAL-EL PAÍS

14/06/2026

El Mundial de Norteamérica está

llamado, por tamaño, a batir todos los récords. Es el primero que se juega en tres países a la vez, Estados Unidos, México y Canadá, que suman 16 sedes. Es el primero también con 48 selecciones (...) y arroja un total de 104 partidos (...). Las entradas son las más caras de la historia. Bajo la dirección de Gianni Infantino, la FIFA ha inflado el campeonato para exprimirlo financieramente y ha contado para ello con la entusiasta cooperación de los Estados Unidos de Trump. La imagen de Infantino entregando un inventado 'premio FIFA de la paz' a Trump para alimentar su insaciable ego, (...) es suficiente síntoma de la época en la que se celebra este Mundial.

Si el campeonato es una carta de presentación ante el mundo del organizador, la imagen que da Estados Unidos va acorde con los tiempos. Es un país donde se rechaza en la frontera a un árbitro somalí con la máxima cualificación; que obliga a la selección de Irán a alojarse al otro lado de la frontera, por si acaso; que amenaza con enviar a agentes de inmigración a los estadios a acosar a los latinos sin los cuales no existiría fútbol estadounidense como negocio viable. Esa es hoy la imagen de Estados Unidos ante el mundo por empeño de Donald Trump y sus acólitos.

Pero basta que el balón eche a rodar, aunque políticamente sea

una bola de alambre de espio, para que el poder de seducción de este deporte se imponga al contexto político. El Mundial se ha celebrado en la Italia fascista, en la Argentina de la dictadura militar, en la Rusia de Putin y en la monarquía absolutista de Qatar. Ninguno de esos contextos, mucho más ofensivos que una Casa Blanca racista, forma parte del relato colectivo del fútbol. Aunque lo intente, Trump no formará parte de la historia de este Mundial. Su país, sin embargo, sí puede estar a las puertas de inaugurar una nueva época del fútbol.

Millones de personas pueden relatar con detalle los hitos del memorable Mundial de 1994 en EE.UU.: la eliminación de España por Italia; un golazo de Maradona y el fin de su carrera, por dopaje; el autogol de Andrés Escobar, que lo pagó con la vida; el penalti que falló Roberto Baggio para darle la Copa al Brasil de Romario (...). En EE.UU., sin embargo, es como si todo esto no hubiera ocurrido. Para el país anfitrión, fue una pequeña curiosidad que no pudo competir con la NBA, el US Open, o la detención de O. J. Simpson por asesinato, que se produjo el mismo día de la inauguración.

(...) 32 años después, la selección nacional de Estados Unidos debutó de nuevo como anfitriona en un estadio de nueva construcción, lleno de famosos y en el *prime time* de la Costa Este para ser retransmitido en inglés y en español, no en Europa, sino en su país. Este viaje no habría sido posible sin los millones de inmigrantes latinoamericanos que han construido las actuales ciudades norteamericanas y que han creado el vínculo emocional con este deporte. Es una generación que ha podido ver fútbol por televisión y ha ido de la mano de sus padres a ver al equipo de su ciudad. Esa es la historia compartida que no existía en 1994 y hoy es masiva. (...) Lo que antes vendía imitación, hoy vende emoción. Se ha tardado tres décadas desde aquel Mundial extraño, pero hoy Estados Unidos está ahí.

(...) Las historias que ocurran en las próximas cinco semanas de espectáculo caótico se contarán durante los próximos 30 años. Y cuando se cuenten, el contexto político en el que se produjeron será lo de menos."/

Mejor Banca Privada en España

Valor para crear valor

CaixaBank Wealth Management, reconocido por *Euromoney* en el 2026 como **Mejor Banca Privada en España** y **Mejor Banca Privada en Gestión Discrecional de Carteras en España**.

Personas, visión y tecnología, para una gestión patrimonial única.

Gracias a nuestros clientes por hacerlo posible.



El que fuera alto representante de la UE para Asuntos Exteriores, una de las principales voces de la diplomacia europea, reflexiona sobre el papel de Europa en un orden internacional cada vez más fragmentado e incierto.

Entrevista con **Josep Borrell** por **Senén Florensa**, presidente ejecutivo del IEMed y co-director de la revista **afkar/ideas**.

"EN ORIENTE MEDIO NO ESTUVIMOS A LA ALTURA, Y SEGUIMOS SIN ESTARLO"

Josep Borrell fue alto representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad y vicepresidente de la Comisión Europea entre 2019 y 2024. Anteriormente desempeñó los cargos de ministro de Asuntos Exteriores de España y presidente del Parlamento Europeo, tras una trayectoria inicial como economista, ingeniero aeronáutico y catedrático de universidad. En la actualidad preside el CIDOB, desde donde continúa analizando la evolución del escenario geopolítico internacional. Su amplia experiencia al frente de la diplomacia europea le sitúa como una de las principales referencias para reflexionar sobre el papel de Europa en un orden internacional cada vez más fragmentado e incierto.

Desde que concluyó su mandato como alto representante, Borrell ha mantenido una presencia destacada en el debate público europeo, interviniendo sobre algunos de los principales desafíos geopolíticos del momento, desde la guerra en Oriente Medio hasta el ascenso de la extrema derecha en Europa.

En esta entrevista, **afkar/ideas** conversa con Josep Borrell sobre

el balance de la política exterior de la Unión Europea y los retos que definirán el futuro inmediato del continente y de su vecindad. La conversación aborda la escalada entre Israel, Irán y Estados Unidos, el papel de las sanciones y de la presión internacional, así como el futuro de Palestina tras el alto el fuego en Gaza y las posibilidades de relanzar la solución de los dos Estados con el apoyo de la comunidad internacional. Asimismo, se analizan la frágil situación de Líbano y los debates en torno a la migración, la cohesión política y las tensiones internas que atraviesan la propia Unión Europea.

Han pasado casi dos años desde que la Comisión Europea de la que usted formó parte terminó su mandato. Mirando en retrospectiva, y en un contexto internacional aún más inestable, con la presidencia de Donald Trump en Estados Unidos, la persistencia de la guerra en Ucrania y la escalada en Oriente Medio, ¿cómo evalúa hoy el legado de aquella Comisión? ¿Qué decisiones han resistido mejor el paso del

tiempo y cuáles han quedado superadas por los acontecimientos posteriores?

Durante su primer mandato, la Comisión Von der Leyen dio respuestas contundentes a las distintas crisis, que a la vez hicieron avanzar la integración. Pero creo que no se puede decir lo mismo de este segundo mandato. Más bien parece que se está retrocediendo. Pensemos en el Pacto Verde contra el cambio climático, que, con la ola de calor de este mes de junio, debiera hacer pensar dos veces a quienes lo quieren diluir; o en el Next Generation, como respuesta a la pandemia. O pensemos en la unidad de acción frente a la agresión a Ucrania por la Rusia de Putin; aunque la ayuda militar fue una decisión del Consejo en el ámbito intergubernamental, la Comisión no tuvo nada que ver. O en los múltiples paquetes de sanciones económicas y personales, estas son también decisiones del Consejo, si bien la Comisión se afana en atribuirse el mérito. En Oriente Medio, en cambio, no estuvimos a la altura, y seguimos sin estarlo. La Comisión invadió el terreno de la política exterior de la UE con el viaje de Von der Leyen a Israel

para expresar su apoyo incondicional a Netanyahu. Y se negó a revisar el Acuerdo de Asociación con Israel, a pesar de habérselo pedido España e Irlanda ante las flagrantes violaciones del derecho Internacional.

En el caso de la invasión rusa de Ucrania, la Unión Europea logró mantener una relativa unidad. Sin embargo, en relación con la guerra en Gaza tras los ataques de Hamás del 7 de octubre y la posterior escalada regional, la división interna ha sido evidente. ¿Cómo puede la UE ser más decisiva y coherente en un contexto marcado también por la presión de la nueva administración Trump sobre la OTAN y Europa?

Sin duda, la posición mayoritaria de países como Alemania, Austria, Hungría, etc., en general todos los que surgieron del desmembramiento del Imperio Austrohúngaro e Italia, por razones históricas, ha impedido que la UE pudiera influir y pesar para parar lo que yo entiendo que han sido y siguen siendo crímenes de lesa humanidad cometidos por el gobierno de Israel en Palestina. Y no solo en Gaza. Por eso, el fiscal de la Corte Penal Internacional pidió el procesamiento de Netanyahu. Salvo España e Irlanda, nadie le apoyó. El mutismo de la Comisión contrastó con su cerrado aplauso cuando se hizo lo mismo con Putin.

Y, como he dicho antes, la Comisión también tiene su responsabilidad, porque la política comercial, que no requiere unanimidad de los Estados, como ha recordado la propia Kallas, puede usarse para presionar a Israel. Pero sí tiene la iniciativa de la Comisión, y no la ha querido tomar. Solo en el último Debate sobre el Estado de la Unión avanzó una tímida propuesta en este sentido. Pero un año después, nada se ha hecho. Tampoco ningún Estado, incluyendo los más críticos con Israel, han querido llevar por inacción al Consejo ante el Tribunal de Justicia.

Desde la escalada entre Israel, Estados Unidos e Irán, que ha desembocado en una confrontación directa en varios frentes, el equilibrio regional parece roto. En este contexto, ¿cuáles considera que



Josep Borrell, en una fotografía de archivo cuando era alto representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, durante una reunión del Consejo Europeo. Bruselas, octubre de 2024./
JEAN CATUFFE/GETTY IMAGES

son hoy los objetivos estratégicos de Israel? ¿Cree que Oriente Medio se dirige hacia una desescalada negociada o hacia un conflicto más fragmentado y prolongado?

Israel, conducido por su actual liderazgo, aspira a ser la principal

potencia regional sobre la base de su fuerza militar. Dicho esto, la guerra con Irán ha sido un fracaso desde prácticamente cualquier punto de vista, y hasta Trump ha acabado harto de la intransigencia de Netanyahu, que no renuncia a la intervención en

"El régimen iraní busca limitar daños y sobrevivir, pero, de hecho, ha reforzado su posición. El preacuerdo es muy favorable para Teherán"

Líbano y boicotea sistemáticamente todo intento de acuerdo, como el alcanzado entre Estados Unidos e Irán, que ha demostrado su fragilidad con varias violaciones del alto el fuego. Creo que seguirá la conflictividad y la inestabilidad en la zona.

Irán y el llamado "eje de resistencia" atraviesan una etapa de redefinición estratégica tras los últimos meses de confrontación regional y el inicio de contactos diplomáticos con Estados Unidos. ¿Cómo cree que Teherán está reajustando su posición en Oriente Medio? ¿Considera que Irán busca ganar tiempo diplomático o redefinir su papel regional?

El régimen iraní busca limitar daños y sobrevivir, pero, de hecho, ha reforzado su posición. El preacuerdo es muy favorable para Teherán. Lo más revelador del memorándum es la asimetría temporal entre lo que cada parte obtiene desde el momento mismo de la firma. Irán cobra de inmediato, porque el Departamento del Tesoro emite ese mismo día las exenciones que permiten reanudar las exportaciones de crudo, productos petroquímicos, banca, seguros y transporte. Y la liberación de fondos congelados por más de 100.000 millones de euros comienza de forma progresiva, "según el progreso de las negociaciones", sin necesidad de esperar necesariamente a ningún acuerdo final. Mientras tanto, lo único que recibe Estados Unidos a cambio, desde el primer día, es una declaración de intenciones de que Irán "nunca producirá armas nucleares" y el compromiso de mantener el *statu quo* en su programa nuclear. Un resultado que ya es peor que el que había alcanzado Obama en 2015 con el llamado Plan de Acción, que Trump rompió en 2018.

Y, sin compromisos, por ahora, sobre inspecciones reforzadas, sin límites verificables de enriquecimiento,

sin calendario de desmantelamiento de centrifugadoras y sin ningún mecanismo que constate su cumplimiento.

Líbano vuelve a ser el epicentro de la inestabilidad regional, en un contexto de guerra abierta entre Israel y Hezbolá. ¿Cómo puede el país reforzar unas instituciones ya extremadamente frágiles?

Es muy difícil por el carácter sectario de la democracia libanesa y porque Hezbolá no cumplió el acuerdo de desarme tras la guerra civil, aunque ahora está muy debilitado. Lo primero solo lo puede resolver la propia sociedad libanesa y su clase política. Lo segundo requiere reforzar el ejército libanés y, al menos, conseguir que sus soldados cobren sus salarios.

Tras la muerte de Hassan Nasrallah, Hezbolá sigue presente en la política libanesa, aunque debilitado. ¿Considera que los ataques israelíes podrían aumentar el apoyo interno a la milicia chií entre la población libanesa?

Sin duda. La intervención israelí, tremendamente potente en su capacidad de bombardeo y destrucción de poblados enteros, de carácter más bien indiscriminado, es contraproducente porque, además, le da la coartada a Hezbolá para no desarmarse.

Tras el alto el fuego alcanzado en Gaza y las iniciativas impulsadas por la administración Trump para promover un nuevo marco regional de estabilidad, persisten enormes interrogantes sobre el futuro político del enclave y del conflicto palestino-israelí. ¿Ve posibilidades reales de relanzar un proceso político entre israelíes y palestinos?

Con este gobierno israelí no lo veo

posible. Tampoco ayuda la falta de legitimidad democrática de la Autoridad Nacional Palestina tras tantos años sin elecciones, ni la cuestión de quién representa a los gazatíes.

En relación con el conflicto israelí-palestino, usted ha defendido reiteradamente la solución de dos Estados. Sin embargo, la situación sobre el terreno en Gaza y Cisjordania parece alejar esa posibilidad. ¿Cree que sigue siendo una opción viable? ¿Qué pasos concretos deberían adoptar las partes y la comunidad internacional?

Necesitamos ensanchar el campo de la paz para apoyar la solución de los dos Estados a nivel de las dos sociedades, sobre todo de la israelí. Pero me pregunto si no nos estamos refugiando todos en la fórmula retórica de los dos Estados, sin tomar medidas contra Israel, que no la acepta y hace todo lo posible para hacerla inviable.

¿Y qué más podemos o queremos hacer?

Parece que la única solución viable para resolver el conflicto y garantizar la paz en la zona es la de los dos Estados, pero, para que sea viable, hace falta que Israel lo acepte o se le imponga. Y ninguna de las dos cosas está en la agenda. ¿Se puede combinar esa solución con un arreglo federal o confederal? No lo sé, pero un Estado binacional es menos posible porque, entonces, los israelíes serían minoría. La alternativa es el conflicto y la inseguridad permanentes, sobre todo para Israel. La comunidad internacional ha de presionar, no solo tratar de persuadir, a los israelíes. Pero tampoco veo ninguna acción en esa dirección; más bien, lo contrario.

Algunos países europeos, entre ellos España, han reconocido el Estado palestino. ¿Qué impacto real considera que tiene este reconocimiento en el equilibrio político y diplomático del conflicto?

Es un paso importante. Ojalá más países, sobre todo europeos, sigan el ejemplo. Es un elemento adicional de presión sobre Israel para que

vuelva a trabajar honestamente por la solución de los dos Estados. Pero ¿qué ha cambiado en la vida de los palestinos por el hecho de que España y otros países hayan reconocido el Estado de Palestina? Nada. En la práctica, nada. Más bien, han sufrido el recrudecimiento de los ataques de Israel en Cisjordania para destruir la viabilidad territorial del Estado palestino.

En este escenario tan complejo, ni la Unión Europea, ni la ONU, ni siquiera Estados Unidos parecen capaces de imponer soluciones. Con la administración Trump marcando una política exterior más unilateral, ¿queda aún espacio para la diplomacia multilateral?

Sí, en teoría sí, pero para eso hay que organizarse. Necesitamos establecer una coalición de bloques regionales y países en favor del multilateralismo y el derecho Internacional. Lo intentaron Francia y Arabia Saudí en la última Asamblea General de la ONU. Pero nunca más se supo. Las democracias occidentales deberían movilizarse más, pero, en el fondo, a muchas ya les conviene que Israel siga haciendo lo que hace. Es posible que las opiniones públicas en EEUU y Alemania cambien, pero, para entonces, no sé qué habrá sido de los palestinos...

El modelo migratorio español parece hoy una excepción dentro de Europa, donde las propuestas de externalización promovidas inicialmente por la primera ministra de Italia, Giorgia Meloni, están ganando terreno. ¿Cree que el enfoque español tiene posibilidades reales de ganar consenso entre los demás Estados miembros de la Unión Europea? ¿Qué factores podrían favorecer o impedir su adopción a escala europea?

Creo que la política española es la adecuada, y no solamente por razones morales y humanitarias. El crecimiento económico de nuestro país no habría sido posible sin la mano de obra inmigrante. Es una realidad que muchos Estados miembros se niegan a aceptar, pero, a medio y largo plazo, creo que las posiciones evolucionarán, dados los serios

"Me pregunto si no nos estamos refugiando todos en la fórmula retórica de los dos Estados, sin tomar medidas contra Israel, que no la acepta y hace todo lo posible para hacerla inviable"

problemas de sostenimiento de los sistemas de jubilación que van a aparecer.

En varios países de la UE, los partidos de extrema derecha han ganado peso e influencia en las instituciones europeas. ¿Cómo puede la UE defender su cohesión interna y su proyecto político frente a estas fuerzas?

Habría que reforzar la coalición de fuerzas proeuropeas, pero el Partido Popular Europeo no parece estar por la labor. Precisamente ha aprobado los centros de internamiento externalizados en terceros países para inmigrantes irregulares con las ultraderechas, y sin los socialistas y una buena parte de los liberales. Lo que pase en las elecciones de Francia, Italia, España y Polonia en 2027 será determinante.

El auge del discurso de odio, incluyendo islamofobia y antisemitismo, se ha intensificado en Europa en paralelo a los conflictos internacionales. ¿Qué medidas concretas deberían adoptarse para combatir esta tendencia?

Hay que empezar por los más jóvenes, con educación cívica y control sobre el acceso a las redes sociales. Las instituciones europeas ya cuentan con un aparato relativamente sofisticado para combatir el odio: la Estrategia de la UE contra el Antisemitismo 2021-2030, el proceso paralelo contra el odio antimusulmán y la nueva Estrategia Antirracismo 2026-2030, que prevé revisar la Directiva de Igualdad Racial y endurecer las sanciones. Existen también herramientas concretas, como el Observatorio Europeo del Odio Online, que monitoriza en tiempo real la toxicidad en redes –el antisemitismo

registra sistemáticamente las puntuaciones más altas, especialmente en X–, y un Código de conducta con las plataformas digitales para retirar contenido ilegal. El problema no es tanto la falta de marco como tres carencias estructurales: la aplicación desigual entre Estados miembros, que ha llevado al propio Consejo de Europa a reclamar a países como Suecia o Portugal medidas más enérgicas; la dependencia excesiva de códigos voluntarios en lugar de legislación vinculante; y la lentitud en avanzar hacia medidas con efectos reales, como la propuesta –todavía en fase de estudio– de convertir el discurso de odio del artículo 83 del Tratado en "eurocrimen", lo que permitiría una persecución penal armonizada en toda la Unión.

La política exterior europea sigue condicionada por la necesidad de alcanzar consensos entre 27 Estados miembros, lo que a menudo dificulta respuestas rápidas y coherentes. ¿Considera que este modelo de gobernanza es sostenible? ¿Hasta qué punto la regla de la unanimidad limita la capacidad de la UE para actuar como un verdadero actor geopolítico?

La regla de la unanimidad en política exterior es ya insostenible. Lo hemos visto con Viktor Orbán en Hungría; si seguimos con la ampliación, será aún peor. Lo lógico será pasar a la mayoría cualificada a través de la llamada pasarela, pero eso también requiere la unanimidad. La otra alternativa es reformar los Tratados, pero muchos Estados tampoco quieren. Por tanto, solo queda la vía de una o varias cooperaciones reforzadas entre aquellos Estados dispuestos, una especie de Unión dentro de la Unión, incluyendo la Defensa Común, ya que no podemos fiarlo todo a la OTAN./



Gran angular



14 LA ACELERACIÓN DEL ORDEN DE DIVERSIFICACIÓN ESTRATÉGICA EN ORIENTE MEDIO

John Calabrese

18 LAS MONARQUÍAS DEL GOLFO ANTE LA GUERRA DE IRÁN

Fatiha Dazi-Héni

24 IRÁN Y SU 'EJE DE LA RESISTENCIA' CONTRA LAS CUERDAS

Jesús A. Núñez Villaverde

28 EUROPA Y LA GUERRA CON IRÁN: DE LA DESCOORDINACIÓN HACIA LA AUTONOMÍA ESTRATÉGICA

Patrick Costello

32 INDIA, PAKISTÁN E IRÁN: VECINOS DE UNA MISMA REGIÓN

Ana Ballesteros

Encuentro Putin-Xi Jinping pocos días después de que Trump visitara China, en medio del conflicto entre Estados Unidos e Irán. Pekín, 20 de mayo de 2026./KREMLIN PRESS SERVICE/ANADOLU VIA GETTY IMAGES

El conflicto podría acelerar la transición de una era de primacía estadounidense a otra de desorden competitivo, en el que los Estados de Oriente Medio maniobran entre potencias rivales en lugar de depender de ellas.

John Calabrese es profesor ayudante, Universidad Americana, Washington DC, e investigador principal no residente del Middle East Institute.

LA ACELERACIÓN DEL ORDEN DE DIVERSIFICACIÓN ESTRATÉGICA EN ORIENTE MEDIO

El impacto más trascendental de la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán podría ser si el conflicto redefine la forma en que los Estados de la región perciben la fiabilidad, la moderación y la utilidad estratégica de las grandes potencias. La guerra no es meramente un acontecimiento militar cuya importancia vendrá determinada por los resultados en el campo de batalla. Es una señal estratégica –que se está interpretando con atención en Riad, Ankara, Abu Dabi, El Cairo y más allá– y la señal que se está recibiendo no es la que Washington pretendía enviar.

LOS LÍMITES DE LA PRIMACÍA ESTADOUNIDENSE

Durante casi tres cuartos de siglo, Estados Unidos estructuró su estrategia hacia Oriente Medio en torno a una lógica coherente, aunque a menudo controvertida, según la cual el poder estadounidense respaldaba la estabilidad regional, sofocaba las amenazas antes de que se extendieran, garantizaba el libre flujo de petróleo a través de estrechos marítimos críticos y extendía un paraguas de seguridad que permitía a los gobiernos aliados aplazar decisiones difíciles. La lógica nunca estuvo exenta de críticas, y la ejecución nunca estuvo exenta de fallos.

Esa arquitectura se encuentra ahora visiblemente bajo presión por motivos que son anteriores al conflicto con Irán, pero que este ha acelerado significativamente. El problema fundamental no es solo que EEUU haya utilizado la fuerza. Es que la fuerza estadounidense ha

producido repetidamente resultados que contradicen la lógica de la estabilidad utilizada para justificarla. La invasión de Irak en 2003 dismanteló el equilibrio de poder regional y permitió la expansión iraní que la política estadounidense lleva dos décadas intentando contener. Las intervenciones en Libia contribuyeron a crear un Estado fallido que se convirtió en un vector de inestabilidad en todo el norte de África. La retirada de Afganistán transmitió un mensaje sobre la capacidad de resistencia estadounidense que la región ya había percibido mucho antes del conflicto actual.

La guerra de Irán añade una nueva dimensión a este patrón. Los objetivos de la guerra han sido incoherentes desde el principio, oscilando entre la eliminación de la capacidad nuclear de Irán y aspiraciones más amplias de cambio de régimen o transformación estratégica. La brecha entre la retórica de distensión y el comportamiento militar ha sido lo suficientemente amplia como para que se haya percibido en toda la región. Las líneas rojas han cambiado; las dinámicas de escalada han resultado difíciles de controlar.

El conflicto ha agudizado las dudas no sobre el poder estadounidense en sí mismo, sino sobre la fiabilidad, la competencia y el juicio estratégico que guían su uso. No son sinónimos, y no lo han sido desde hace tiempo. La capacidad militar de EEUU sigue siendo sin duda inigualable en potencia de fuego, logística, sofisticación tecnológica y capacidad de destrucción. Pero la capacidad militar es solo un componente de lo que convierte a una potencia externa en un socio estratégico útil. Los gobiernos regionales valoran cada

vez más no solo quién es capaz de ejercer su poderío militar, sino también quién puede traducirlo en resultados políticos duraderos sin provocar una escalada incontrolada.

Los actores regionales no son ingenuos al respecto. Observan que las administraciones estadounidenses cambian de prioridades con cada ciclo electoral. Ven que las garantías de seguridad son condicionales, que las alianzas se instrumentalizan y que Estados Unidos ha reajustado o abandonado en repetidas ocasiones sus compromisos cuando cambian las prioridades nacionales o estratégicas. El conflicto con Irán no ha creado estas percepciones, sino que las ha consolidado.

Para muchos gobiernos de la región, el principal riesgo estratégico ya no radica únicamente en los esfuerzos de Irán por ampliar su influencia y cuestionar el orden regional. También comprende el riesgo de verse involucrados en conflictos promovidos por potencias externas sobre los que apenas tienen capacidad de influencia, así como la creciente incertidumbre acerca de su capacidad para moderarlos o contenerlos.

CHINA: LA BENEFICIARIA DE LA HIPEREXTENSIÓN ESTADOUNIDENSE

La posición de China en el orden cambiante de Oriente Medio se interpreta con frecuencia de forma errónea, ya sea como una potencia hegemónica emergente que se prepara para llenar el vacío dejado por la retirada estadounidense, o como un actor económico distante sin un papel estratégico significativo. Ninguna de estas descripciones refleja la realidad. La ventaja de Pekín es estructural y comparativa, más que absoluta. China no está "ganándose" Oriente Medio. Se está beneficiando de las pérdidas autoinfligidas de Washington.

El punto de partida para comprender la posición de China son sus vulnerabilidades reales en la región. Pekín depende en gran medida de la energía del Golfo, una dependencia que persistirá a pesar de la expansión de las energías renovables. Las inversiones de la Iniciativa de la Franja y la Ruta atraviesan entornos políticamente inestables. Las rutas marítimas a través del estrecho de Ormuz y el mar Rojo son fundamentales para el comercio chino, pero están fuera del alcance de Pekín para garantizar su seguridad. China carece de estructuras de alianzas regionales, de capacidad militar expedicionaria y de cualquier tipo de compromisos de seguridad que tales funciones requerirían. Por tanto, un conflicto regional prolongado se traduce en una exposición económica directa.

Sin embargo, la guerra de Irán refuerza la posición diplomática de China, al tiempo que acentúa estas vulnerabilidades. Esta aparente paradoja refleja un desajuste entre lo que buscan los Estados de la región y lo que ofrece Pekín. No buscan un nuevo protector; la experiencia histórica con los protectores externos ha sido, en el mejor de los casos, irregular. En cambio, dan prioridad a las alianzas diversificadas que reducen la dependencia de la volatilidad de una sola potencia. China, a pesar de sus limitaciones, se presenta como un país comprometido económicamente, moderado en su retórica y deliberadamente contrario a la escalada.

China no está sustituyendo al orden liderado por EEUU. Se está beneficiando de la erosión de dicho orden, sin necesidad de asumir las responsabilidades correspondientes

Pekín ha cultivado de forma activa este posicionamiento, haciendo hincapié en la soberanía y la resolución diplomática, al tiempo que contrasta su enfoque con lo que califica de militarismo estadounidense. Se trata, en parte, de un relato construido. Pero los relatos ganan fuerza cuando se alinean con el comportamiento observado. Para muchos gobiernos regionales, la conducta de EEUU durante el conflicto con Irán ha reforzado la credibilidad de China. El acuerdo de normalización entre Arabia Saudí e Irán de 2023, negociado por Pekín, ya demostró que China podía producir resultados diplomáticos en áreas en las que Washington se había vuelto más rígido –un acontecimiento que un politólogo emiratí describió como el inicio de una nueva "era posamericana en el Golfo". El conflicto actual podría reforzar esa percepción.

La diferencia analítica clave es que China no está sustituyendo al orden liderado por EEUU. Se está beneficiando de la erosión de dicho orden. Son cosas fundamentalmente diferentes. La primera requeriría que China asumiera las cargas de seguridad, los compromisos institucionales y los riesgos políticos que conlleva el orden en una región compleja. China no muestra ningún interés en ello. La segunda solo exige que China se mantenga relativamente predecible, económicamente relevante y bien posicionada retóricamente, mientras EEUU quema su credibilidad de tal forma que mejora la posición relativa de Pekín sin exigirle que asuma las responsabilidades correspondientes.

RUSIA: OPORTUNISMO EN MEDIO DE UN DECLIVE CONTROLADO

El papel de Rusia en el orden regional cambiante difiere fundamentalmente del de China. Pekín se beneficia de su peso económico y de una relativa moderación. Moscú opera desde una posición de debilidad estructural gestionada mediante la desestabilización táctica. Su influencia en Oriente Medio sigue siendo real, pero cada vez más oportunista. Rusia está menos interesada en construir un nuevo orden regional que en impedir que se consolide uno basado en las preferencias occidentales.

Este enfoque refleja tanto una intención estratégica como una limitación material. Rusia carece de la capacidad económica para competir seriamente con EEUU o China como proveedora de bienes públicos regionales. Su capacidad militar se ve limitada por la guerra en Ucrania, su economía sigue siendo vulnerable a las



La ventaja de Rusia no radica en ofrecer un orden superior, sino en operar eficazmente en el seno de la propia inestabilidad crónica

sanciones y a la debilidad estructural, y su capacidad para proyectar un poder sostenido en toda la región es limitada. A pesar de haber firmado un amplio pacto estratégico con Teherán en enero de 2025, Rusia se limitó a condenar de boquilla los ataques estadounidenses e israelíes durante el conflicto con Irán y se abstuvo de prestar una ayuda militar significativa, lo que reafirma que Moscú ya no puede influir en la dinámica de seguridad de Oriente Medio y que, en cambio, se esfuerza por conservar los últimos vestigios de su influencia.

Lo que Moscú aún puede ofrecer es algo diferente: flexibilidad diplomática, relaciones en materia de armamento, coordinación energética a través de la OPEP+, y una disposición a desafiar las preferencias estadounidenses sin imponer condiciones políticas. El cierre del estrecho de Ormuz ha provocado una subida de los precios del petróleo, lo que ha supuesto unos ingresos muy necesarios al maltrecho presupuesto estatal ruso:

Encuentro entre el presidente ruso, Vladimir Putin, y el presidente de EAU, Mohamed bin Zayed al Nahyan. Moscú, 29 de enero de 2026./SEFA KARACAN/ANADOLU VIA GETTY IMAGES

una ganancia inesperada obtenida de una crisis que Moscú no hizo nada por evitar. La ventaja comparativa de Rusia no radica en ofrecer un orden superior, sino en operar eficazmente en el seno de la propia inestabilidad crónica.

A diferencia de China, que en última instancia requiere un entorno regional relativamente predecible para proteger los flujos comerciales y energéticos, Moscú suele ganar influencia precisamente allí donde se intensifican la incertidumbre, la desconfianza y la competencia geopolítica. El conflicto con Irán ha acelerado ese tipo de entorno.

EL AUGE DE LA DIVERSIFICACIÓN ESTRATÉGICA

El desarrollo geopolítico más trascendental que surge del conflicto con Irán no se está produciendo principalmente en Washington, Pekín o Moscú. Se está desarrollando en los cálculos estratégicos de los propios Estados de la región –en la recalibración cada vez más sistemática que se está llevando a cabo en Riad, Abu Dabi, Ankara, El Cairo y otros lugares.

Estos Estados no están tomando partido en una nueva guerra fría. Los gobiernos de Oriente Medio no buscan una alineación ideológica, sino que se plantean cuestiones más inmediatas: qué relaciones refuerzan la autonomía, qué dependencias generan vulnerabilidad y qué actores externos son lo suficientemente fiables como para colaborar con ellos sin generar nuevos riesgos.

La respuesta apunta cada vez más hacia una alineación multivectorial y una diplomacia transaccional diseñada para maximizar la flexibilidad. Este patrón se observa en el comportamiento de toda la región.

Arabia Saudí restableció las relaciones diplomáticas con Irán mediante un acuerdo facilitado por Pekín, al tiempo que buscaba garantías de seguridad y cooperación en materia de defensa por parte de Estados Unidos. Posteriormente, se unió a los BRICS en enero de 2024, un movimiento que el ministro de Asuntos Exteriores saudí, Faisal bin Farhan al Saud, describió como "un canal beneficioso e importante" para la cooperación económica, más que como un compromiso ideológico.

Emiratos Árabes Unidos ha estrechado sus vínculos tecnológicos con EEUU mediante una alianza de 1.500 millones de dólares con Microsoft a través de su empresa insignia de inteligencia artificial, G42, al tiempo que ha mantenido una amplia infraestructura tecnológica china que provocó la presión de EEUU para obligar a G42 a elegir entre Washington y Pekín. Una exigencia que Abu Dabi sorteó desvirtuando formalmente en empresas chinas, pero conservando una ambigüedad estratégica más amplia.

Turquía, miembro de la OTAN, adquirió el sistema de defensa aérea ruso S-400 en 2019, lo que provocó su expulsión del programa F-35 –una medida que, según los analistas, tenía como objetivo principal afirmar su independencia estratégica respecto a los aliados de la OTAN, más que alinearse realmente con Moscú. La política exterior de Turquía en 2025 siguió definiéndose menos por la elección de bandos que por la gestión de la exposición al riesgo y el mantenimiento de la relevancia en múltiples escenarios, incluyendo su papel como mediador clave entre Rusia y Ucrania.

Estas alianzas no constituyen bloques coherentes ni un realineamiento ideológico. Funcionan, más bien, como mecanismos de seguridad que se solapan en una región marcada por la incertidumbre sobre la fiabilidad de los actores externos. La hipótesis subyacente no es que EEUU se esté retirando de Oriente Medio, sino que ninguna potencia externa –incluido EEUU– puede considerarse un garante de la estabilidad totalmente fiable.

Esta trayectoria se ve reforzada por la probable persistencia del poder iraní. Si Teherán sale debilitado pero políticamente consolidado y estratégicamente adaptable, los gobiernos regionales podrían considerar sus capacidades disuasorias y sus redes de representantes como características estructurales duraderas, en lugar de retos temporales. En tales condiciones, la diversificación de riesgos se convierte menos en una elección que en una necesidad inherente al propio entorno de seguridad regional.

El orden emergente no es, por tanto, multipolar en el sentido clásico. Es un orden de diversificación estratégica: uno en el que los Estados regionales tratan a todas las potencias externas como simultáneamente útiles y potencialmente arriesgadas –fuentes de influencia, pero también fuentes de exposición.

Esto marca un cambio más profundo en la geopolítica de Oriente Medio. Incluso los Estados que en su día organizaron sus estrategias en torno a la primacía estadounidense actúan ahora partiendo de la premisa de que la dependencia en sí misma se ha convertido en un lastre. La resiliencia requiere cada vez más diversificación, distancia controlada y maniobrabilidad sosteni-

La característica que define la era emergente no es quién lidera la región, sino la ausencia total de cualquier elemento que ejerza un liderazgo

da entre polos externos en competencia, en lugar de la dependencia de uno solo.

CONCLUSIÓN

Al analizar las consecuencias geopolíticas del conflicto con Irán, existe la tentación de recurrir a una narrativa simplista en la que China sustituye a Estados Unidos como nueva potencia hegemónica, llenando el vacío dejado por la sobreexpansión estadounidense. Esa narrativa es errónea, no solo porque China carece de la capacidad o la voluntad de garantizar la seguridad regional, sino porque da por sentado que el orden regional debe ser necesariamente hegemónico y que la primacía siempre se sustituye, en lugar de diluirse.

La conclusión más acertada es menos ordenada. La guerra con Irán podría marcar un punto de inflexión, no por el surgimiento de una potencia sucesora, sino por la mayor erosión de las condiciones que hacen posible un orden regional jerárquico. La superioridad militar estadounidense seguirá siendo inigualable en el futuro previsible, pero está cada vez más desvinculada de la generación de coherencia estratégica. La cuestión central ya no es quién puede imponerse en un conflicto, sino quién puede proporcionar la previsibilidad y la consistencia necesarias para la alineación a largo plazo y las decisiones de inversión.

En estas dimensiones –legitimidad, previsibilidad y coherencia estratégica– el desempeño de EEUU se ha debilitado de manera más visible, y son estas carencias las que ahora estructuran el comportamiento regional. Rusia seguirá explotando la inestabilidad sin ser capaz de organizarla. China ampliará sus lazos económicos y su presencia diplomática sin asumir cargas de seguridad. Los Estados de la región seguirán cubriéndose las espaldas, diversificando y compartimentando sus relaciones, forjando resiliencia precisamente frente a la volatilidad de las grandes potencias, incluida la de EEUU.

El resultado no es una transición de un orden a otro, sino un cambio hacia una situación más duradera: el desorden competitivo. Se trata de un sistema en el que ningún poder externo puede imponer una estructura de forma fiable, en el que los Estados de la región actúan mediante un equilibrio continuo en lugar de una alineación estable, y en el que el dominio militar estadounidense coexiste con una centralidad estratégica en declive. La característica que define la era emergente no es quién lidera la región, sino la ausencia total de cualquier elemento que ejerza un liderazgo./

La guerra ha puesto de relieve una ruptura estratégica preexistente entre Riad y Abu Dabi, que da lugar a dos visiones regionales irreconciliables, con consecuencias para los equilibrios políticos tanto dentro como entre los países del CCG.

Fatiha Dazi-Héni es investigadora, especialista en la península arábiga, IRSEM (París) y Sciences Po Lille.

LAS MONARQUÍAS DEL GOLFO ANTE LA GUERRA DE IRÁN

La guerra contra Irán desencadenada por iniciativa de Israel y Estados Unidos el 28 de febrero de 2026 constituye la mayor crisis del suministro mundial de hidrocarburos que ha conocido la economía mundial en la época contemporánea, tal como subrayó Karen Young en *Foreign Affairs*. Desatada sin el conocimiento de las seis monarquías árabes del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG), las ha situado desde el primer momento en la posición de espectadoras que sufren un conflicto del que no controlan ni las dinámicas ni las consecuencias.

Antes del comienzo de las hostilidades, cerca del 20% del petróleo mundial y el 20% del gas natural licuado mundial –principalmente procedente de Catar– transitaban libremente por el estrecho de Ormuz. Esta cifra ha caído a una media del 5% desde que Irán tomó el control de este enclave geoestratégico el 30 de marzo de 2026, acompañando este bloqueo con un derecho de paso de pago, en flagrante violación de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. Según un informe publicado por el Middle East Council on Global Affairs en abril de 2026, al integrar el control del estrecho como instrumento de disuasión en su respuesta a los ataques israelí-estadounidenses, Teherán ha ejercido una presión directa sobre la economía mundial y, por consiguiente, sobre el propio poder estadounidense.

En respuesta, Washington decretó un contrabloqueo sobre los puertos iraníes a partir del 13 de abril de 2026, tras el fracaso inicial de las negociaciones de paz lideradas por Pakistán, lo que redujo a cero el tráfico en el estrecho. Tres meses después, la guerra no solo no ha logrado derrocar al régimen iraní, sino que lo ha radica-

lizado. De hecho, Bajoghli y Nasr afirman que la nueva generación de la Guardia Revolucionaria Islámica –la anterior quedó diezmada tras los primeros ataques– se muestra menos dispuesta al compromiso y adopta un modelo de gobernanza tecnocrático y estructurado, con la convicción de haber defendido con éxito los intereses de la nación iraní. Decidido a imponerse como el actor clave en la reconfiguración del orden de seguridad regional, el régimen está transformando su control del estrecho en una nueva fuerza de disuasión duradera.

En el contexto de esta tercera guerra del Golfo, como explicamos en el artículo publicado por Orientxxi, las monarquías del CCG se enfrentan a restricciones estructurales de una naturaleza sin precedentes. Este artículo examina, en primer lugar, por qué estas monarquías, atrapadas en un conflicto sobrevenido, apenas logran formular una respuesta de seguridad coherente ante las deficiencias del socio estadounidense. A continuación, analiza cómo la guerra ha cristalizado una ruptura estratégica preexistente entre Riad y Abu Dabi, dando lugar a dos visiones regionales posconflicto irreconciliables.

EL CCG, SUMIDO EN UN DOBLE DILEMA ESTRUCTURAL

Atrapadas entre dos potencias militares con pretensiones hegemónicas –Irán e Israel–, dependientes de un socio estadounidense cuya fiabilidad está hoy en entredicho, y atravesadas por profundas disensiones internas, las seis monarquías del Golfo intentan adaptar sus respuestas de forma descoordinada.



Desde el inicio del conflicto, se han visto enfrentadas a un doble dilema. Por un lado, gestionar la amenaza inmediata de represalias iraníes dirigidas contra su territorio. Por otro, evitar verse arrastradas al conflicto del lado de Washington y Tel Aviv, ya que tal implicación entrañaría riesgos considerables para su seguridad debido a su proximidad geográfica con Irán y a la vulnerabilidad de sus infraestructuras estratégicas.

La paradoja principal de su situación es clamorosa: atrapadas en una guerra que no han buscado, las monarquías del Golfo siguen relegadas a un papel de espectadoras en lo que respecta a las decisiones en materia de seguridad que se debaten sin ellas en la región, en particular sobre la cuestión de Ormuz. Ciertamente, el CCG nunca ha constituido un pacto de seguridad regional relevante, ya que depende estructuralmente del sistema de defensa estadounidense, en el cual estos seis Estados han realizado inversiones colosales durante 35 años. La toma de conciencia que ha suscitado este conflicto es, pues, la de una dependencia asimétrica que coloca a las monarquías del Golfo en situación de vulnerabilidad, ya que su protector extrarregional supedita su seguridad a sus propios compromisos con Israel.

DECEPCIÓN RESPECTO A LA FIABILIDAD ESTADOUNIDENSE

La profunda decepción respecto a las garantías de seguridad estadounidenses es, sin duda, anterior a este conflicto: se remonta a la era Obama y se confirmó bajo los gobiernos de Biden y Trump I y II. Sin embargo, la guerra de Irán constituye el punto de ruptura más evidente. La decisión de Washington de subordinar la protección de sus socios del Golfo a sus compromisos con

El jeque Jaled bin Mohamed bin Zayed Al Nahyan, príncipe heredero de Abu Dabi (en el centro), espera para reunirse con el presidente chino Xi Jinping. Pekín, 14 de abril de 2026./HARUNA FURUHASHI - POOL/GETTY IMAGES

Israel sitúa a los Estados del CCG en una incertidumbre fundamental en lo que respecta a la reconfiguración del orden regional posconflicto.

A lo largo de los primeros 40 días del conflicto, las capitales del Golfo tuvieron que hacer frente a una guerra de información muy agresiva dirigida conjuntamente por Washington y Tel Aviv, con el apoyo de Abu Dabi. Los principales medios de comunicación estadounidenses difundieron ampliamente declaraciones atribuidas a fuentes anónimas, supuestamente saudíes, según las cuales los líderes del Golfo habrían alentado a la Administración Trump a sumarse a la reapertura por la fuerza del estrecho. El Ministerio de Asuntos Exteriores saudí desmintió sistemáticamente estas informaciones. Según Claire Hage, el mordaz insulto del presidente estadounidense dirigido al príncipe heredero saudí pone de manifiesto su resentimiento ante la persistente negativa de Riad a autorizar el uso de su espacio aéreo para operaciones ofensivas contra Irán.

La operación "Project Freedom", decidida precipitadamente por Trump el 4 de mayo de 2026 y destinada a reabrir por la fuerza el estrecho, pero interrumpida de inmediato sin explicación alguna, constituyó un episodio revelador de estas divergencias de fondo. El resultado es un cambio estratégico evidente: la mayoría de los países del Golfo se ven obligados a replantearse la

arquitectura de su seguridad. Sin embargo, esta reconfiguración se produce en un contexto de desenlace incierto, sobre todo cuando Riad y Abu Dabi defienden dos proyectos estratégicos antagónicos.

LA DOBLE PRESIÓN DE IRÁN E ISRAEL

La principal reflexión que se desprende de este conflicto es de carácter geográfico: las monarquías del Golfo están condenadas a coexistir a largo plazo con dos potencias con pretensiones hegemónicas regionales y dotadas de capacidad militar y tecnológica avanzada.

Por una parte, Irán, cuya capacidad de despliegue y de amenaza –en particular mediante el control de las rutas marítimas– ha quedado ampliamente confirmada por este conflicto. Por otra parte, Israel, un fenómeno estratégicamente inédito: la mayoría de los miembros del CCG ya no lo perciben como un posible socio, sino como una potencia cuyas ambiciones hegemónicas constituyen una amenaza para su soberanía. Desde el 7 de octubre de 2023, Tel Aviv impone en la región su aplastante superioridad militar, tras haber devastado la Franja de Gaza y emprendido *de facto* la anexión de Cisjordania. El 8 de abril de 2026 –el día en que Trump decretó unilateralmente un alto el fuego en su guerra contra Irán–, se llevaron a cabo ataques israelíes sin precedentes en el sur de Líbano y en Beirut, marcando lo que los observadores regionales, como Alamedine y Hayek, califican de “miércoles negro”.

Las monarquías del Golfo se enfrentan ahora a la necesidad de elaborar un proyecto de seguridad más coherente y diversificado que integre simultáneamente estas dos restricciones –la iraní y la israelí–, un ejercicio de una complejidad inédita para unos Estados cuya cultura estratégica ha sido moldeada por la tutela estadounidense. Es precisamente en este punto donde se sitúa el núcleo de las desavenencias en el seno del CCG y, en particular, entre Riad y Abu Dabi.

DOS VISIONES REGIONALES NO CONCILIABLES: LA FRACTURA ESTRATÉGICA EN EL SENO DEL CCG

Ante las nuevas restricciones en materia de seguridad, han surgido dos orientaciones fundamentalmente opuestas en el seno del CCG. La primera, liderada por Arabia Saudí, Catar y Omán, que, de acuerdo con su propia agenda, prioriza la preservación de un margen de autonomía estratégica, la diversificación de las alianzas y una diplomacia activa de distensión. La segunda, encarnada por Emiratos Árabes Unidos –a la que se suma parcialmente Barein–, se inscribe en el marco del orden de seguridad promovido por Israel y Estados Unidos, a riesgo de un aislamiento creciente dentro de su propio entorno golfo-árabe-islámico. Kuwait, muy afectado por los ataques iraníes, se mantiene a la expectativa.

Solo el emirato de Abu Dabi parece no asimilar que el mundo ha cambiado al optar por alinearse decididamente con Tel Aviv y Washington, mientras que los demás miembros del CCG constatan los límites de la dependencia de los paraguas externos.

LA ARRIESGADA APUESTA DE ABU DABI

Con 579 lanzamientos de misiles balísticos y 2.252 ataques con drones registrados hasta el 10 de mayo de 2026, según el Gulf Research Center saudí, EAU concentra más de la mitad de todos los ataques sufridos por las monarquías del Golfo. Estos ataques han tenido como objetivo instalaciones estratégicas de carácter civil y militar: refinerías, puertos, aeropuertos, centros de datos, hoteles de lujo y bases estadounidenses.

Ante esta situación excepcional, Mohamed bin Zayed (MBZ) decidió pasar a la ofensiva. Rompió toda relación institucional con Teherán, intentó sin éxito reunir a los demás Estados del CCG en torno a acciones políticas comunes e intentó que el Consejo de Seguridad aprobara una resolución que autorizara la reapertura forzosa del estrecho de Ormuz. Fuentes coincidentes indican que Abu Dabi también habría intentado convencer a Riad y a Doha para coordinar una respuesta militar colectiva a los ataques iraníes, propuesta que ambas capitales rechazaron rotundamente. Este rechazo es el que explica el fuerte resentimiento emiratí y las acusaciones públicas del asesor diplomático Anwar Gargash sobre la falta de solidaridad de los socios del CCG.

La salida de Emiratos de la OPEP, efectiva a partir del 1 de mayo de 2026, debe interpretarse en este contexto. Aunque Abu Dabi la justificó por sus reiterados desacuerdos sobre las cuotas de producción, esta decisión, tomada en pleno bloqueo del estrecho, reviste ante todo una dimensión política: desestabilizar la posición dominante de Arabia Saudí en la regulación de los precios de los hidrocarburos y ofrecer a Estados Unidos la oportunidad de reforzar su posición en el mercado mundial de la energía.

Al decidir finalmente emprender acciones coordinadas con Tel Aviv y Washington –llegando incluso a solicitar el apoyo del sistema antimisiles israelí Cúpula de Hierro–, y al permitir que el ejército estadounidense utilizara su espacio aéreo y sus islas para llevar a cabo ataques conjuntos sobre suelo iraní, el Estado federal emiratí se ha convertido en el único miembro del CCG que participa como beligerante en este conflicto. Fuentes israelíes informaron de que MBZ habría recibido en secreto al primer ministro israelí y al jefe del Estado Mayor. A pesar del desmentido emiratí, esta revelación agrava el aislamiento regional de Abu Dabi y sitúa a MBZ en una posición delicada respecto a sus homólogos en el seno de la propia federación.

Y es que la postura de halcón asumida por MBZ no es compartida unánimemente por el conjunto de los Emiratos. La retórica sumamente agresiva hacia Irán contrasta con las reservas, tácitas pero perceptibles, de Dubái –cuyo modelo económico se basa en la estabilidad regional y los intercambios comerciales con Irán– y, más aún, con las de Sharjah, cuya posición se aproxima más al pragmatismo propugnado por Riad. Esta tensión intrafederal, generalmente ocultada tras la fachada de unidad institucional, corre el riesgo de verse exacerbada por las consecuencias duraderas de la opción estratégica de Abu Dabi. El Estado federal emiratí ha cimentado su legitimidad en la estabilidad, el atractivo económico y la prosperidad. La postura cobeligerante asumida por MBZ, que ha convertido a Emiratos en un blanco direc-

to de las represalias iraníes y los expone a un creciente aislamiento regional, cuestiona los fundamentos mismos de este modelo.

Es el propio futuro político del presidente de la federación y la cohesión del sistema federal lo que podría estar en juego al terminar el conflicto. Esta delicada situación podría explicar el progresivo protagonismo del discreto príncipe heredero de Abu Dabi, Jaled, hijo mayor de MBZ, quien ha aparecido en primera línea para representar a EAU a escala internacional, en particular en una visita oficial a Pekín y en la cumbre de los BRICS en Nueva Delhi. Esta maniobra podría servir como solución de recambio para evitar una crisis institucional cuando la situación se vuelva insostenible para MBZ.

LA ESTRATEGIA DE AUTONOMIZACIÓN PROGRESIVA DE ARABIA SAUDÍ

Ante las mismas restricciones estructurales, Riad lleva a cabo una reevaluación significativa de su postura estratégica. El reino busca capacidad de disuasión frente a Irán, al tiempo que desea protegerse contra un riesgo militar estadounidense no solicitado y contra una influencia israelí creciente. Mantendrá y profundizará su alianza con Washington, pero al mismo tiempo desarrollará vínculos militares más estrechos con Turquía y Pakistán, y se apoyará en una coalición geopolítica ampliada que agrupa a Jordania, Siria, Egipto, Catar y Omán. Esta arquitectura de “doble cobertura estratégica” (*dual hedging*) persigue un objetivo preciso: contrarrestar las ventajas acumuladas por Israel desde 2023 y promover, a medio y largo plazo, una solución de dos Estados.

Abdulaziz Sager sostiene que la magnitud del fracaso estadounidense, junto al hecho de que los Estados del Golfo no sean tomados en consideración como actores de pleno derecho en la seguridad regional, son factores susceptibles de acelerar la fase de autonomización en materia de seguridad de Arabia Saudí. La clara diversificación de las alianzas de cooperación en este ámbito –ampliadas a Turquía y Pakistán principalmente en términos de transferencia tecnológica y disuasión nuclear, pero también, en menor medida, a Egipto y Siria en cooperación logística, infraestructuras y recursos humanos– ha experimentado así un nuevo impulso durante la guerra.

Riad impulsa activamente una arquitectura de seguridad inclusiva que asocie a Turquía, Pakistán y Egipto en un marco regional ampliado, un modelo que Abu Dabi, alineado con Tel Aviv, rechaza tajantemente.

En el plano diplomático, Riad mantiene un canal de diálogo con Teherán con la perspectiva de establecer mecanismos de no agresión, un enfoque pragmático adoptado sin engañarse respecto a las intenciones iraníes, pero que responde a un cálculo racional: la coexistencia forzosa es preferible a una confrontación de consecuencias intolerables para las economías del Golfo. Así, pese a la creciente desconfianza hacia Teherán debido a sus múltiples ataques contra los países del CCG, Riad adopta, por pragmatismo, la idea defendida desde hace tiempo por Mascate de integrar a Irán en la arquitectura de seguridad regional. A pesar de las considerables presiones ejercidas por la Administración Trump y de una campaña de desinformación dirigida conjunta-

Riad presiona en favor de una arquitectura en materia de seguridad inclusiva que asocie a Turquía, Pakistán y Egipto en un marco regional ampliado, un modelo que Abu Dabi, alineado con Tel Aviv, rechaza

mente por Washington y Tel Aviv con la complicidad de Abu Dabi, Arabia Saudí ha mantenido su postura de no beligerancia, rechazando en particular que la base militar de Al Kharg fuera puesta a disposición para operaciones ofensivas contra Irán.

CONCLUSIÓN

Se perfila ya un primer balance, provisional, de los efectos diferenciados de la guerra sobre los miembros del CCG. Arabia Saudí –cuya profundidad estratégica del territorio la ha protegido a pesar de los ataques sufridos– y Omán, afectado de forma muy marginal, salen reforzados de este conflicto debido a su resiliencia y a la visión regional pragmática que encarnan, la cual resuena también entre los grandes Estados de la región (Turquía, Egipto, Pakistán). Por su parte, Omán se inscribe ampliamente en el enfoque regional saudí, al tiempo que hace de su soberanía un principio intangible, lo que le permite mantener una relación singular con Teherán. Según Omar Ahmad, ante las presiones ejercidas por la Administración Trump sobre Mascate a propósito del estrecho de Ormuz, el sultanato se esfuerza por convencer a sus socios del CCG, con Riad a la cabeza, de que la preservación del estrecho responde a una responsabilidad colectiva: garantizar la libertad de navegación y evitar que Ormuz se convierta en el escenario de una escalada.

Por el contrario, los pequeños emiratos costeros –Kuwait, Barein y, sobre todo, EAU– aparecen como los grandes damnificados, debido a su sobreexposición geográfica, su dependencia estructural y las decisiones estratégicas que los han llevado a alinearse con las partes beligerantes. Al encomendarse a la protección israelí-estadounidense, afirma Andrew Leber, EAU hace la arriesgada apuesta de sustraerse de su entorno regional, como si la opción de alinearse con Israel y Estados Unidos pudiera borrar la proximidad. Ahora bien, es precisamente la geografía la que sale ganadora de este conflicto: cualquiera que sea el escenario de posguerra, el régimen iraní, por muy devastado que quede, seguirá siendo un vecino y, por tanto, una limitación estructural permanente para Abu Dabi.

El periodo posconflicto tendrá un fuerte impacto en los equilibrios políticos dentro y entre el CCG y, más allá, en los equilibrios de toda la región, cuya arquitectura de seguridad debería cambiar sensiblemente en el contexto de un orden multipolar que baraja de nuevo las cartas de un sistema internacional que ya ha tocado a su fin./

COMPROMETIDOS CON EL DIÁLOGO Y LA COOPERACIÓN ENTRE EUROPA Y EL MEDITERRÁNEO

ESTUDIOS Y PUBLICACIONES

Aportamos investigación basada en el rigor científico y con un genuino enfoque interdisciplinario e inclusivo sobre la evolución sociopolítica de la región, sostenibilidad, cultura, seguridad, energía, igualdad de género, migraciones, economía...

REDES Y PROYECTOS REGIONALES

Contribuimos al conocimiento mutuo y la cooperación entre países, sociedades y culturas mediterráneas mediante el desarrollo de proyectos y la coordinación de redes de alcance euromediterráneo que integran think tanks y actores de la sociedad civil

El seguro de impago que necesitas
para vender en el extranjero

Tú preocúpate solo de crecer

- **Asegura** y **protege** tus exportaciones e inversiones internacionales.
- Accede a **financiación** bancaria en las **mejores condiciones**.
- Obtén con facilidad los **avales** que necesitas.

Cesce fortalece la competitividad de tu empresa
con el respaldo y garantía del Estado español.

¡LLÁMANOS!

900 101 437
cesce.es



A pesar de los golpes sufridos, Teherán intentará recuperar la fortaleza de su 'eje de la resistencia', una de sus bazas de retorsión ante la amenaza que representan Israel y Estados Unidos.

Jesús A. Núñez Villaverde es codirector del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH).

IRÁN Y SU 'EJE DE LA RESISTENCIA' CONTRA LAS CUERDAS

Por si quedara alguna duda sobre la importancia que Teherán concede a lo que se conoce desde hace años como el “eje de la resistencia” –es decir, los peones regionales que lleva tiempo empleando en Oriente Próximo y Oriente Medio–, basta para despejarla con atender a lo que ocurrió el pasado 7 de junio: por primera vez en décadas, Irán lanzó misiles desde su propio territorio contra Israel como respuesta a los ataques de las Fuerzas de Defensa Israelíes (FDI) contra objetivos de Hezbolá en Líbano. Es una clara señal de la capacidad y la voluntad del régimen iraní para preservar una de sus principales bazas de retorsión ante la amenaza que representan conjuntamente Israel y Estados Unidos para sus intereses.

La ecuación es bien conocida. Por un lado, Washington y Tel Aviv llevan prácticamente desde 1979 tratando de echar abajo al régimen iraní. La revolución islámica liderada entonces por el ayatolá Ruhollah Jomeini se convirtió en un quebradero de cabeza tanto para los demás países del Golfo como para las capitales occidentales, en la medida en que no solo había derribado al sah Reza Pahlevi, un sólido aliado estadounidense, sino que propugnaba un modelo político antioccidental y pretendía expandirlo a toda la región. Suponía, por tanto, un desafío a un *statu quo* diseñado desde Occidente para garantizar a toda costa su seguridad energética manteniendo bajo control una región, conviene tenerlo siempre presente, que concentra más de la mitad de todas las reservas probadas de petróleo y gas del planeta.

Con ese propósito compartido, Washington y Tel Aviv –aunque no siempre en sintonía– han ensayado desde en-

tonces diferentes métodos, sin que ninguno de ellos haya logrado el objetivo buscado. Por parte estadounidense, su principal estrategia de acoso y derribo ha consistido en aplicar la “máxima presión”, aprobando sucesivas rondas de sanciones que han buscado ahogar económicamente a Irán para provocar un colapso del régimen propiciado por el levantamiento de una población maltratada e incapaz de satisfacer sus necesidades básicas. Mientras tanto, Israel ha optado preferentemente por el asesinato selectivo de sus científicos nucleares y altos responsables políticos y militares, así como por el castigo creciente a las milicias proiraníes activas en la región y los ciberataques contra sus infraestructuras críticas.

Durante muchos años, ambos actores han asumido la idea de que la opción militar directa estaba condenada al fracaso. Tanto Washington como Tel Aviv parecían entender que la invasión y ocupación de un país no solo tan extenso (1,6 millones de kilómetros cuadrados), sino dotado con un ejército regular (Artesh, 350-400.000 efectivos), el Cuerpo de Guardianes de la Revolución Islámica de Irán (pasdarán, 150.000 efectivos), la milicia paramilitar Basij (350-450.000 efectivos potenciales) y los diversos peones activos en la región, podría saldarse con un rotundo fracaso a pesar de la ventaja tecnológica de las maquinarias militares estadounidense e israelí. Una convicción que se esfumó en el momento en el que la visión iluminada de Donald Trump y Benjamín Netanyahu terminó por imponerse en junio de 2025, desencadenando la Guerra de los Doce Días. Una guerra que no resolvió ningún problema y que, junto con la que volvió a estallar el pasado 28 de



Manifestación de partidarios de Hezbolá en contra de Estados Unidos e Israel. Beirut, 10 de junio de 2026./STR/NURPHOTO VÍA GETTY IMAGES

febrero, incluso ha creado otros nuevos (como el control iraní del estrecho de Ormuz).

Por su parte, Irán ha aprendido a vivir bajo el castigo, convertido en un paria internacional y con la mayor parte de las puertas comerciales cerradas (salvo China), lo que ha redundado en una creciente dificultad para mantener la paz social y para responder a los intentos de derribo promovidos por Estados Unidos e Israel. Los dos elementos más relevantes de esa respuesta –al tiempo que se ha ido haciendo más visible la corrupción, la ineficiencia y la voluntad represora del régimen contra su propia población– han sido el programa nuclear y la creación o potenciación de un conglomerado de peones regionales a su servicio.

Incapaz de exportar su modelo revolucionario al resto de la región, ni por la fuerza ni por la afinidad ideológica, el régimen iraní ha desarrollado un sistema defensivo basado en esos dos pilares. El nuclear le ha servido en algunas ocasiones como elemento de disuasión frente a sus enemigos y, sobre todo, como una baza de negociación para lograr el alivio parcial y temporal de algunas de las sanciones que le han sido impuestas. Así ocurrió, por ejemplo, en 2015, cuando se alcanzó un acuerdo por el que, a cambio de limitar su desarrollo y permitir la labor intrusiva de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, recuperó una cierta capacidad de maniobra para poder comerciar con el resto del mundo sin tantas cortapisas. La criticable decisión de Trump, en mayo de 2018, de denunciar dicho acuerdo ha supuesto un regreso a la imposición de nuevas san-

ciones y a la renovación del esfuerzo iraní por seguir adelante con su controvertido programa.

En paralelo, Teherán ha sabido aprovechar las fracturas y la inestabilidad de algunos de sus vecinos para tejer una red de aliados con capacidades muy variadas, pero, en todo caso, suficientes para obligar a sus potenciales enemigos a tener en cuenta que cualquier golpe contra Irán podía ser respondido no solamente desde su propio territorio, sino también desde muchos otros puntos de Oriente Medio. El régimen iraní buscaba así contar no solamente con un segundo elemento de disuasión, sino también de castigo en el caso de que Israel, EEUU o cualquier otro se atreviera a poner a prueba su voluntad de emplear la fuerza.

Para coordinar esta amalgama de gobiernos y grupos al servicio de su política exterior y de seguridad, Irán cuenta con la Fuerza Al Quds, punta de lanza de los pasdaran en la región, con una intensa actividad tanto en el terreno militar como en el de la inteligencia. Sin descartar que en algún momento haya llevado a cabo algunas operaciones especiales de combate directo, su labor principal se centra en la financiación, asesoramiento, instrucción y suministro de material militar tanto a los gobiernos afines como a los grupos desplegados en los países vecinos.

SIRIA, UNA PIEZA PERDIDA

El más importante de esos peones regionales, teniendo en cuenta su peso político, económico y militar, ha

La caída de Al Assad, en 2024, ha supuesto un serio revés para el régimen iraní, incapaz de momento de recuperar la influencia que mantuvo durante décadas sobre Damasco

sido durante mucho tiempo la dictadura siria del clan Al Assad. Siria ha servido tanto de vía de tránsito hacia Líbano, como de representante destacado del frente de rechazo a la existencia de Israel, del que el propio Irán se autodesigna como líder.

En el primer nivel, el territorio sirio le ha permitido a Irán alimentar a la milicia chií libanesa de Hezbolá tanto económica como, sobre todo, militarmente, contando con instalaciones, almacenes y, por supuesto, la complicidad de Damasco para trasladar material militar hacia los feudos del Partido de Dios. En el segundo, Teherán ha podido establecer vínculos con milicias y grupos que le han permitido ampliar su repertorio de opciones para apoyar a Bashar al Assad durante los 13 años de guerra interna.

En todo caso, es obligado reconocer que, más allá de un desgastado discurso confrontacional, han pasado los años sin que Damasco se haya atrevido nunca a pasar a los hechos, atacando a Israel, ni siquiera para recuperar los Altos del Golán que Tel Aviv mantiene ocupados desde 1967. Igualmente, también es bien evidente que el derribo de Al Assad, en diciembre de 2024, ha supuesto un serio revés para el régimen iraní, incapaz de momento de recuperar la influencia que mantuvo durante décadas sobre Damasco.

Algo similar ha procurado obtener Teherán aprovechando su notable influencia en Irak. Pero, aunque son bien notorios los vínculos que ha establecido con buena parte de los grupos armados que se mueven en la órbita de las Unidades de Movilización Popular, nunca ha logrado someterlos férreamente a su dictado ni, mucho menos, subordinar a los sucesivos gobiernos de Bagdad.

HEZBOLÁ, DEBILITADO, PERO NO DERROTADO

El siguiente en la lista es Hezbolá, un actor que combina su perfil político, muy activo tanto en el parlamento libanés como en el gobierno nacional, con su componente militar, hasta el punto de ser considerado como más potente y operativo que las propias fuerzas armadas nacionales. Creado en 1982, en el contexto de la ocupación israelí de la Zona de Seguridad del Sur de Líbano, se identifica ideológicamente con las posiciones antisionistas y antioccidentales de Jomeini, a las que añade un carácter netamente nacionalista, empeñado en lograr la expulsión total de Israel de suelo libanés. Gracias al

apoyo recibido de Teherán, fue capaz, durante los 18 años siguientes de ocupación israelí, de consolidar su poder tanto en la escena nacional, como de liderar la resistencia militar contra Israel, llevando a cabo innumerables acciones armadas.

Entre ellas destaca la que tuvo lugar en el verano de 2006, dejando una sensación generalizada de un Hezbolá políticamente reforzado y un Israel con deseo de volver a las andadas en algún momento para intentar restablecer su imagen de potencia militarmente incuestionable en la región. El balance de aquellos 34 días de batalla desigual dejó un poso de frustración en el bando israelí, puesto que las FDI no fueron capaces de eliminar la capacidad militar de su enemigo, lo que incluso permitió a la milicia libanesa cantar victoria en la medida en que no había sido aniquilada. Desde entonces, la tensión ha sido permanente y la tentación de Tel Aviv de volver a golpear de manera mucho más contundente ha ido creciendo al mismo ritmo que Hezbolá, con el permanente apoyo de Irán, ha ido reforzando sus capacidades, tanto en efectivos humanos como en material militar.

El último capítulo de este proceso de confrontación arrancó tras los atentados de Hamás y de Yihad Islámica Palestina, el 7 de octubre de 2023, en territorio israelí. Hezbolá decidió implicarse directamente en la respuesta a la ofensiva que las FDI habían lanzado contra la Franja de Gaza, empleando sus cohetes y misiles contra Israel y obligando a unos 80.000 israelíes a abandonar sus hogares en la zona cercana a la frontera común. Por su parte, Tel Aviv desencadenó una campaña de ataques aéreos y artilleros que terminaron por provocar la evacuación de unos 110.000 libaneses del sur del país. De ahí al arranque de una ofensiva generalizada solo había un paso que las FDI no tardaron en dar, con un Netanyahu convencido de que finalmente podría terminar definitivamente con la milicia libanesa. Los hitos más relevantes de esa apuesta belicista, que mostraron el extraordinario nivel de infiltración que Israel ha logrado en las filas del Partido de Dios, fueron tanto el ciberataque simultáneo contra miles de combatientes libaneses, aprovechando unos buscadores personales que habían sido manipulados previamente, como el asesinato del secretario general Hasán Nasralá, en septiembre de 2024, seguido de una ofensiva terrestre que, en realidad, sigue en marcha todavía hoy a pesar de que formalmente se alcanzó un acuerdo de alto el fuego en noviembre de 2024.

Sea como sea, y aunque se encuentra debilitada políticamente y muy castigada militarmente, sería muy prematuro certificar su eliminación a manos de Israel.

HAMÁS, EN HORAS MUY BAJAS

El Movimiento de Resistencia Islámica, Hamás, está muy lejos actualmente de la imagen de creciente fortaleza que pudo transmitir en muchos momentos, desde su creación en 1987, pasando por su golpe de fuerza en Gaza (junio de 2007), hasta los ataques contra Israel en octubre de 2023. Consentido durante mucho tiempo por el propio Israel, en la medida en que le servía para ahondar la fractura interna de la resis-

cia palestina, en estos últimos tiempos ha visto cómo su liderazgo político y militar ha sufrido una debacle como resultado de las sucesivas operaciones militares israelíes.

Para Irán, al margen de sus diferentes identidades religiosas (chií vs. suní), ha sido fundamentalmente un activo útil para complicar aún más la planificación militar de Tel Aviv. Se entiende así que, al igual que ocurre con el resto de sus peones, Hamás haya recibido financiación, material militar e instrucción por parte de Teherán, a pesar de la distancia geográfica y las evidentes dificultades para llegar a la Franja.

A la vista de lo ocurrido tanto durante la etapa más violenta de las FDI dentro de Gaza, como tras el acuerdo de cese de hostilidades (octubre de 2025), persistentemente incumplido por Israel, se confirma tanto la debilidad extrema de la milicia, como su voluntad de proseguir la resistencia armada contra la potencia ocupante.

ANSAR ALLAH, MIRANDO A BAB EL MANDEB

La milicia hutí de Ansar Allah suele presentarse equivocadamente como una marioneta en manos del régimen iraní. Los hechos no parecen confirmar esa visión, y es que, aunque es evidente que existen vínculos operativos entre ambos actores, las huestes de Abdul Malik al Houthi tienen su propia agenda nacional en respuesta a la histórica marginación de la minoría hutí por parte de Saná y, además, tienen que atender a los desafíos que les plantean en muchas partes del país las fuerzas todavía leales al presidente yemení, a las fuerzas lideradas por Arabia Saudí, a los grupos yihadistas presentes en Yemen y hasta a los grupos separatistas del sur. Eso significa, a fin de cuentas, que sus acciones a favor de Teherán o en aparente defensa de la causa palestina son, por definición, meramente instrumentales y sobrevenidas, siempre en un nivel inferior a la defensa de sus propios intereses.

Cuentan, desde luego, con el apoyo prestado por Irán, que incluye misiles y drones, pero también tienen sus propios ingenieros para ensamblarlos y desarrollarlos a partir de modelos fundamentalmente iraníes, chinos o rusos. En todo caso, su aportación al “eje de la resistencia” iraní es secundaria. De hecho, a pesar de su empeño, ni han logrado cortar totalmente el tráfico por el mar Rojo, ni forzar a Israel a cambiar el rumbo de su estrategia belicista contra Gaza y el resto de la región. Eso significa que sus acciones no van más allá de perturbar parcialmente el tráfico marítimo en torno a Bab el Mandeb, con escasa incidencia en el precio de los hidrocarburos, ni tampoco han conseguido que Israel haya detenido su operación de castigo contra los gazatíes o que Washington y el resto de las capitales occidentales se hayan implicado seriamente en presionar a Tel Aviv para llegar a ese punto. Del mismo modo, y a pesar de contar con misiles balísticos con alcance suficiente para llegar a territorio israelí, tampoco han sido capaces de batir eficazmente objetivos en suelo de Israel, traspasando las capas de defensa antiaérea que tanto Tel Aviv como Washington tienen activadas en la región.

Las acciones de los hutíes a favor de Teherán o en defensa de la causa palestina son meramente instrumentales y sobrevenidas, siempre en un nivel inferior a la defensa de sus propios intereses

Eso no quiere decir que sea un actor irrelevante, en la medida en que puede llevar a cabo acciones –ataques en Bab el Mandeb, especialmente– que multipliquen el impacto negativo de las acciones iraníes no solo en la economía regional, sino incluso a nivel mundial.

MÁS DE LO MISMO EN EL HORIZONTE

La guerra de Israel y Estados Unidos contra Irán se explica, al contrario del argumento empleado por los agresores, no porque el régimen iraní fuera una amenaza inminente contra ninguno de ellos, sino precisamente porque ambos lo percibían como extremadamente debilitado. Calculaban que, como resultado de la “máxima presión” estadounidense, la Guerra de los Doce Días y el castigo al que ambos han sometido a los principales peones regionales iraníes, bastaba un solo golpe más para provocar su derribo, eliminando de paso a su líder supremo. Creían, en definitiva, que sería un paseo militar a mayor gloria personal de Netanyahu y Trump. Por eso el choque de sus sueños con la realidad les está resultando especialmente duro de asumir.

El balance provisional de tantos años de confrontación muestra, por un lado, que ni Israel ni EEUU han logrado eliminar definitivamente a ninguno de los peones iraníes, mientras resulta muy dudoso que Teherán se vaya a comprometer a dejar de contar con ellos en el marco de las negociaciones actualmente en marcha para alcanzar un acuerdo de paz definitivo. Por otro, también es cierto que el uso de esos peones no le ha bastado a Irán para evitar la guerra que le han planteado sus principales enemigos, y a corto plazo resulta muy difícil que disponga de los medios necesarios para reforzarlos hasta el nivel en el que puedan volver a representar una amenaza significativa en ningún frente de batalla. Todo ello mientras resulta imposible ahora mismo establecer con alguna precisión cuántos efectivos y qué potencial armamentístico acumula cada uno de ellos para futuras acciones.

En todo caso, a falta de otras alternativas realistas y mientras el régimen iraní no colapse, lo más probable es que siga empeñado en mantener los vínculos con todos. Aunque Irán no tiene medios para lanzar una ofensiva general en la región, le sigue interesando recuperar la fortaleza de su “eje de la resistencia” para poder seguir respondiendo a futuras embestidas. Porque sabe que las habrá./

En su estrategia para Oriente Medio, Europa debe aprovechar sus activos económicos, diplomáticos y de seguridad para desarrollar políticas basadas en sus propios intereses y no en los de EEUU.

Patrick Costello ha sido funcionario y diplomático de la Unión Europea.

EUROPA Y LA GUERRA CON IRÁN: DE LA DESCOORDINACIÓN HACIA LA AUTONOMÍA ESTRATÉGICA

La respuesta inmediata de los líderes europeos al inicio, el 28 de febrero, de la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán no pudo estar más dividida. En un extremo, los líderes bálticos, siguiendo la línea de los beligerantes, acogieron con satisfacción el asesinato del ayatolá Jameneí como un momento de esperanza para el pueblo iraní. En el otro, el presidente español, Pedro Sánchez, rechazó la acción militar unilateral por considerarla ilegal. Se expresaron casi todos los puntos de vista intermedios entre estos dos extremos, mientras que muchos gobiernos, en particular los del E3 (Francia, Alemania y Reino Unido), guardaron silencio sobre el ataque estadounidense-israelí y centraron sus críticas en los contraataques iraníes contra los Estados del Golfo. La descoordinación puesta de manifiesto por respuestas tan dispares hizo prácticamente imposible articular una posición común de la Unión Europea (UE). Una declaración conjunta del presidente del Consejo Europeo, António Costa, y de la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, se limitó a expresar preocupación e instar a la moderación.

Esto pareció marcar un nuevo mínimo en el papel de Europa en el mundo. Apenas 10 años antes, la UE había liderado con éxito una década de negociaciones bajo mandato de la ONU en nombre del llamado E3+3 (Reino Unido, Francia, Alemania + EEUU, Rusia, China) para firmar el acuerdo nuclear integral con Irán, el JCPOA. Este logro había puesto a prueba la entereza de Europa como actor diplomático serio al conseguir un éxito multilateral poco común en Oriente Medio. El contraste con el 28 de febrero no podía ser más lla-

mativo. La debilidad demostrada también contrastaba con los acontecimientos de apenas dos semanas antes, cuando Europa parecía haber plantado cara con éxito a EEUU respecto a sus pretensiones territoriales sobre Groenlandia.

En este contexto desfavorable, con una Europa quizá más marginada y dividida que en ningún otro momento desde que se puso en marcha la política exterior de la UE, resulta aún más notable que, a medida que ha avanzado la guerra contra Irán, no solo se haya reconstruido en gran medida una frágil unidad, sino que los responsables políticos estén empezando a creer poco a poco que Europa podría ser capaz de actuar en Oriente Medio basándose en sus propios intereses y sin limitarse a seguir pasivamente el enfoque de Washington.

UNA GUERRA SIN VENTAJAS PARA EUROPA

Aunque resulte difícil de creer en retrospectiva, los objetivos iniciales de la guerra de EEUU e Israel eran un cambio de régimen al estilo de Venezuela, decapitando al liderazgo del régimen y sustituyéndolo por alguien que hiciera poco por cambiarlo, pero que estuviera dispuesto a actuar como un líder dócil para los intereses de EEUU e Israel en la región. Curiosamente, el candidato estadounidense e israelí para hacerse con el poder en Irán no era otro que Mahmud Ahmadineyad, el expresidente de línea dura y antioccidental que, como presidente, había pedido que Israel fuera "borrado del mapa". Fue, quizás, la suposición de que esta operación

tendría éxito lo que llevó a muchos líderes europeos a apoyarla. Sin embargo, fracasó en las primeras 24 horas. Ahmadiyad resultó herido en unos ataques destinados a liberarlo del arresto domiciliario mediante el asesinato de sus guardias de seguridad, y pasó inmediatamente a la clandestinidad tras desilusionarse con el plan estadounidense-israelí.

En retrospectiva, los europeos quizá debieron prever que intentar un cambio de régimen en Irán era muy arriesgado y, tal vez, estaba predestinado al fracaso. En Europa se sabía desde hacía décadas que los simulacros de guerra del Pentágono sobre operaciones de cambio de régimen en Irán habían fracasado sistemáticamente. Los riesgos del cierre del estrecho de Ormuz por parte de los iraníes también eran conocidos y reconocidos. Estos riesgos, a su vez, siempre habían sido suficientes para impedir que a las generaciones anteriores de halcones anti-Irán, como John Bolton, se les diera vía libre para seguir adelante.

Y así, en lugar de una operación rápida e ilegal al estilo de la de Venezuela, lo que se desató fue una guerra que bloqueó los suministros esenciales de petróleo y fertilizantes procedentes del Golfo, además de causar daños significativos a su infraestructura energética. Esto supuso un triple golpe para Europa. En primer lugar, en el plano económico, el director de la Agencia Internacional de la Energía advirtió de una crisis del petróleo más grave que las de 1973, 1979 o 2022. En primavera, la Comisión Europea rebajó las previsiones de crecimiento para este año del 1,5% al 1,1% y ha elevado las previsiones de inflación del 2,1% al 3,1%. Ahora existe el riesgo de estanflación, con un lastre económico que se prevé que se prolongue varios años después del fin del conflicto.

En segundo lugar, y más grave aún, la subida del precio de los combustibles fósiles proporcionó a los rusos una bonanza económica inesperada. Reuters estimó que los ingresos fiscales de Rusia procedentes únicamente de la producción de petróleo casi se duplicaron, lo que le proporcionó más de 4.000 millones de dólares al mes para financiar sus esfuerzos bélicos en Ucrania. La guerra también debilitó a Ucrania al reducir y desviar las existencias estadounidenses de misiles interceptores Patriot, de carácter esencial. Estos efectos podrían retrasar aún más el momento en que Rusia considere que le conviene negociar una solución al conflicto de Ucrania y provocar una prolongación innecesaria de una guerra que, en la actualidad, constituye la principal preocupación de Europa en materia de seguridad.

En tercer lugar, los objetivos de guerra de EEUU e Israel han divergido significativamente tras el fracaso inicial de la operación de cambio de régimen. Mientras que EEUU se ha centrado en la reapertura del estrecho de Ormuz, el objetivo de Israel ha pasado a ser el colapso del régimen islámico de Teherán, independientemente de si es sustituido por algo estable o incluso capaz de mantener la unidad del país. Si tuvieran éxito, hay muchas posibilidades de que estallaran conflictos internos, y es probable que los kurdos, los baluchis y otras minorías se aprovecharan del desorden. Para Europa, esto significaría otra crisis de refugiados en sus fronteras, que bien podría ser mayor que la siria.

REPERCUSIONES POLÍTICAS Y ESTRATÉGICAS EN EUROPA

El daño causado a Europa por la guerra ha tenido, como era de esperar, importantes repercusiones políticas en todo el continente. Si la postura de Sánchez era una excepción en Europa el día en que estalló el conflicto, en pocas semanas otros se apresuraron a sumarse a él. A finales de marzo, la autoproclamada aliada de Donald Trump, Giorgia Meloni, criticaba públicamente la guerra e impedía que los aviones estadounidenses repostaran en bases italianas. Por esas mismas fechas, el presidente alemán, Frank-Walter Steinmeier, arremetió contra EEUU e Israel, acusándolo de iniciar una guerra ilegal y políticamente desastrosa. El canciller alemán, Friedrich Merz, tardó más y se mostró más comedido, pero a finales de abril declaró públicamente su escepticismo respecto a la guerra. En Francia, el presidente, Emmanuel Macron, también comenzó a hacer declaraciones públicas criticando la estrategia bélica estadounidense.

La guerra complicó especialmente la vida a los partidos de extrema derecha de Europa, muchos de los cuales se habían presentado hasta entonces como aliados políticos de Trump y del movimiento MAGA. A la velocidad del rayo, la alianza con Trump se convirtió en veneno político. En Italia, el aura de invencibilidad política de Meloni se desvaneció en marzo tras una inesperada derrota electoral en un referéndum constitucional sobre el poder judicial. Esa misma semana, Janez Jansa no logró la mayoría esperada en las elecciones parlamentarias de Eslovenia. De forma más dramática y visible, el icono del MAGA, Viktor Orbán, no solo perdió la presidencia del gobierno en las elecciones parlamentarias de abril en Hungría, sino que la oposición obtuvo una mayoría constitucional cualificada, a pesar de (o quizás debido a) la visita del vicepresidente estadounidense, J.D. Vance, para apoyar a Orbán en vísperas de las elecciones. La única excepción a este patrón de declive parece ser Alemania, donde la AfD sigue creciendo en las encuestas, pero quizá sea la excepción que confirma la regla, dado que su reciente aumento de popularidad coincidió con sus críticas a la guerra de Irán.

La creciente impopularidad de Trump en Europa se vio entonces acelerada por sus amenazas a los europeos de retirarse de la OTAN, retirar las tropas de Europa y reintroducir sanciones. Estas medidas resultaron esencialmente contraproducentes, ya que no persuadieron a ningún europeo a participar en una guerra sobre la que no se les había consultado previamente y a la que se habrían opuesto si se les hubiera preguntado.

Algunas de estas amenazas estadounidenses pudieron ignorarse en gran medida: amenazar a España con un aumento de los aranceles era una amenaza vacía para un país que se encuentra a salvo dentro de la unión aduanera. Del mismo modo, las amenazas de retirar las tropas estadounidenses de las bases en Europa parecían contraproducentes dada la importancia de esas bases para la proyección del poder militar estadounidense más allá de Europa, sobre todo en el propio Oriente Medio.

Sin embargo, a pesar de ser en gran medida amenazas vacías, también han puesto en riesgo la influencia



El presidente francés, Macron (izquierda), y el canciller alemán, Merz (derecha), llegan a la cumbre europea. Bruselas, 19 de marzo de 2026. /JONATHAN RAA/NURPHOTO VÍA GETTY IMAGES

de EEUU sobre los europeos. La disposición de la UE a doblegarse ante Trump se derivaba del temor a que EEUU retirara su apoyo a la defensa de Ucrania y, más allá de eso, a la disuasión europea frente a la amenaza de seguridad rusa. La reticencia de los Estados bálticos a criticar la guerra contra Irán se deriva de este temor, ya que la amenaza de Rusia es, para ellos, existencial. Es este temor el que también explica por qué la UE, como mayor bloque comercial mundial, firmó el año pasado un acuerdo comercial con EEUU que es extremadamente favorable a este país, al añadir aranceles a exportaciones europeas clave sin reciprocidad.

Pero cuando una amenaza se convierte en realidad, pierde su poder. Los estadounidenses ya han convencido a los europeos para que paguen las armas estadounidenses suministradas a Ucrania. El número de tropas estadounidenses en Europa se ha reducido de forma constante desde el máximo alcanzado durante la Guerra Fría, de 475.000 a finales de la década de 1950, y actualmente se sitúa entre 80.000 y 105.000. La retirada de más tropas, en medio de las continuas amenazas de abandonar la OTAN, hace que el tan nombrado artículo 5 del Tratado de la OTAN, que establece la defensa mutua, comience a parecer realmente frágil. Muchos analistas ya hablan de la idea de que el artículo 5 está *de facto* muerto. Si este es el caso, entonces la única influencia que le queda a EEUU se debe a que los europeos no quieren que se declare públicamente su muerte hasta que su sustituto europeo esté listo.

Sin embargo, se trata de una influencia mucho más débil sobre los europeos. Paradójicamente, Trump ha debilitado la influencia de EEUU sobre los gobiernos europeos, ha debilitado a sus aliados políticos en el continente y ha generado la voluntad política potencial para

que Europa tome el control de su propia seguridad, no solo para hacer frente a las amenazas en su flanco oriental, sino también para desarrollar un conjunto de políticas más autónomas hacia su flanco meridional.

HACIA UN ENFOQUE EUROPEO AUTÓNOMO RESPECTO A SU VECINDAD DEL SUR

Los primeros indicios de "reacción" europea surgieron como respuesta a la exigencia de Trump, el 14 de marzo, de que Europa asumiera la responsabilidad de garantizar la seguridad del tránsito comercial de buques por el estrecho de Ormuz. Aunque los europeos rechazaron rotundamente la exigencia estadounidense de desplegarse mientras la guerra aún estaba en pleno apogeo, lo que surgió fue una declaración el 19 de marzo de siete países (Francia, Alemania, Italia y los Países Bajos, además del Reino Unido, Canadá y Japón) en la que expresaban su "disposición a contribuir a los esfuerzos adecuados para garantizar el paso seguro por el estrecho". A la declaración se sumaron rápidamente más de 30 países, entre ellos muchos de la UE. En menos de un mes, Macron y el primer ministro británico, Keir Starmer, habían convocado una cumbre de 51 países. Los dos líderes anunciaron el lanzamiento de una misión multinacional defensiva que, tras un alto el fuego sostenible, protegería el tráfico marítimo comercial, garantizaría el paso seguro y contribuiría al desminado del estrecho. Paralelamente, se iniciaron los trabajos en la UE para ampliar el mandato de la misión naval Aspides, que desde 2024 protege el tráfico marítimo comercial en el mar Rojo de los ataques de drones y misiles hutíes.

Esto sienta una serie de precedentes importantes. El primero es que EEUU, los Estados del Golfo, los aliados de la OTAN no pertenecientes a la UE y los países del G7 están demostrando su voluntad de unirse bajo el liderazgo francés y británico –es decir, europeo– para garantizar la seguridad marítima tras el conflicto, y es-

tán dispuestos a desplegar los medios navales y aéreos necesarios para que la misión sea un éxito. Además, la UE, como tal, está dispuesta potencialmente a hacer su propia contribución militar a este esfuerzo.

Lo más llamativo es que, en el momento de redactar este artículo, Estados Unidos no parece tener planes de participar, dirigir o controlar dicha misión, lo que supondría la primera vez desde el fin de la Guerra Fría que la seguridad militar en el Golfo no estaría gestionada directamente por los estadounidenses.

En este contexto, una estrategia europea para Oriente Medio podría ir mucho más allá de responder a consideraciones inmediatas en torno a la seguridad del estrecho de Ormuz. La Comisión Europea tiene previsto publicar este año una nueva estrategia regional, aunque el conflicto iraní ha retrasado su elaboración. A diferencia del enfoque cauteloso y fragmentario del Pacto por el Mediterráneo del año pasado, esta debería ser una oportunidad para una verdadera reflexión estratégica sobre cómo Europa puede aprovechar sus activos económicos, diplomáticos y, ahora de manera potencial, de seguridad en la región para desarrollar un conjunto de políticas basadas en sus propios intereses y no en los de su "socio" transatlántico.

CONCLUSIÓN

Concluiré con algunas ideas sobre cómo podría concretarse esa reflexión. (para más información, ver "Time for the EU to rethink its Middle East Strategy" *Arab Reform Initiative*):

– *Europa debe reconocer y desplegar de forma eficaz y coherente los activos de que dispone*

Europa sigue siendo, en general, el mayor socio comercial de la región MENA, aunque China la haya superado en los Estados del Golfo. Europa dialoga con todos los actores de la región a través de su amplia red diplomática y mantiene colaboraciones de base amplia mediante los acuerdos de asociación con todos los países mediterráneos, a excepción de Siria. Además, sigue siendo, por el momento, el mayor actor humanitario del mundo, y la extensa diáspora europea procedente de la región le permite comprenderla mejor que cualquier otro actor externo. En un mundo en el que las grandes potencias no temen hacer uso de su fuerza, Europa debería ser más honesta tanto sobre su papel como sobre lo que busca de la región. En lugar de intentar impedir la migración mediante acuerdos bilaterales, una Europa más segura de sí misma y asertiva definiría su objetivo general en la región como la búsqueda de un vecindario más pacífico y próspero mediante el fortalecimiento de sus relaciones en toda la región. Cualquier medida encaminada a alcanzar ese objetivo reduciría por sí misma tanto el número de refugiados como el de migrantes económicos.

– *Europa necesita una relación cualitativamente diferente con el Golfo*

Tanto Europa como los Estados del Golfo han descubierto en los últimos 18 meses, por las malas, que Estados Unidos ya no es un aliado fiable y que esa falta de fiabilidad está poniendo en riesgo la seguridad de ambos. Algunos analistas hablan ahora de una conver-

gencia estratégica de las dos regiones. Para fomentar esta convergencia, lo que se necesita es un cambio radical en las relaciones de Europa con los Estados del Golfo, especialmente con Arabia Saudí y Catar, basado en un enfoque compartido más estrechamente respecto a toda la región y su seguridad. La UE ya dispone de un conjunto de herramientas políticas para lograrlo, gracias a la Estrategia de Asociación de la UE con el Golfo adoptada en 2022. Partiendo de esta base y de los nuevos esfuerzos por garantizar la seguridad marítima una vez terminada la guerra, Europa podría acabar contribuyendo a fomentar un marco de seguridad cooperativa en la región. Podrían estar empujando una puerta abierta, ya que las vulnerabilidades tanto de Irán como de los Estados del Golfo ante la agresión militar –que el conflicto ha puesto de manifiesto– podrían generar una voluntad mucho mayor de invertir en un marco de seguridad cooperativa más estable. Una Europa más asertiva y estratégica podría desempeñar un papel a la hora de facilitar el desarrollo de la alternativa regional a la *pax americana*, tan necesaria y largamente esperada.

– *Europa debe colaborar con la región para reconstruir la confianza perdida en los últimos años*

Si Europa quiere desempeñar este papel, tendrá que reconocer los errores cometidos en los últimos años y volver a su posición tradicional: el conflicto israelo-palestino sigue siendo la cuestión estratégica central para la región, y colaborar con la región para encontrar una solución debería ser la primera prioridad de Europa.

En lugar de enviar a comisarios europeos como simples observadores de la eventual Junta para la Paz, Europa colaboraría con socios de la región, especialmente en el Golfo, para desarrollar planes que refuercen la capacidad de acción palestina en la reconstrucción de Gaza. También debería estar dispuesta a hacer valer su peso económico y comercial para recordar a Israel que las iniciativas de anexión de Cisjordania, el socavamiento de las estructuras de gobernanza de Oslo y los bombardeos ilegales y la expansión de su territorio en Líbano y Siria tienen consecuencias, si fuera necesario, mediante la suspensión de las preferencias comerciales en virtud del Acuerdo de Asociación UE-Israel.

Este enfoque no solo cambiaría la forma en que los palestinos ven a Europa, sino que también tendría un impacto en las relaciones de Europa con toda la región y le permitiría reforzar sus lazos históricamente estrechos con Irak, Siria, Líbano, Egipto, Turquía y el Golfo. A su vez, esto abriría la puerta a un papel europeo mucho más significativo en la rehabilitación y reconstrucción de Siria tras la guerra, al trabajar en colaboración con Turquía y el Golfo.

En conjunto, tal estrategia contribuiría al menos a reparar el daño causado a la reputación de Europa como defensora del derecho Internacional, no solo en Oriente Medio, sino también en África, América Latina y Asia. Como tal, sería un punto de partida para el desarrollo del tipo de alianza de potencias medias que el primer ministro canadiense, Mark Carney, defendía en Davos y en la que la UE, como conjunto de potencias medias unidas por leyes y normas, debería lógicamente desempeñar un papel central./

Los intereses de los dos principales Estados del sur de Asia están muy presentes en el escenario iraní: por ser el vecindario extenso en la visión estratégica india y el vecindario inmediato para Pakistán.

Ana Ballesteros es profesora ayudante doctora, departamento de Relaciones Internacionales e Historia Global, Universidad Complutense de Madrid.

INDIA, PAKISTÁN E IRÁN: VECINOS DE UNA MISMA REGIÓN

En la mayor parte de los análisis, Irán tiende a ser ubicada en Oriente Medio u Oriente Próximo, un constructo geopolítico que relaciona este país con los de su entorno del mundo árabe, junto a Turquía e Israel. El término preferido en este artículo es el de Asia Occidental, en cuya visión es más sencillo incluir otros países limítrofes, como Afganistán, Pakistán e India, y que, en ocasiones, son vistos como ajenos a las dinámicas regionales del golfo Pérsico.

La disciplina de estudios regionales no siempre ha considerado cómo interactúan los países colindantes entre las divisiones geográficas. Véase el "Oriente Medio" como concepto construido desde el Norte en función de su visión estratégica y sus intereses. Este "Medio" era lo que separaba Reino Unido de India y, dependiendo de la época, el concepto en sí incluía y excluía países en función de los intereses de las grandes potencias.

De esta forma, el Oriente Medio que Alfred Thayer identificaba se consideraba una realidad objetiva más que un constructo geopolítico. La visión del presidente estadounidense Dwight D. Eisenhower incluía en la región a países como Libia, Sudán o Etiopía, mientras que tras los atentados del 11-S, la administración de George W. Bush acuñó el polémico término del "Gran Oriente Medio", que sumaba junto al mundo árabe, a Irán, Turquía, las repúblicas de Asia Central, Afganistán y Pakistán. Es decir, en la definición de las regiones se han incluido o excluido países en función de visiones económicas y securitizadas de las potencias globales.

Así, Asia occidental se ha estudiado como unidad generalmente separada de Asia del sur. Sin embargo,

durante siglos las fronteras del Irán de hoy día con India, Pakistán y Afganistán no existieron. Las dinámicas históricas y culturales entre estos países no desaparecieron con las independencias ni con las fronteras artificiales dibujadas por los colonizadores.

En Asia occidental se ubica parte del mundo árabe y otros países a lo largo de la orilla oriental del Mediterráneo, donde se configura una parte del mundo musulmán, que tiende a ser casi identificado como árabe. Las identidades transnacionales son una de las características que define las dinámicas regionales. Pero, a efectos de este texto, hay que tener en cuenta que el sur de Asia comparte algunas de estas dinámicas. De ninguna otra manera se puede entender cómo, en febrero de 2026, el magnicidio del ayatolá Jamenei, líder supremo iraní, generó una oleada de protestas en Pakistán e India.

Desde Karachi a Nueva Delhi, Cachemira o Hyderabad, las protestas fueron multitudinarias y, en ocasiones, violentas. Poco se habla de la segunda población chií del planeta, detrás solo de la iraní, que es la de Pakistán, donde se estima que hay entre 30 y 40 millones de chiíes. Esta población supera a la chií de Irak, e incluso es probable que los chiíes en India, que contiene la tercera población musulmana del mundo (tras Indonesia y el mismo Pakistán), puedan estar entre 25 y 50 millones.

Asimismo, la centralidad de las fronteras terrestres infravalora la importancia de las marítimas. Si consideramos el concepto del Indo-Pacífico, las masas oceánicas son el elemento central. Por tanto, las dinámicas de interacción actuales entre Irán, Pakistán e India no



Manifestación contra Estados Unidos e Israel tras el asesinato de Jamenei. Nueva Delhi, 1 de marzo de 2026./AMARJEET KUMAR SINGH/ANADOLU VIA GETTY IMAGES

son solo líneas en un mapa separando masas continentales, sino límites marítimos en torno al océano Índico occidental, donde también se libra la gran competición global entre Estados Unidos y China. Este océano, por tanto, es un elemento clave en torno al cual analizar las relaciones de estos tres países.

UN VECINDARIO, ¿UNA REGIÓN?

Los acontecimientos en torno al estrecho de Ormuz afectan de manera muy directa a India y Pakistán, por ser el vecindario extenso en la visión estratégica india y el vecindario inmediato para los pakistaníes. El sur de Asia no es ajeno a la guerra, tanto por motivos económicos (el 85% y el 70% de los recursos energéticos para India y Pakistán, respectivamente, pasa por este estrecho), como por sus propias percepciones de seguridad, ancladas en su rivalidad. En este texto se van a revisar las relaciones bilaterales entre los tres países, y se evaluará el impacto que la guerra tiene en ellos.

India, por méritos propios, ha sido la potencia regional en el sur de Asia. Lo es más allá de su región y en muchos ámbitos, a nivel global. Es el país más poblado del planeta, a finales de esta década está llamada a ser la tercera economía del mundo y, en el ascenso imparable de la importancia de Asia en el siglo XXI, su tamaño y ubicación le otorgan una enorme ventaja geoestratégica. Su apertura económica y acercamiento a Estados Unidos propició un ascenso que facilitó la firma de asociaciones estratégicas con un número creciente de potencias medias, entre las que están la Unión Europea, Reino Unido, Australia y Canadá,

pero también Emiratos Árabes Unidos (EAU), Arabia Saudí, Irán o Egipto.

India adoptó una política exterior multilínea o multilateral, de no injerencia y basada en los intereses económicos, con la prioridad de desarrollo del país como objetivo principal. Así, recientemente, gracias a su potencial, su alineamiento con Estados Unidos y esta visión exterior, India supo acercarse a los otrora aliados de Pakistán en el Golfo y con ello, de alguna forma, intentar aislarlo o relegarlo a un segundo plano.

En paralelo, este ascenso económico y político de India coincidió con el declive de Pakistán. No solo por la inestabilidad política, también por la crisis de deuda endémica y su posicionamiento muy ideológico (con un papel central del islam como instrumento de política exterior). El revisionismo pakistaní no casaba bien con el cambio en los países árabes del Golfo a una visión más estratégica y pragmática de diversificación económica, en la que la religión quedaba relegada a un plano secundario en sus proyectos de modernización. Es en este escenario, y con la rivalidad iraní como factor, cuando EAU y Baréin firmaron los Acuerdos de Abraham.

Asimismo, Pakistán había perdido buena parte de su relevancia estratégica para Estados Unidos tras la retirada de sus tropas de suelo afgano en el verano de 2021. Los atentados del 11-S, el hallazgo de Osama ben Laden en suelo pakistaní o el doble juego de apoyo al gobierno de Washington durante la misión en Afganistán y a los talibanes a la vez, marcó un mínimo en las relaciones bilaterales de estos dos países.

Pakistán creyó recuperar su profundidad estratégica en Afganistán con el retorno de los talibanes al poder

De la misma manera que el factor India pesa en los cálculos estratégicos de Pakistán, el factor China es clave en los de India, que teme el cerco estratégico al que puede ser sometida por Pekín e Islamabad

en agosto de 2021, después de 20 años con una República Islámica de Afganistán y un Irán más cercanos a India. Sin embargo, los talibanes no solo se han negado a acomodar los intereses estratégicos de Pakistán, sino que han mantenido una larga tradición afgana de rechazo hacia la frontera común, cuestionando su legitimidad. El Afganistán actual mira hacia otros países para conseguir aliados a la desesperada, en vista de su falta de reconocimiento internacional. Nueva Delhi vio una oportunidad en ello y es ahora más cercana a Kabul que Islamabad.

De esta forma, Pakistán mantiene varios frentes abiertos: la inestabilidad política ya mencionada, con un gobierno híbrido en el que hay una débil representación civil; el estamento militar sigue siendo el auténtico poder; mantiene una rivalidad permanente en su flanco oriental (India), con una reclamación territorial estancada (Cachemira) y con poco respaldo internacional; tiene dos vecinos occidentales *amienemigos*; y una economía débil, con una deuda pública del 70% del PIB. Sin embargo, dos conflictos –el enfrentamiento bélico con India de mayo de 2026 y la crisis de Ormuz–, han vuelto a mostrar la importancia de esta potencia media a caballo entre regiones.

IRÁN Y PAKISTÁN: INEVITABLEMENTE CONECTADOS POR LA GEOGRAFÍA

Tras unos años prácticamente aislado, Pakistán solo mantenía el apoyo de China a través del desarrollo del Corredor Económico China-Pakistán (CECP), proyecto insignia de la Iniciativa de la Franja y la Ruta. Irán y Pakistán comparten una frontera de más de 900 km que dividen sendas provincias baluchíes: Baluchistán del lado pakistaní y Sistán-Baluchistán del lado iraní. En el pasado, ambos se alinearon con Estados Unidos durante la Guerra Fría a través de la Organización del Tratado Central y de la Organización para la Cooperación regional y el Desarrollo.

Ahora bien, la Revolución iraní de 1979 alteró este equilibrio. Pakistán, muy cercano a Washington y Riad, se encontró con dos frentes simultáneamente conflictivos: un Afganistán invadido por los soviéticos y un Irán cuyo chiismo revolucionario cuestionaba el programa de islamismo de carácter suní que el general Zia ul-Haq estaba imponiendo. La consecuente tensión sectaria durante las décadas de 1980 y 1990 supuso una grave amenaza de seguridad interna.

Desde que en 1971 Pakistán perdiera la mitad oriental de su territorio (Bangladés) en una guerra en la que la intervención militar de India fue clave, cualquier amenaza desde las fronteras es vista como un peligro

existencial. De esta forma, las identidades trans y subnacionales son amenazas, como son los nacionalismos pastunes y baluchíes. Igualmente, la diversidad religiosa en el seno del islam pakistaní también provoca divisiones en la población.

Respecto a los grupos baluchíes, el *establishment* pakistaní mantiene que son instrumentalizados por India, para boicotear la viabilidad del CECP y dañar al Estado. En la cercanía de Delhi a Teherán y Kabul, Islamabad cree ver complot en su contra. En enero de 2024, Irán y Pakistán libraron un conflicto en torno al grupo yihadista baluchí Jaish ul-Adl, en el que los dos países bombardearon supuestos campos de entrenamiento a ambos lados de la frontera.

En cambio, para Irán es Pakistán, alineado con Arabia Saudí y Estados Unidos, el que le ataca infiltrando grupos insurgentes desde su territorio. Por ejemplo, Teherán atribuye a Yundullah el atentado suicida en la mezquita principal de Zahedán (Sistán-Baluchistán) de julio de 2010, en el que murieron miembros del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica (IRGC por su siglas en inglés), además de otros ataques, como el de ISIS en 2017 en el Parlamento de Teherán y el mausoleo del ayatolá Jomeini, el atentado suicida de 2019 contra un convoy del IRGC y el ataque en Kermán durante la ceremonia de homenaje al general Qassem Soleimani en enero de 2024.

El factor afgano es clave también en la relación con Irán, que a su vez refleja la rivalidad de Pakistán con India. La necesidad de adquirir profundidad estratégica en Afganistán llevó a Pakistán a apoyar al islamismo afgano desde la década de 1960. Baluchistán es la provincia de este país menos poblada, pero más grande, con los mayores recursos energéticos y minerales a través de la cual Pakistán cree que India opera en connivencia con el gobierno de Kabul.

IRÁN E INDIA: UNA RELACIÓN DE AFINIDADES Y TRANSACCIONALIDAD

La relación de India con Pakistán y Afganistán está contenida en la política del vecindario inmediato (*Neighbourhood First Policy*), mientras que Irán y los países del golfo Pérsico, constituyen el vecindario extenso (*Extended Neighbourhood*). En su política hacia Asia occidental, India necesita una suerte de neutralidad y pragmatismo contenido en su doctrina de autonomía estratégica, que pretende no interferir en los conflictos y dinámicas regionales.

Igualmente, de la misma manera que el factor India pesa fuertemente en los cálculos estratégicos de Pakistán, en los de India, el factor China es clave, temiendo el

cercos estratégicos al que puede ser sometida por Pekín e Islamabad. La presencia de este país en el vecindario inmediato le lleva a buscar socios en el vecindario extenso. Este es un elemento clave en su acercamiento a Estados Unidos, coincidente con el viraje estadounidense hacia Asia, en el que India fue percibida como contrapeso de China en el continente.

La percepción de falta de compromiso de Washington hacia los socios del Golfo aumentó con momentos como la falta de intervención en Siria en 2013 o la inacción tras los ataques de los hutíes a las instalaciones de Aramco en Abqaiq y Khurais. Las llamadas de Donald Trump a que se hicieran más responsables de su propia seguridad los llevó a mirar más allá de su región para buscar alternativas. China e India son el segundo y tercer mayor consumidor de hidrocarburos del planeta, con entre un 45% y más del 60% respectivamente proveniente del Golfo.

La importancia de Delhi para los mercados de esta región y su peso económico es significativa, no solo respecto de la energía, sino también para la diversificación económica. Las relaciones de India con Arabia Saudí y EAU están orientadas hacia lo que denominan una visión pragmática, libre de ideologías e injerencias de tipo normativo en los asuntos propios. En el Golfo, India encuentra socios con los que diversificar sus mercados y proveer alternativas para garantizar la seguridad de las vías marítimas de comunicación (SLOC por sus siglas en inglés) por las que circulan su energía y comercio.

Con Irán, la política de autonomía estratégica india se ha visto condicionada debido al peso de las sanciones estadounidenses. Buena parte de la motivación del acercamiento estadounidense a Delhi tuvo que ver con Irán y la cercanía de India a esta. Precisamente, el acuerdo nuclear de 2008 tenía, entre otros objetivos, provocar este alejamiento.

La firma del Plan de Acción Integral (JCPOA) propició que India redoblara la compra de hidrocarburos durante el primer año de levantamiento de las sanciones. El gobierno de Nueva Delhi invirtió en la construcción de la terminal Shahid Beheshti del puerto de Chabahar, además de un ferrocarril para conectar Zahedán con Hajigak (Afganistán), vía con la que pretendía acceder a Asia Central. Además, ambos países comparten foros como la Organización de Cooperación de Shanghai o los BRICS+. Para India, sigue siendo importante mantener una buena relación con Irán, especialmente, por el acceso a Asia Central y la necesidad de cercar a Pakistán.

Sin embargo, la mejor sintonía la mantiene con EAU e Israel, bando con el que claramente se está percibiendo una India más alineada durante el actual conflicto. Debido a las sanciones, la cantidad de gas o petróleo que India compraba de Irán era reducido (dejó de adquirir energía de este país en 2009) comparado con el de Irak o Arabia Saudí. Asimismo, India le otorga un valor central a la existencia de la diáspora en estos países, por lo que los más de 3,5 millones en EAU y 2,5 millones en Arabia Saudí pesan mucho en sus cálculos. India es el país que más cantidad de remesas recibe del mundo, con el 38% provenientes de los trabajadores en los países árabes del Golfo, lo que supone un 3,5% de su PIB.

Las relaciones de India con Arabia Saudí y EAU están orientadas hacia una visión pragmática, libre de ideologías e injerencias de tipo normativo en los asuntos propios

CONCLUSIÓN: RIVALIDADES SÓLIDAS Y AMISTADES LÍQUIDAS

Este conflicto ha evidenciado más que nunca la importancia de la seguridad económica y de las SLOC en los puntos de estrangulamiento. El estrecho de Ormuz nos recuerda la conexión del Golfo con el océano Índico y la interconexión entre las regiones de Asia occidental y del sur.

Pakistán, con su papel de mediador en las negociaciones entre Estados Unidos e Irán, ha conseguido notoriedad como un país responsable, característica con la que no se le suele asociar. El halago que sus líderes desplegaron tras la mediación de Trump en el conflicto de Cachemira de mayo de 2025 y la disponibilidad a ofrecer su territorio para la explotación de recursos minerales y tierras raras, así como su apertura a las inversiones de la World Liberty Financial, empresa de criptomonedas de los Trump, contribuyeron al acercamiento con Washington.

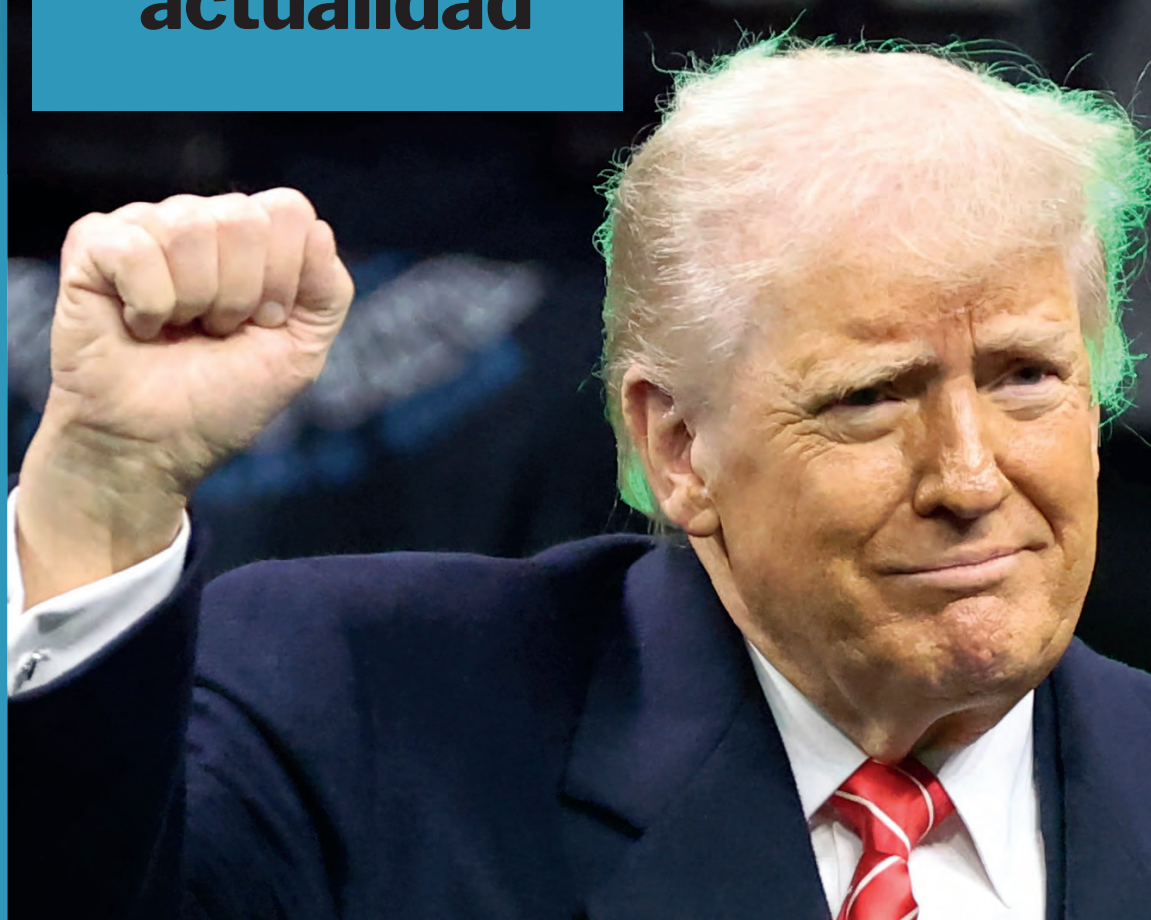
A la buena sintonía con la administración Trump, hay que sumar la cercanía con Teherán y Pekín, este último socio clave para ambos países. Asimismo, tras la firma de un Acuerdo Estratégico de Defensa Mutua con Arabia Saudí en septiembre de 2025, los saudíes se aseguran saber qué pide el régimen de Teherán y las líneas rojas que no se deberían cruzar. La relación cercana con Turquía, Egipto y otros socios del Golfo, han facilitado que Pakistán regrese a la agenda global.

Para India es un revés. No solo por el 25% adicional en aranceles (con un total del 50%) impuesto por la administración Trump por sus compras de crudo ruso, sino que, a pesar de su relato, no salió victoriosa del enfrentamiento con Pakistán en torno a los atentados de Pahalgalam en abril de 2025. Pakistán no acabó aislado y apenas hubo países que lo nombraran autor de dicho atentado.

A pesar del multialineamiento y su supuesta no injerencia en los conflictos regionales, su cercanía con Israel y EAU muestra una disonancia entre su discurso y sus actos. Si la idea final era cambiar el régimen de Teherán para hacerlo más favorable al gobierno israelí y norteamericano, India podría ganar influencia en Teherán, y, por tanto, acceso a Asia central, con el consiguiente aislamiento y presión sobre Pakistán. Esta perspectiva, en buena medida, motiva a Islamabad a seguir negociando un acuerdo que impida un cambio desfavorable. Los intereses de los dos principales Estados del sur de Asia, por tanto, están bien presentes en el escenario iraní. /

POLÍTICA EXTERIOR

Más allá de la actualidad



Suscríbete

www.politicaexterior.com/suscripciones/





Indra Group es la multinacional española de referencia en defensa, aeroespacio y tecnologías avanzadas, y uno de los principales actores de estos sectores en Europa.

Con más de 60.000 profesionales y presencia local en 49 países, cuenta con importantes referencias en los cinco continentes y es reconocida como una compañía líder en sostenibilidad a escala mundial y una de las empresas europeas más innovadoras.

Se anticipa a los retos y amenazas del mañana para impulsar un futuro más seguro y conectado a través de soluciones transformadoras, capacidades industriales, relaciones de confianza y el mejor talento.

indragroup.com



Ideas políticas



**40 ISRAEL: EN GUERRA
Y A LA ESPERA DE ELECCIONES**
Alain Dieckhoff

**44 LOS LÍMITES ESTRATÉGICOS
DE LA DOCTRINA MILITAR DE ISRAEL**
Aicha Elbasri

48 LA GUERRA SIN SALIDA DE LÍBANO
Helena Pelicano

**52 UN CAMPO DE BATALLA LEJANO,
CON COSTES TANGIBLES**
Len Ishmael

Qanarit, en la gobernación de Sidón, al sur de Líbano tras un mortífero ataque aéreo de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), 23 de junio de 2026./GUY SMALLMAN/GETTY IMAGES

Israel se ha propuesto cambiar radicalmente el escenario regional con el objetivo de eliminar el 'eje del mal' –Hamás, Hezbolá e Irán–, sin haber logrado, por el momento, avances estratégicos decisivos.

Alain Dieckhoff es director de investigación del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS), Sciences Po Paris, autor de *Israël-Palestine: une guerre sans fin?* (Dunod, 2024).

ISRAEL: EN GUERRA Y A LA ESPERA DE ELECCIONES

El atentado terrorista del 7 de octubre de 2023, de una magnitud sin precedentes, supuso un punto de inflexión crucial para la región. El hecho de que una violencia semejante pudiera desatarse en territorio israelí, en los alrededores de Gaza, reveló una vulnerabilidad inédita de Israel. A pesar de su considerable arsenal militar y del alto nivel de preparación de sus fuerzas armadas, alrededor de 2.000 miembros de Hamás fueron capaces de asaltar bases militares y penetrar en una quincena de localidades para perpetrar matanzas sistemáticas (más de 1.200 personas asesinadas). Además, 240 personas fueron tomadas como rehenes a Gaza.

Ante tal violencia, como Israel jamás había conocido desde su creación, resultaba evidente que la respuesta sería fuera de lo común, pero ¿hasta dónde? Casi tres años después, se observa que Israel ha emprendido un cambio radical en la configuración regional con el objetivo de debilitar de forma duradera, o incluso eliminar, lo que Benjamin Netanyahu ha denominado el "eje del mal", la alianza Hamás-Hezbolá-Irán. Para Israel ya no se trataba solo de debilitar temporalmente a este trío, sino de asestarles un golpe, si no fatal, al menos muy grave. A principios de junio de 2026, cabe decir que Israel ha cosechado numerosos éxitos tácticos, pero los objetivos estratégicos no se han alcanzado por el momento, aunque es necesario distinguir entre los tres teatros de operaciones.

ÉXITOS TÁCTICOS, IMPASSES ESTRATÉGICOS

El 10 de octubre de 2025, Donald Trump logró imponer un alto el fuego en Gaza que puso fin oficialmente a la

guerra en la Franja. Para ser más precisos, el alto el fuego puso fin a la fase directa y violenta de la guerra, pero no impidió que continuara un "conflicto de baja intensidad", que se materializó sobre todo en ataques selectivos y regulares del ejército contra militantes de Hamás. El alto el fuego se enmarca en un plan estadounidense más amplio, pero este último ha quedado en gran medida en papel mojado. La fuerza internacional de estabilización que debía encargarse de la seguridad interior nunca ha visto la luz; el comité nacional para la administración de Gaza, supuestamente encargado de gestionar el territorio, está bloqueado en El Cairo, marginado tanto por Israel como por la Autoridad Palestina; y el Consejo para la Paz, presidido por Trump y que debería dar el impulso general, languidece. Esta situación no disgusta a Israel que, al no tener que rendir cuentas ante nadie, consolida metódicamente su zona de seguridad en el interior de la Franja. Al principio, esta zona delimitada en amarillo abarcaba el 54% del territorio gazatí; desde entonces se ha ampliado a más del 60%. Los palestinos que residían en ella han tenido que abandonarla casi en su totalidad. El jefe del Estado Mayor, Eyal Zamir, declaró que la "línea amarilla" era la "nueva frontera" para el Estado de Israel. Israel ha optado por controlar tanto terreno como sea posible, al tiempo que restringe la superficie de la zona habitada por los palestinos y que sigue bajo control de Hamás a la espera de su hipotético desarme. Por la fuerza de las armas, Israel ha diezmado el estado mayor de Hamás, matando a Mohamed Deif, responsable de las Brigadas Al Qasam; a Ismael Haniyeh, jefe de la oficina política; a Yahya Sinwar, líder de Hamás en Gaza, y a un número impor-

tante de comandantes de rangos intermedios. Estas eliminaciones, y toda la campaña militar que las acompañó en un entorno urbano muy denso, causaron numerosas víctimas civiles: según datos del propio ejército, el 83% de las víctimas (43.900 de un total de 53.000 muertos en mayo de 2025, según *The Guardian*, 21 de agosto de 2025). Sin embargo, esta guerra, si bien ha debilitado considerablemente a Hamás, no ha conducido a su eliminación. La desaparición política de Hamás, objetivo estratégico primordial, no se ha logrado.

El impasse es similar en el frente libanés. El 8 de octubre de 2023, Hezbolá inició una guerra de desgaste para apoyar a Hamás en Gaza. Esta acabó desembocando, en septiembre de 2024, en bombardeos e incursiones terrestres en el sur de Líbano, tras una serie de explosiones programadas de buscas y walkie-talkies que afectaron de lleno a los cuadros de mando de Hezbolá. Finalmente, Hassan Nasrallah, líder de la organización desde 1992, también acabó siendo eliminado a finales de septiembre. Es innegable que Hezbolá ha encajado golpes muy duros, sin embargo, una vez más, sigue siendo un actor importante. Prueba de ello es que tras el estallido de la guerra israelí-estadounidense contra Irán, el 28 de febrero de 2026, Hezbolá volvió a lanzar cohetes contra el norte de Israel, lo que precipitó una intervención terrestre a gran escala por parte de Israel. Aunque posteriormente se negociaron treguas precarias, el principal problema en el sur de Líbano radica en que una pacificación duradera depende también de Irán que, más aún desde los ataques contra su propio territorio, utiliza abiertamente a Hezbolá como instrumento para mantener la presión militar en el norte de Israel. A la espera de que la situación se estabilice, Israel ha recurrido a métodos similares a los utilizados en Gaza: consolidación de una zona de seguridad a lo largo de toda la frontera internacional, evacuación forzosa de la población de determinados pueblos situados en dicha zona, demolición de viviendas...

El único avance positivo de los últimos meses ha sido el inicio oficial de contactos entre el Estado libanés e Israel en Washington para alcanzar un acuerdo político más amplio. Esta perspectiva todavía es lejana y depende en gran medida del desarme de Hezbolá, que se opone frontalmente a una normalización, siquiera parcial, entre Líbano e Israel.

Por último, en el frente iraní se observa una contradicción de la misma naturaleza entre los éxitos tácticos y el estancamiento estratégico. Entre los éxitos cabe contar, evidentemente, tras la eliminación de numerosos altos mandos militares iraníes durante la guerra de los Doce Días (13-24 de junio de 2025), el asesinato selectivo del líder supremo, Alí Jamenei, el 28 de febrero. Posteriormente, las fuerzas combinadas de Israel y EEUU bombardearon intensamente sobre todo zonas de lanzamiento de misiles y drones, así como puestos de mando, lo que redujo drásticamente las capacidades militares ofensivas de la República Islámica. Sin embargo, el régimen no se derrumbó, en contra de las expectativas iniciales de Israel y EEUU. El cambio de régimen, que podría haber sido un objetivo estratégico, se descartó y, desde el alto el fuego del 8 de abril, nos encontramos en una extraña situación de "ni paz ni guerra", con un doble bloqueo en el estrecho de Ormuz que penaliza a toda la economía



Benjamín Netanyahu, primer ministro de Israel./ALEXI HOSENFELD/GETTY IMAGES

mundial. Este punto muerto estratégico llevó finalmente a EEUU a firmar, el 17 de junio, un memorando de entendimiento con Irán que pone fin a la guerra y contempla una solución global (incluida la cuestión nuclear). Este giro inesperado supone un claro revés para Israel.

Los casi tres años de guerra en los que Israel se ha embarcado han demostrado que el país es, sin duda, una potencia regional de primer orden capaz de infligir golpes devastadores a sus enemigos. Pero esta potencia no basta por sí sola para cosechar victorias estratégicas decisivas, ya que la fuerza por sí sola no es suficiente: también es necesario fomentar la adhesión a un modelo y a unos valores, tal y como EEUU supo hacer durante mucho tiempo con numerosos países. Israel no se encuentra en esa posición, al contrario. Su activismo militar, sumado a la negación del derecho a la autodeterminación de los palestinos, alimenta las percepciones negativas en amplios sectores de la opinión pública internacional.

CISJORDANIA, LA ANEXIÓN EN MARCHA

Mientras Israel estaba sumido en tres guerras (Gaza, Líbano e Irán), libraba otra, de forma más discreta, en Cisjordania, pero con consecuencias importantes. Esta política agresiva se ha articulado a través de dos mecanismos. Por un lado, se han intensificado las operaciones militares del ejército, especialmente en el norte de Cisjordania. Con el pretexto de la existencia de grupos de activistas palestinos, el ejército ha intervenido masiva-



Niños palestinos entre los escombros de una vivienda tras ser demolida por el ejército israelí. Qalqas, al sur de Hebrón, 8 de junio de 2026./WISAM HASHLAMOUN/ANADOLU VIA GETTY IMAGES

mente en tres campamentos palestinos (Yenín, Tulkarem y Nur Shams) y los ha vaciado del 90% de su población, es decir 32.000 personas que ahora se encuentran dispersas por otros puntos de Cisjordania. El ministro de Defensa israelí, Israel Katz, declaró que el ejército no autorizaría el regreso de los habitantes a estos lugares. Este desplazamiento forzoso, acompañado de la destrucción de las infraestructuras civiles de los campamentos, no puede justificarse por motivos de seguridad: parece, más bien, una medida política destinada a modificar de forma duradera la "geografía humana" de Cisjordania. Hay que entenderla en relación con una segunda dinámica de gran calado: la aceleración de la colonización. En 2025, el Estado aprobó la construcción de cerca de 28.000 viviendas y lanzó licitaciones para otras 9.600. Asimismo, decidió crear 54 nuevos asentamientos (Peace Now, 2025). Se trata de máximos históricos que reflejan el compromiso inquebrantable del gobierno para consolidar la anexión *de facto* de Cisjordania. Esta política se lleva a cabo en un clima de extrema violencia. El ejército realizó más de 7.500 incursiones en ciudades, pueblos y campamentos palestinos en 2025. Por su parte, los colonos perpetraron más de 1.800 ataques contra palestinos, a menudo con la complicidad pasiva del ejército, en particular durante la temporada de la recogida de las aceitunas (Répertoire Palestine, les Chiffres-clés 2025). Esta violencia generalizada cuenta con el pleno apoyo de los ministros de extrema derecha Bezalel Smotrich e Itamar Ben-Gvir. Ambos utilizan sus prerrogativas ministeriales —el primero como ministro de Finanzas, con competencias específicas sobre la administración de las colonias, y el segundo como ministro de Seguridad Nacional—, para apoyar con determinación a los colonos más radicales.

No obstante, más allá de estos extremistas, una mayoría indiscutible de las fuerzas políticas es partidaria de extender la soberanía israelí sobre Cisjordania. Dos votaciones de la Knesset lo demuestran. En julio de 2024, el Parlamento aprobó una declaración oponiéndose a la creación de un Estado palestino por 68 votos a favor y nueve en contra, mientras que el resto se abstuvo o no participó en la votación (la Knesset tiene 120 diputados). Un año después, en julio de 2025, se aprobó por una mayoría de 71 votos (frente a 13) una moción no vinculante que determinaba que Cisjordania forma parte integrante de la tierra de Israel, sobre la cual solo el Estado de Israel posee un derecho "natural, histórico y legal", y reclamaba la rápida aplicación de la soberanía israelí. En ambos casos resulta significativo que el apoyo a estas mociones fuera más allá de la mayoría gubernamental (el partido rusófono Israel Beitenu, por ejemplo, votó a favor). Del mismo modo, cabe destacar que los partidos centristas de la oposición, como Yesh Atid (liderado por Yair Lapid), no participaron en la votación. Solo un reducido número de diputados árabes y judíos se pronunciaron en contra. La anexión de Cisjordania, aunque no se haya formalizado jurídicamente, ya es una realidad sobre el terreno, pero también en las mentes.

DEBILITAMIENTO DEL ESTADO DE DERECHO

Es sabido que las guerras suelen favorecer la expresión del patriotismo. Esto es aún más evidente en Israel, un país donde la seguridad nacional ha sido una cuestión central desde sus orígenes. Las guerras actuales no escapan a esta lógica y la opinión pública judía las ha apoyado de manera muy mayoritaria. En este clima de unidad nacional, resulta más sencillo para el gobierno adoptar medidas que debilitan el Estado de derecho. Esta deriva no es nueva, desde hace una década se han aprobado o debatido una serie de leyes destinadas a res-

tringir la libertad de expresión, la igualdad de derechos entre judíos y árabes y la independencia del Tribunal Supremo. Pero las guerras actuales han favorecido una nueva ofensiva antiliberal. La policía ha prohibido o dispersado concentraciones públicas contra la guerra o a favor de los palestinos, a pesar de que reunían a pocas personas. Asimismo, se ha intensificado la vigilancia en las redes sociales con el fin de rastrear aquellas opiniones que pudieran asimilarse a una "apología del terrorismo".

El punto de inflexión más importante ha sido, sin duda, la aprobación a finales de marzo por parte de la Knesset, con 62 votos a favor y 48 en contra, de la ley que instauro la pena de muerte para los terroristas. Esta ley, celebrada de forma indecente por los diputados de extrema derecha en el propio hemiciclo, es sumamente problemática. Lo es porque supone una regresión en la política penal del Estado. La pena de muerte ya existía en el arsenal jurídico de Israel, pero fue abolida en 1954 para los "delitos comunes" y reservada únicamente para los crímenes de lesa humanidad y el delito de genocidio. Sobre esta base se condenó y ejecutó en 1962 al criminal de guerra Adolf Eichmann. Al instaurar la pena capital para los actos de terrorismo, los diputados han ido a contracorriente del movimiento que ha llevado a las democracias a abolir el castigo supremo. Es cierto que algunas democracias, como EEUU y Japón, la mantienen en su ordenamiento jurídico, pero son excepciones.

Más allá de este aspecto de "marcha atrás", la nueva ley resulta sorprendente porque es profundamente discriminatoria. Contempla dos supuestos. En el territorio soberano del Estado, "quien cause intencionadamente la muerte de otra persona [...] con la intención de negar la existencia del Estado de Israel" se expone a la pena de muerte o a la cadena perpetua. En los territorios bajo control de Israel (como Cisjordania), "todo residente que cause intencionadamente la muerte de una persona en el marco de un acto terrorista será castigado con la pena de muerte". Estas dos disposiciones se dirigen exclusivamente contra los árabes palestinos: en Israel cuesta imaginar a un judío que cometa un atentado con el fin de negar la existencia del Estado (una tipificación penal, por cierto, muy imprecisa); en Cisjordania, la ley hace referencia a los tribunales militares, a los que solo están sometidos los palestinos. Como cualquier Estado enfrentado al terrorismo, Israel tiene derecho a defenderse, pero su deber es hacerlo dentro de un marco jurídico equitativo. Sin embargo, con esta ley que rompe con el principio fundamental de igualdad, Israel apuntala su carácter etnocrático, lo cual, por desgracia, no es ninguna sorpresa a la luz de su evolución política interna.

¿QUÉ PERSPECTIVAS ELECTORALES SE VISLUMBRAN?

Netanyahu habrá logrado la hazaña de mantenerse en el poder prácticamente hasta el final de la legislatura. Puede que las próximas elecciones legislativas se anticipen ligeramente, pero poco con respecto a la fecha límite inicial del 27 de octubre de 2026. El líder del Likud habrá conseguido conservar su mayoría parlamentaria y presentarse como un líder de guerra responsable, a pesar de contar con un nivel de confianza general bastante limitado.

La instauración de la pena capital para los actos de terrorismo supone un retroceso para el Estado de derecho y refuerza el carácter etnocrático del Estado

¿Cómo se prevén los futuros comicios? Por un lado, la oposición tiene por el momento el viento a favor. Esto se debe, en particular, a la unión entre Yair Lapid (del partido Yesh Atid) y los partidarios de Naftali Bennett, que se han unido en la lista Be Yahad (Juntos). Por otra parte, el antiguo jefe del Estado Mayor, Gadi Eisenkot, ha fundado el partido de centroderecha Yashar. Los sondeos otorgan al dúo Bennett-Lapid 21 escaños y a Eisenkot 19 (de un total de 120), lo que sería suficiente para obtener, junto con otros grupos de la oposición, una ajustada mayoría de 62 diputados. Por otro lado, el Likud parece perder fuerza, con 23 escaños (frente a los 32 actuales). Aunque los partidos religiosos que son sus socios mantengan sus resultados, sería difícil para Netanyahu y sus aliados superar los 50 escaños (datos extraídos de "Opinions & Rating", 2026).

No obstante, conviene ser cautos. En primer lugar, porque nunca hay que subestimar a Netanyahu, un hombre con experiencia que ha logrado salir de situaciones complicadas en más de una ocasión. Segundo, porque incluso si el tándem Bennett-Lapid ganara las próximas elecciones, esto no anunciaría necesariamente un cambio profundo. De hecho, Bennett proviene del sionismo religioso y se ha declarado a favor de que Israel se anexionara el 60% de Cisjordania (donde se encuentran los asentamientos judíos). Es cierto que representa una versión más pragmática del sionismo, opuesta al mesianismo supremacista de Ben-Gvir y compañía, pero apenas se muestra abierto al compromiso territorial con los palestinos. Este es también el caso de Avigdor Lieberman y su partido rusófono Israel Beitenu, que podría formar parte de la nueva coalición de gobierno tras las elecciones. La principal dificultad a la que se enfrentará cualquier alianza contra Netanyahu será la cohesión a largo plazo. A largo plazo, hará falta mucha diplomacia para lograr la convivencia entre nacionalistas, progresistas ("Los demócratas" de Yair Golan) e islamistas (los agrupados en torno a Mansur Abbas). De hecho, en junio de 2021 ya vio la luz una coalición de esta naturaleza, también en torno a Bennett y Lapid, pero, minada por las tensiones internas, acabó saltando por los aires, lo que permitió el regreso de Netanyahu al poder en noviembre de 2022.

Desde octubre de 2023, el primer ministro se ha embarcado en una auténtica huida hacia adelante al ampliar cada vez más el alcance de la guerra, sin lograr por ello avances estratégicos decisivos. En cambio, con esta guerra permanente, la imagen de Israel se ha deteriorado profundamente ante la opinión pública internacional. De esta degradación, a Israel le resultará muy difícil recuperarse./

Israel ha intentado aplicar a Irán la doctrina de 'cortar el césped', diseñada para conflictos con actores no estatales o con un Estado en colapso. Pero Irán posee profundidad estratégica, resiliencia institucional e influencia global.

Aicha Elbasri es investigadora del Centro Árabe de Estudios de Investigación y Políticas de Doha.

LOS LÍMITES ESTRATÉGICOS DE LA DOCTRINA MILITAR DE ISRAEL

Estados Unidos e Irán firmaron en junio un memorando de entendimiento de 14 puntos para poner fin a la guerra de tres meses, al tiempo que han dejado pendientes muchas de las cuestiones más polémicas para un acuerdo definitivo que se negociará en un plazo de 60 días, prorrogable. El memorándum también prevé el levantamiento del bloqueo, las sanciones y las restricciones de EEUU sobre las exportaciones de petróleo iraní, junto con un plan de reconstrucción de 300.000 millones de dólares. A cambio, Irán se compromete a restablecer la libertad de navegación por el estrecho de Ormuz y a no adquirir ni desarrollar armas nucleares.

Las vagas disposiciones del memorándum sobre las restricciones nucleares, la distensión regional y el futuro del estrecho de Ormuz entrañan varios riesgos. Sin embargo, la durabilidad de cualquier acuerdo de paz, incluso si se resolvieran estas cuestiones, seguiría dependiendo de actores ajenos al acuerdo, sobre todo de Israel, que se ha perfilado como un posible saboteador. Aunque el texto prevé el cese de las hostilidades en todos los frentes, incluido Líbano, las autoridades israelíes han dejado claro que no se consideran obligadas a cumplir ningún acuerdo que pueda limitar sus operaciones contra Hezbolá.

El memorándum también pone de manifiesto diferencias entre el presidente Donald Trump, y el primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu. El acuerdo parece contradecir la postura de Netanyahu, quien ha subrayado en repetidas ocasiones que los objetivos clave siguen sin cumplirse y ha afirmado que Israel está dispuesto a reanudar las operaciones militares en cual-

quier momento, en consonancia con su estrategia general de "cortar el césped".

Este concepto militar –"cortar el césped"–, teorizado en 2014 por los investigadores israelíes Efraim Inbar y Eitan Shamir, ha guiado inicialmente el enfoque militar israelí a la hora de lidiar con el Movimiento de Resistencia Islámica (Hamás) en la Franja de Gaza. Los autores sostienen que la estrategia de Israel contra Hamás se basa en la premisa de que el conflicto es prolongado y sin solución. En consecuencia, el uso de la fuerza no se concibe como un medio para obtener objetivos políticos inalcanzables, sino como una estrategia de desgaste a largo plazo destinada a mermar las capacidades del enemigo. Tras períodos de relativa moderación, Israel recurre a operaciones contundentes y a gran escala destinadas tanto a debilitar a su enemigo como a generar una disuasión temporal, creando así intervalos de relativa calma. Las capacidades del enemigo se comparan con la hierba que inevitablemente vuelve a crecer y que, por tanto, debe ser cortada periódicamente mediante la fuerza militar.

Este enfoque se ha puesto en práctica en sucesivas campañas israelíes contra Hamás en Gaza, a pesar de haber sido criticado por su metáfora deshumanizadora, así como por la naturaleza indiscriminada de la violencia y el número desproporcionado de muertes de civiles que infligió a los palestinos. La estrategia se extendió a Hezbolá en Líbano, combinando asesinatos selectivos, ataques aéreos y la destrucción sistemática de infraestructuras tanto militares como civiles. También se ha visto reforzada por la Doctrina Dahiya, adoptada du-

rante la guerra de Líbano de 2006. Para disuadir a Hezbolá de atacar a Israel, esta doctrina legítima el uso de una fuerza abrumadora y desproporcionada para degradar sus capacidades militares y dañar a sus elementos civiles y su infraestructura en Dahiya, un suburbio de Beirut.

Israel amplió su estrategia regional, pasando de atacar a actores no estatales a atacar a un Estado, al intervenir en Siria y aprovechar la erosión de la soberanía del Estado desde el levantamiento de 2011. Intensificó sus ataques tras el colapso del régimen en diciembre de 2024, apoderándose de territorio y desmantelando sistemáticamente las capacidades militares que le quedaban a Siria. Tras haber debilitado a Hamás y Hezbolá y haber dejado a Siria casi indefensa, Netanyahu, con el firme respaldo de Trump, ha tratado de extender esta estrategia a Irán. Esto marca un cambio importante: pasar de luchar contra actores no estatales y un Estado en colapso a intentar debilitar a un poder regional mediante campañas militares cíclicas. Aunque algunos analistas creen que una doctrina de este tipo, diseñada para adversarios de alcance limitado, puede aplicarse con éxito a Irán, este artículo sostiene que este cambio se enfrenta a varios retos en la República Islámica.

DE LA GESTIÓN DE CONFLICTOS A LA EXTRALIMITACIÓN ESTRATÉGICA

La aplicación de la doctrina de “cortar el césped” a Irán refleja una escalada de la gestión táctica de conflictos a la extralimitación estratégica. En Gaza, la doctrina logró varios objetivos, como reducir el lanzamiento de cohetes, erosionar las redes de túneles e imponer una disuasión temporal. Los límites de la doctrina se hicieron evidentes con el ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023, lo que dio lugar a llamamientos radicales para desarraigar a Hamás de Gaza. Aunque Israel ha debilitado gravemente a Hamás mediante una ofensiva militar masiva en Gaza –que podría constituir un “genocidio”–, matando a miles de sus combatientes y a gran parte de sus líderes, no ha destruido completamente a la organización. Aunque muy mermados y habiendo aceptado ceder el control de Gaza, los líderes supervivientes de Hamás, que se niegan a desarmarse, parecen estar definiendo el papel futuro del movimiento.

De manera similar, Israel asesinó a los líderes de Hezbolá e infligió daños significativos a su infraestructura durante los ataques con buscapersonas de septiembre de 2024. Sin embargo, la guerra de EEUU e Israel contra Irán puso de manifiesto los límites de la estrategia de “cortar el césped”. En comparación con 2024, Hezbolá está debilitado, pero sigue desafiante y lanzando cohetes, drones y misiles contra el norte de Israel.

En Siria, Israel se enfrentó a poca o ninguna resistencia, ya que el país se había convertido en un blanco fácil. Tras el levantamiento y la guerra civil de 2011, el régimen de Bashar al Assad perdió el control efectivo sobre gran parte de su territorio a manos de potencias externas, lo que erosionó su autoridad por tierra, mar y aire. A finales de 2021, Israel había adoptado una estrategia de “cortar el césped de Siria”, combinando ataques aéreos discretos y abiertos contra instalaciones milita-



Pancarta gigante que representa el estrecho de Ormuz, en la que aparecen Alireza Tangsiri, comandante de la Armada del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica que murió en un ataque estadounidense-israelí, y el líder militar iraní Rais Ali Delvari. Teherán, 15 de abril de 2026. /FATEMEH BAHRAMI/ANADOLU VIA GETTY IMAGES

res vinculadas a Irán y milicias chiíes aliadas. Esta campaña se intensificó drásticamente tras el colapso del régimen el 8 de diciembre de 2024, con cientos de ataques que degradaron las capacidades militares que quedaban en Siria, junto con la toma de la zona de amortiguación supervisada por la ONU y la ampliación del control en varias provincias.

Animado por estos precedentes, Israel ha decidido replicar este enfoque contra Irán, tomando como base su campaña de décadas de operaciones silenciosas y encubiertas contra el país. Desde principios de la década de 2010, Israel está embarcado en una prolongada guerra en la sombra que incluye ciberataques encubiertos, sabotajes y asesinatos dirigidos contra los científicos e infraestructuras nucleares de Irán.

Sin embargo, como respuesta al ataque de Hamás del 7 de octubre, Israel puso en marcha una poderosa campaña militar contra el eje de la resistencia de Irán. Esto dio lugar al desmantelamiento de la mayor parte de la estructura de mando, el liderazgo y las capacidades operativas de Hezbolá. Israel luchó en muchos frentes, desde Gaza y Líbano hasta Siria y Yemen, allanando finalmente el camino hacia la primera guerra directa con-

tra Irán en junio de 2025. Durante la Guerra de Doce Días, Israel llevó a cabo asesinatos de alto nivel y atacó instalaciones nucleares, emplazamientos militares e infraestructuras del régimen. Esto sugirió que había entrado en un estado de guerra cíclico y potencialmente indefinido con Irán.

Al alegar que la capacidad nuclear de Irán no puede eliminarse por completo, los expertos en seguridad israelíes comenzaron a abogar por repetidas operaciones de “cortar el césped” en Irán. Estas peticiones encontraron respuesta en la segunda guerra entre EEUU e Israel contra Irán en menos de un año, cuyo objetivo era el cambio de régimen y el deterioro grave de sus capacidades para asegurar el dominio regional israelí. El ataque militar masivo contra Irán lanzado el 28 de febrero acabó con la vida del líder supremo, el ayatolá Alí Jamenei, y de varios miembros de alto rango del régimen.

Además de atacar las capacidades de defensa aérea iraníes, las bases de misiles, la Armada y otros objetivos militares, la campaña atacó a civiles e infraestructuras, incluyendo escuelas, universidades, centrales eléctricas, instalaciones de petróleo y gas, y plantas desalinizadoras de agua. Sin embargo, la reacción de Irán ha desencadenado un proceso de escalada sistémica, alterando de manera fundamental la ecuación estratégica. El resultado no es la contención ni el dominio inmediato, sino la resiliencia y la escalada sostenida.

LOS LÍMITES DE LA DECAPITACIÓN: LA RESILIENCIA INSTITUCIONAL EN IRÁN

Una hipótesis inicial clave de la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán era que la eliminación de las principales figuras del liderazgo iraní perturbaría la toma de decisiones, debilitaría la cohesión del régimen, lo desestabilizaría y provocaría su colapso. Sin embargo, esta hipótesis ha fracasado hasta ahora, en gran parte debido a la naturaleza del Estado iraní, que gobierna un vasto país de más de 90 millones de personas. La República Islámica no depende de un único líder, sino que se estructura en torno a múltiples instituciones religiosas, militares y burocráticas, en las que el Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica desempeña un papel central. Esta arquitectura de múltiples capas está diseñada para absorber los golpes y garantizar la continuidad en momentos de crisis aguda.

En lugar de debilitar al régimen iraní e incitar a un levantamiento popular, hasta ahora la guerra parece haber reforzado su compromiso con la resistencia, al tiempo que se mantiene la represión interna y el estricto control de la información. La guerra puede incluso haber generado resultados contraproducentes con la aparición de un liderazgo más intransigente, cada vez más dispuesto a la escalada para garantizar la supervivencia del régimen. Este desafío se refleja en la continua resistencia de las principales instituciones, así como en la sucesión de Mojtaba Jamenei como líder supremo.

Por lo tanto, es poco probable que la estrategia de decapitación provoque el colapso inmediato del régi-

men. De hecho, en la tercera semana de la guerra, Netanyahu reconoció que no podía estar seguro de que los iraníes derrocaran el régimen, argumentando en cambio que Israel estaba “creando las condiciones óptimas” para aprovechar tal resultado.

EFFECTO BUMERÁN: LA ESTRATEGIA DE ESCALADA DE IRÁN

Uno de los reveses más graves de la guerra de EEUU e Israel contra Irán ha sido que ha empujado a Teherán hacia una escalada drástica. Su estrategia se ha basado en una represalia amplia y sin restricciones en respuesta a los ataques de EEUU e Israel, lo que ha supuesto una clara ruptura con su patrón anterior de respuestas más moderada ante este tipo de acciones militares.

Demostando resiliencia tras los ataques de decapitación estadounidenses, Teherán lanzó rápidamente represalias a gran escala, dirigidos contra al menos nueve países, la mayoría de los cuales acogen fuerzas estadounidenses en la región del Golfo, lo que extendió el conflicto a nivel regional. De esta forma, Irán ha impuesto los máximos costes no solo a EEUU e Israel, sino también a la región en general y más allá mediante respuestas de amplio alcance y cada vez más intensas, con el objetivo de disuadir tanto a Washington como a Israel de llevar a cabo futuros ataques.

GEOPOLÍTICA ENERGÉTICA Y LA GLOBALIZACIÓN DEL CONFLICTO

Uno de los factores más importantes que suponen un reto para la estrategia de Israel a largo plazo es la capacidad de Irán para ejercer influencia en los mercados energéticos mundiales, utilizando el estrecho de Ormuz como herramienta estratégica definitiva para influir en la economía mundial. La estrategia de Teherán ha pasado de las amenazas iniciales de cerrar la vía marítima a regular activamente el tránsito mediante restricciones selectivas. En lugar de imponer un cierre total que habría perjudicado a su propia economía, Teherán adoptó un enfoque moderado, permitiendo el paso a buques de China, India y otros países “no hostiles”, mientras que atacaba u obstaculizaba el paso de buques vinculados a EEUU y sus socios. En abril de 2026, algunas informaciones indicaban que Irán había comenzado a exigir el pago de peajes de hasta dos millones de dólares por buque para el paso por el estrecho.

Al ejercer control sobre el estrecho de Ormuz y atacar infraestructuras energéticas regionales críticas en varios países del Golfo, Irán ha demostrado su capacidad para interrumpir la producción y el suministro de una parte sustancial de las reservas mundiales de petróleo y gas. El cierre casi total del estrecho de Ormuz provocó un fuerte repunte de los precios del petróleo y de otras materias primas, desencadenando caídas en los mercados bursátiles mundiales. Más allá de la energía, se espera que el impacto se extienda a toda la economía, afectando especialmente a amplios sectores relacionados con el consumo.

Irán también ejerce influencia sobre el estrecho de Bab el Mandeb, frente al mar Rojo, mediante su apo-

yo a los rebeldes hutíes de Yemen, cuya entrada en la guerra podría tener un impacto significativo si atacan el transporte marítimo e intentan cerrar el estrecho. Esto provocaría una nueva subida de los precios del petróleo y del gas natural, con importantes consecuencias económicas a nivel mundial.

En respuesta, Washington impuso un bloqueo naval contra los puertos iraníes para frenar las exportaciones de petróleo y el comercio no petrolero. A mediados de abril de 2026, el estrecho de Ormuz se había convertido efectivamente en una zona de doble bloqueo, con Irán reforzando su control sobre el tránsito por la vía marítima, mientras que EEUU imponía un bloqueo naval. A pesar de ello, Irán demostró su capacidad para soportar las perturbaciones, manteniendo una influencia sobre el tráfico marítimo que pretende conservar más allá del fin de la guerra. Para transformar su control temporal sobre la vía navegable internacional en un sistema nacionalizado e institucionalizado, el Parlamento iraní habría aprobado, según diversas fuentes, una ley para cobrar peajes a los buques que atravesasen el estrecho.

Irán ha aprovechado su posición geográfica en la costa norte del estrecho para convertirlo en una herramienta estratégica de coacción. Es evidente que su estrategia de escalada se extiende mucho más allá del campo de batalla, transformándose en un problema económico global que limita la capacidad de EEUU e Israel para llevar a cabo campañas militares prolongadas y repetidas.

EL RETO DE LA REPETICIÓN EN UN ENTORNO DE ALTO COSTE

La estrategia de escalada y desgaste de Irán supone costes militares y económicos a sus adversarios, especialmente de una manera que evoca la lógica de “cortar el césped”. Teherán se embarcó en una respuesta de ojo por ojo que refleja los ataques contra sus propios activos, manteniendo un ciclo de escalada continuo destinado a disuadir futuros ataques. Teherán intenta redefinir la guerra en curso como una confrontación decisiva y final que afianza la posición regional de Irán.

Al elevar el precio de cada enfrentamiento, Teherán busca disuadir futuros ataques y alterar el cálculo estratégico de Israel y EEUU. Por consiguiente, es posible que la eficacia de la doctrina de “cortar el césped”, que depende de la capacidad de Israel para repetir operaciones militares, ya no sea válida frente a Irán. Y es que cada ciclo de escalada conlleva ahora el riesgo de un conflicto regional más amplio, lo que eleva los costes políticos y militares hasta límites insostenibles para EEUU, Israel y el mundo.

En este contexto, la sostenibilidad de campañas repetidas se vuelve altamente improbable, especialmente dada la ventaja de Irán en el terreno geográfico, lo que supone un obstáculo importante para la doctrina de Israel. A diferencia de Gaza, Líbano o Siria, Irán es un territorio vasto con paisajes diversos y a menudo accidentados que refuerzan sus capacidades defensivas. Los elementos clave de la infraestructura militar y nuclear de Irán están altamente fortificados y, en muchos ca-

sos, ubicados en túneles y búnkeres subterráneos. Estas instalaciones están diseñadas específicamente para resistir los bombardeos aéreos, el modo de guerra preferido de Estados Unidos e Israel. De este forma, es poco probable que incluso las campañas aéreas más intensas logren un cambio de régimen y la destrucción total de las capacidades de Irán, incluidas las fábricas que producen su armamento. En el mejor de los casos, pueden infligir reveses graves y temporales.

Al aprovechar sus múltiples fuentes de poder estratégico, el régimen iraní ha señalado su disposición para una guerra de desgaste prolongada. Ahora impone condiciones que cuestionan la premisa misma de la guerra cíclica. La primera cláusula del memorándum tiene por objeto evitar futuros ataques contra Irán, comprometiendo a EEUU y a sus “aliados en la guerra actual” a poner fin de forma inmediata y definitiva a las operaciones militares en todos los frentes, incluido Líbano. Al ampliar explícitamente la obligación a los aliados, el acuerdo afecta indirectamente a Israel a pesar de que no sea signatario, creando así un marco en el que EEUU se ve presionado política y estratégicamente para frenar o disuadir cualquier nueva acción militar israelí contra Irán con el fin de respetar los términos del acuerdo.

CONCLUSIÓN

El intento de Israel de aplicar la doctrina de “cortar el césped” a Irán representa una aventura, dada la naturaleza del adversario al que se enfrenta. Una estrategia diseñada para gestionar conflictos con actores no estatales o con un Estado en colapso no se traslada fácilmente a un Estado que posee profundidad estratégica, resiliencia institucional e influencia global. En última instancia, lejos de someter a Irán, lo ha empujado a mostrarse más desafiante. Esto pone de manifiesto los límites de la fuerza militar a la hora de determinar los resultados políticos en conflictos regionales complejos.

Si bien EEUU e Israel buscaban degradar las capacidades nucleares y de misiles de Irán, su ataque ha proporcionado a Teherán una nueva palanca estratégica: el control sobre el estrecho de Ormuz. Al aprovechar su posición sobre un punto crítico de paso por el que transita una parte significativa de los suministros energéticos mundiales, Irán ha podido convertir su ventaja geográfica en influencia estratégica y económica de una manera que constituiría un obstáculo para los planes de Israel de una guerra cíclica.

Aunque los bombardeos estadounidenses-israelíes han logrado acabar con figuras clave del liderazgo e infligir daños significativos a la infraestructura crítica y a la economía, la eficacia de la doctrina de “cortar el césped” depende en última instancia de la capacidad de Israel para repetir tales operaciones cíclicas. Es precisamente esta condición la que Irán pretende ahora negar a Israel. Al insistir en garantías firmes de que ni EEUU ni Israel reanudarán tales ataques, Teherán está intentando cortar la hierba bajo los pies de Israel privando a la doctrina de su requisito previo esencial: la capacidad de repetición periódica y sin obstáculos./

Tras dos años de guerra y un gobierno libanés dispuesto a negociar el desarme de Hezbolá, Israel sigue decidido a acabar con la poca estabilidad de Líbano a cambio de una victoria pírrica.

Helena Pelicano es periodista, colaboradora de *La Vanguardia* en Oriente Medio.

LA GUERRA SIN SALIDA DE LÍBANO

Entrar en Líbano es mucho más fácil que salir. En respuesta al asesinato del líder supremo iraní Alí Jamenei, Hezbolá lanzó el 2 de marzo seis cohetes contra el norte de Israel. Seis misiles que le metieron de lleno en la mayor guerra con el país vecino desde la ocupación israelí de las últimas décadas.

La reacción israelí no puede entenderse únicamente como una respuesta a aquel ataque. Desde los atentados del 7 de octubre de 2023, la frontera entre Israel y Líbano se había convertido en un frente de baja intensidad, pero prácticamente permanente. Durante más de un año, Hezbolá e Israel intercambiaron disparos, ataques selectivos y bombardeos limitados bajo unas reglas tácitas destinadas a evitar una guerra abierta. La muerte de Jamenei alteró ese equilibrio. Para el gobierno israelí, los cohetes lanzados desde Líbano representaban una oportunidad para abordar de forma simultánea las principales amenazas asociadas al eje iraní y modificar de manera duradera el equilibrio militar en la frontera norte.

Israel ya había intentado algo parecido en el pasado. La invasión de 1982, concebida inicialmente como una operación limitada para expulsar a la Organización para la Liberación de Palestina del sur del país, terminó convirtiéndose en una ocupación de 18 años. La guerra de 2006 también nació con objetivos limitados y acabó reforzando la legitimidad de Hezbolá entre parte de la población chií. En ambos casos, la superioridad militar israelí fue incapaz de traducirse en una solución política estable.

Tres meses y medio después, y a pesar de tres altos el fuego sucesivos desde el 17 de abril que no han sido

respetados por las partes, las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) controlan una "zona de defensa avanzada" que llega hasta el 14% del territorio libanés según las órdenes de evacuación vigentes, cinco divisiones operan al sur del río Litani y las tropas ya lo han cruzado.

Israel ha repetido en el sur libanés un patrón que ya conoce de memoria en Gaza: anunciar una operación "selectiva" que se traduce en una ocupación sin fecha de salida. El gobierno de Benjamín Netanyahu se ha enquistado en un país exhausto, y cuanto más se prolonga la operación, menos se parece a la victoria rápida que prometía.

SUR EN RUINAS

Desde el inicio de la ofensiva, los ataques israelíes han dejado más de 4.000 muertos y más de 10.600 heridos, según el recuento del Ministerio de Salud Pública libanés. Más de un millón de personas han sido desplazadas por la fuerza, casi una quinta parte de la población, en el que se ha convertido en el mayor éxodo interno de la historia del país de los cedros.

Una multitud de libaneses ha emprendido más de un viaje de ida y vuelta a sus hogares. Un solo mensaje en la red social X de Avichay Adraee, el portavoz en árabe de la FDI y encargado de enviar las órdenes de evacuación previas a los ataques, ha provocado el colapso de todas las carreteras del país en más de una ocasión. El paseo marítimo de Beirut se llenó desde el principio de la guerra de habitantes del sur y de los suburbios que



acampaban de forma precaria en la zona cristiana –y considerada más segura de la capital.

En los anteriores conflictos con Israel, sobrevolaba la idea de que los ataques iban siempre dirigidos a barrios y pueblos chiíes, mientras que las regiones de mayoría suní o maronita quedaban fuera del blanco de los misiles. Sin embargo, esta última guerra ha sido más agresiva: el pasado 8 de abril, más de 100 ataques simultáneos en todo el territorio acabaron con la vida de 300 personas en menos de 10 minutos. Una decena de impactos afectaron al centro de la bulliciosa capital, en calles y edificios que no guardaban ningún vínculo con el grupo armado.

El carácter de los libaneses, acostumbrados a crisis económicas, desastres y guerras se quebró aquel día. Una sensación nueva se apoderó de los beirutíes, quienes admitieron que ya no queda un solo lugar completamente seguro en el país.

En ese sentido, la guerra ha alterado equilibrios sociales que durante décadas parecían relativamente estables. Tradicionalmente, gran parte de la población cristiana y suní observaba los enfrentamientos entre Israel y Hezbolá como un conflicto concentrado en zonas predominantemente chiíes. Esta vez la extensión geográfica de los bombardeos ha contribuido a una percepción diferente. Aunque las regiones del sur siguen soportando la mayor parte de la destrucción, la sensación de vulnerabilidad se ha extendido a sectores de la sociedad que históricamente se consideraban más o menos alejados de la confrontación.

Campamento para desplazados que han huido de sus hogares y pueblos en los suburbios meridionales de Beirut y en el sur de Líbano, Beirut, mayo de 2026./MARWAN NAAMANI/PICTURE ALLIANCE VIA GETTY IMAGES

En los otros conflictos con Israel, sobrevolaba la idea de que los ataques iban dirigidos a barrios y pueblos chiíes, mientras que las regiones de mayoría suní o maronita quedaban fuera del blanco de los misiles. Sin embargo, esta guerra ha sido más agresiva

Más allá de los daños materiales, la destrucción amenaza con acelerar tendencias demográficas que ya existían antes de la guerra. La emigración masiva de jóvenes libaneses durante la crisis económica iniciada en 2019 había vaciado parcialmente muchas localidades del sur. La nueva oleada de desplazamientos corre el riesgo de convertir en permanentes algunos abandonos que inicialmente se consideraban temporales. Diversos alcaldes y organizaciones locales temen que una parte importante de la población no regrese aunque cesen los combates.

En el sur, la guerra ha dejado un paisaje plagado de pueblos en ruinas. Más de 55 localidades fronterizas permanecen bajo control militar de las tropas hebreas. En algunos casos la combinación de ataques aéreos, artillería y dinamita han acabado con la totalidad de las casas.

A diferencia de otros grupos armados de la región, Hezbolá ha construido una estructura política, económica y social profundamente integrada en amplias zonas de la comunidad chií libanesa

La importancia de esta región va mucho más allá de su proximidad a la frontera. El sur de Líbano constituye el principal bastión social, político y simbólico de Hezbolá. Fue allí donde el movimiento construyó gran parte de su legitimidad durante la ocupación israelí de 1982-2000 y donde consolidó posteriormente una extensa red de servicios sociales, sanitarios y educativos. Cada pueblo destruido representa, por tanto, mucho más que una pérdida material: afecta directamente a la base social sobre la que se sostiene la organización.

Además, la geografía juega a favor de los defensores. Las colinas que dominan el valle del Litani, las zonas boscosas próximas a la frontera y la compleja red de carreteras secundarias han convertido históricamente la región en un entorno extremadamente difícil para cualquier fuerza ocupante. La experiencia israelí durante las décadas de 1980 y 1990, así como la guerra de 2006, ya demostró que el sur libanés es un territorio muy difícil de controlar para las tropas hebreas.

En paralelo, la Defensa Civil Libanesa lleva meses sacando cuerpos de los escombros en Tiro, Nabatiya o Bint Jbeil, mientras la Agencia Nacional de Información (ANI) y la NNA documentan ataques contra hospitales que, en teoría, deberían estar protegidos: el Rafik Hariri en Beirut, el italo-libanés de Tiro, el Jabal Amel, el de Nabatiya. Médicos Sin Fronteras ha contado 88 sanitarios muertos y más de 200 heridos.

La destrucción de infraestructuras ha sido sistemática. Israel voló cinco puentes sobre el Litani, entre ellos el de Qasmiyeh, para aislar el sur del resto del país. Localidades enteras han quedado convertidas en lo que algunos observadores ya llaman "pueblos fantasma": Amnistía Internacional ha documentado que la zona de exclusión, que en 2024 cubría el 4,6% del territorio libanés, se amplió en abril a un 6% bajo la etiqueta de "defensa adelantada", una franja de entre ocho y 12 kilómetros que engloba unos 55 pueblos. Las órdenes de no retorno nunca se han revocado, ni siquiera donde ya no hay combates. Human Rights Watch ha documentado el uso de fósforo blanco sobre zonas residenciales. Y una investigación del *New York Times* reveló que el ejército israelí llegó a comunicar a comunidades cristianas y drusas del sur que podían quedarse, con una condición: no podían acoger a vecinos chiíes.

CONTROL ISRAELÍ DEL SUR DE LÍBANO

El objetivo declarado por el ministro de Defensa, Israel Katz, ha sido siempre el mismo: establecer una zona de

seguridad hasta el río Litani y dismantelar lo que queda de la infraestructura de Hezbolá al sur de esa línea. Para ello, Israel ha desplegado cinco divisiones terrestres, la 36, la 91, la 98, la 146 y la Nahal, además de unidades navales, en lo que el propio ejército llama, la "línea amarilla", una réplica del frente que divide Gaza en dos.

Bint Jbeil se ha convertido en el principal escenario de combates terrestres, una ciudad que Israel ya identificó como centro de operaciones de Hezbolá y que las FDI afirman tener rodeada y asegurada. En la cresta del Beaufort, el castillo cruzado que durante años simbolizó la resistencia libanesa, la Brigada Golani plantó de nuevo la bandera israelí el 31 de mayo, 44 años después de la batalla de 1982. Más al sur, en Tiro y Nabatiyeh, los bombardeos continúan a pesar de la tregua, igual que en Dahiye, el feudo chií al sur de Beirut, atacado varias veces desde que se firmó el alto el fuego el 17 de abril. El propio Katz lo resumió sin matices: la línea del Litani es la que las FDI "controlarán" para impedir tanto la infiltración de combatientes como el regreso de los residentes desplazados, mientras no esté garantizada la seguridad del Norte de Israel.

Bajo el liderazgo de Naim Qassem, sucesor de Hasán Nasralá y con un vínculo declarado con Teherán que sobrevive incluso a la muerte de Jamenei, Hezbolá ha demostrado una capacidad de adaptación que ha desconcertado a la inteligencia israelí. Su doctrina ya no depende de los misiles antitanque guiados que dieron forma a la guerra de 2006 o 2024: ahora combina una red de túneles inspirada en el modelo norcoreano con drones FPV guiados por fibra óptica, una tecnología importada de la guerra de Ucrania que es inmune a la guerra electrónica porque no emite ninguna señal rastreable.

El resultado se ha notado en el frente. El sistema de defensa activa Trophy, diseñado por la empresa armamentista Rafael para interceptar misiles y cohetes, se ha visto saturado por enjambres de drones de bajo coste –apenas 500 dólares cada uno– capaces de inutilizar un tanque Merkava de varios millones. El propio *New York Times* reconoció que esta tecnología "empantanó" la estrategia israelí inicial, basada en hacer retroceder a Hezbolá mediante presión militar directa. La misión de paz de la ONU en el sur de Líbano (FINUL) ha monitoreado más de 210 proyectiles lanzados desde Líbano desde marzo, y la ruta de armamento que conecta a Hezbolá con Siria, pese al cambio de régimen en Damasco, sigue activa. Qassem lo ha dicho sin rodeos: el grupo no negociará su desarme mientras Israel no se retire, y calificó cualquier conversación en ese sentido como una "rendición".

A diferencia de otros grupos armados de la región, la organización ha construido durante décadas una estructura política, económica y social profundamente integrada en amplias zonas de la comunidad chií libanesa. Hospitales, escuelas, asociaciones benéficas y mecanismos informales de asistencia han permitido al movimiento mantener una influencia que trasciende el campo de batalla. Esa dimensión explica por qué numerosos analistas consideran poco realista cualquier intento de resolver la cuestión de Hezbolá exclusivamente mediante medios militares. Aunque la organización ha sufrido pérdidas significativas en mandos, combatientes

e infraestructuras, sigue conservando una base social capaz de sostener su continuidad política.

El gobierno libanés, encabezado por el presidente cristiano Joseph Aoun y el primer ministro suní Nawaf Salam, ha apostado por una vía que hace solo un año era impensable: negociar directamente con Israel. Aoun, quien lideró las Fuerzas Armadas libanesas antes de llegar a la presidencia, ha dicho que prefiere “la negociación a la guerra” y se ha comprometido a “negociar y persuadir” a Hezbolá para que se desarme. El instrumento es el Plan Escudo de la Patria, diseñado por el comandante del ejército, Rodolphe Haykal, en cinco fases sucesivas y sin plazos rígidos: consolidar el control al sur del Litani, extenderlo hasta el río Awali, recuperar autoridad institucional en Beirut, proyectarla sobre la Bekaa y, en el horizonte final, establecer el monopolio estatal de las armas.

La cuestión del desarme de Hezbolá lleva décadas marcando la política libanesa. Los Acuerdos de Taif de 1989, que pusieron fin a la guerra civil, establecieron el desarme de las milicias, pero Hezbolá quedó al margen bajo el argumento de que mantenía una función de “resistencia” frente a la ocupación israelí del sur. Desde entonces, la organización ha conservado un arsenal propio, una cadena de mando independiente y una capacidad militar superior a la de muchas fuerzas armadas estatales de la región.

Esta anomalía ha condicionado toda la arquitectura institucional libanesa. Ningún presidente, primer ministro o comandante militar ha logrado imponer plenamente el monopolio estatal de la fuerza. El resultado es un sistema híbrido en el que conviven un Estado formalmente soberano y una organización armada con capacidad para tomar decisiones de guerra y paz al margen de las instituciones. La actual ofensiva israelí ha reabierto el debate con una intensidad inédita desde 2006. Sin embargo, incluso quienes defienden una integración gradual de Hezbolá en las estructuras estatales reconocen que un desarme rápido podría provocar graves tensiones internas y reactivar viejas fracturas sectarias.

El plan choca con una realidad incómoda: el ejército libanés paga sueldos de apenas 100 dólares semanales, una cifra que limita cualquier capacidad operativa real. Además, un gran número de chiíes forman parte de las filas regulares libanesas, lo que complica una confrontación directa asegurada entre el ejército y la milicia. Y choca, sobre todo, con el veto *de facto* de Nabih Berri, líder del movimiento chií Amal –aliado político clave y portavoz *de facto* de Hezbolá en las negociaciones– que se niega por ahora a dar luz verde política al desarme por miedo a debilitar a toda esta comunidad religiosa.

Washington, mientras tanto, ha llegado a suspender su coordinación con el ejército libanés para ejercer presión y forzar la destitución de Haykal, algo que Aoun ha rechazado. Las negociaciones directas en Washington –29 de mayo y 2-3 de junio– avanzan sobre el papel hacia “zonas piloto” controladas por el ejército libanés y la aplicación, 20 años después, de la resolución 1701 de la ONU. Sobre el terreno, la realidad es otra: el mandato de los cascos azules termina sin que nadie tenga claro qué lo sustituirá, y la propia misión ha reconocido en privado que carece de medios y de mandato para impedir el rearme de Hezbolá al sur del Litani.

El cálculo que hizo Netanyahu hace meses –una operación de seguridad rápida y controlada en el sur libanés– se ha convertido en el principal obstáculo para que su propio aliado cierre la guerra con Irán

El cálculo que hizo Netanyahu hace meses –una operación de seguridad rápida y controlada en el sur libanés– se ha convertido en el principal obstáculo para que su propio aliado cierre la guerra con Irán. Hezbolá lo ha dejado por escrito: no habrá acuerdo nuclear entre Teherán y Washington si Israel no se retira de Líbano. Con esa condición sobre la mesa, el frente que debía ser secundario pasa a marcar el ritmo de toda la negociación regional.

El memorando que Estados Unidos e Irán firmaron a mediados de junio en Ginebra busca garantizar la reapertura del estrecho de Ormuz y abre 60 días de conversación sobre el programa nuclear iraní, pero no incluye, al menos en las versiones filtradas, ninguna obligación de retirada israelí. Israel lo sabe y actúa en consecuencia: Netanyahu ha repetido que la guerra “no ha terminado” y Katz ha sido aún más explícito, prometiendo que las tropas permanecerán en el sur “sin límite de tiempo”. Detrás de esa firmeza hay un calendario muy concreto: las primeras elecciones israelíes desde el 7 de octubre están previstas para septiembre u octubre, y Netanyahu necesita seguir en el poder para mantener a raya su juicio por corrupción. Ceder terreno en Líbano antes de esas elecciones sería, para él, un regalo a una oposición que ya le aventaja en las encuestas.

Esa rigidez, sin embargo, tiene un coste con Washington. Trump ha criticado en público los bombardeos sobre Beirut, ha escrito en su red social Truth Social que “no debe haber más ataques israelíes en ningún lugar de Líbano” mientras avanza el pacto con Irán, y ha sugerido que sea la nueva Siria de Ahmed al Shara, no Israel, quien se ocupe de Hezbolá. Según Axios, llegó a decir en privado que Netanyahu “no tiene ningún juicio”. La oposición israelí, encabezada por Yair Lapid, ha resumiendo el balance con una frase que ya circula como sentencia: “Israel ha ganado la batalla; Netanyahu ha perdido la guerra”. Ni Hamás ha sido destruido en Gaza, ni el régimen iraní ha caído, ni Hezbolá ha desaparecido del sur de Líbano. Netanyahu llega a las elecciones con una invasión enquistada y sin ninguna de las victorias políticas que prometió tras el 7 de octubre.

Dieciocho años de ocupación del sur libanés, entre 1982 y 2000, no le enseñaron a Israel la lección que el terreno se empeña en repetirle. Hoy, con un Líbano exhausto por dos años ininterrumpidos de guerra y un gobierno dispuesto a negociar su propio desarme, Israel sigue dispuesto a inmolar la poca estabilidad que le queda al país de los cedros a cambio de una victoria pírrica./

Para el Sur Global, esta crisis supone una perturbación, pero también la oportunidad de reequilibrar un sistema de gobernanza mundial considerado como una construcción de Occidente al servicio de sus propios intereses.

Len Ishmael es doctora e investigadora principal en el Centro de Políticas para el Nuevo Sur, Rabat.

UN CAMPO DE BATALLA LEJANO, CON COSTES TANGIBLES

La guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán, una “pequeña incursión” que se preveía que durara unas pocas semanas, ha durado más de tres meses. Las ondas expansivas se propagan por todo el mundo. Esta guerra es una más de una serie de crisis recientes que han fracturado a la comunidad internacional, convirtiendo la década de 2020 en una de las más convulsas de la historia reciente. Cada crisis agrava los efectos perjudiciales de las anteriores. La guerra en Irán no es una excepción. Ha frenado bruscamente el impulso económico de los países del Sur Global que luchan por recuperar una estabilidad que le permita mejorar las perspectivas de crecimiento. Asfixiados por los costes energéticos disparados, las interrupciones en las cadenas de suministro y las crisis de deuda, estos países se enfrentan a una dura realidad: para la mayoría, la recuperación se ve frenada, mientras la inflación, la recesión y la insolvencia siguen aumentando en espiral. Los cambios en el equilibrio del poder mundial se suman a la sensación de crisis. En múltiples frentes, el mundo tal y como lo conocemos está cambiando. Y aunque los contornos definitivos de lo que vendrá después no están claros, parece seguro que el *statu quo* ya no existe; se ha perdido mucha confianza, no habrá vuelta atrás.

El orden mundial liberal –con sus reglas, normas y principios basados en la idea de los mercados abiertos, el libre comercio y la cooperación multilateral, concebido principalmente por Estados Unidos y sus aliados occidentales tras la Segunda Guerra Mundial– se está desintegrando. Es cuestionado y socavado no solo por actores externos, sino también por sus propios artífices.

El marco basado en normas, que proporcionaba una apariencia de legalidad y atenuaba la fuerza del poder bruto no regulado, está siendo desmantelado. En ese proceso, la visión idealista de la posguerra, construida en torno a conceptos como el bien común y la prosperidad compartida, está siendo sustituida por objetivos más limitados y anclados en los intereses nacionales.

La alianza occidental –en su día el pilar del orden de la posguerra– se encuentra entre las víctimas. En muchos países occidentales, las encuestas muestran que el nivel de confianza de los ciudadanos en sus gobiernos e instituciones está en su mínimo histórico. Para muchos, el modelo capitalista no ha logrado salvaguardar sus intereses. El auge del populismo subraya el alejamiento progresivo de las sociedades de los valores del liberalismo, y su inclinación hacia definiciones cada vez más restrictivas de identidad nacional y sentido de la pertenencia.

EL ROSTRO CAMBIANTE DEL MULTILATERALISMO

La impugnación del viejo orden alcanza también a las instituciones de Bretton Woods y demás organismos multilaterales. Las que en su día fueron las guardianas de las reglas, normas y principios, parecen quedarse al margen de los retos actuales. Los países del Sur Global y los Estados pequeños y más pobres son los que más tienen que perder. A pesar de que llevan mucho tiempo abogando por una reforma institucional multilateral, estas instituciones han proporcionado el espacio regu-

lado en el que ejercer la soberanía para representar sus intereses. Sin embargo, cada crisis ha planteado dudas sobre la integridad de los actuales marcos de gobernanza multilateral y sobre su capacidad para responder a los cambios y desafíos de nuestro tiempo.

Cuando se desató la pandemia, el mundo se dividió entre quienes tenían acceso a las vacunas y los que no, que eran mayoría. Los primeros en proporcionar vacunas y otros suministros relacionados a los países del Sur Global fueron China, India y Rusia. Instrumentos como la Iniciativa de Suspensión del Servicio de la Deuda (DSSI), diseñada para responder a la creciente deuda de los países del Sur Global, aportaron solo una fracción de los recursos necesarios.

A pesar de que el Fondo Monetario Internacional (FMI) los animó a endeudarse todo lo posible para prepararse para la reapertura de las fronteras tras la pandemia, los tipos de interés que pagaban estos países eran muy elevados, entre el 14% y el 16%, significativamente más altos que el 1-2% que pagaban los países ricos. El Sur Global estaba renunciando al desarrollo para pagar la deuda.

En una crisis desencadenada por el fuerte aumento del gasto interno durante la pandemia, el desplome de los ingresos públicos y graves perturbaciones externas –entre ellas las agresivas subidas de los tipos de interés por parte de los bancos centrales occidentales, y la inflación tras el Covid-19 y la guerra en Ucrania–, Sri Lanka, Zambia, Ghana, Líbano, Argentina, Ecuador, Surinam y Belice se sumaron a la creciente lista de países que suspendieron el pago de su deuda. Si bien las cumbres sobre la financiación para el desarrollo, como la de Sevilla (2025), han sentado las bases para nuevas modalidades de abordar la deuda de los países en desarrollo, esta sigue siendo una de las cuestiones más complejas y políticamente divisivas entre los países del Norte y del Sur. La guerra en Irán echa más leña al fuego de este debate.

Las guerras en Ucrania y Gaza han agravado la polarización dentro de la estructura internacional. Los países del Sur Global han denunciado el flagrante desprecio por la Carta de las Naciones Unidas, así como la hipocresía, el doble rasero y la incoherencia en la aplicación de las normas y sanciones en cuestiones relacionadas con la integridad territorial, los derechos de los Estados soberanos y los derechos humanos. La erosión de la confianza ha dado lugar a la pérdida del poder blando occidental y a la fragmentación del mundo en bloques. También ha impulsado el desarrollo de nuevas formas de multilateralismo. Aunque de alcance menos universal, Ishmael, Klingebiel y Sumner sostienen que las “coaliciones de ideas afines” y el “nuevo flexilateralismo” son respuestas pragmáticas a un orden mundial fragmentado, diseñadas para eludir el estancamiento de los foros tradicionales cuando no es posible alcanzar un consenso universal.

Al margen de los marcos multilaterales habituales también se están creando “clubes” diplomáticos exclusivos de menor tamaño, como los liderados por EEUU: el Escudo de Paz de las Américas y la Junta de Paz de Gaza. Los informes de la OCDE sugieren que esta era de crisis también ha roto el modelo tradicional de cooperación al desarrollo. La Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) se redujo en un 23% en 2025. Estados Unidos se

La guerra contra Irán agrava los efectos de otras crisis recientes en el Sur Global y pone de relieve las interdependencias sistémicas creadas por la globalización

ha retirado de 66 organismos de la ONU y otros marcos multilaterales, incluido el Acuerdo de París, y ha disuelto de forma abrupta la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), cuyo presupuesto de 43.000 millones de dólares financiaba la ayuda humanitaria y el desarrollo internacional en 120 países.

La contracción de los presupuestos de desarrollo no se limita a EEUU. En todo Occidente, los países están desviando recursos de la cooperación al desarrollo hacia los sectores militar, seguridad y defensa. La securitización económica se ha convertido en un elemento vital del cálculo estratégico nacional. Cómo hacer más con menos en un mundo fragmentado fue un tema recurrente en la reciente conferencia de la OCDE sobre el futuro de la cooperación al desarrollo, celebrada en París en mayo.

Estos acontecimientos tienen lugar en un contexto de cambios en la estructura económica internacional. La producción mundial se está desplazando de Occidente a Oriente. Dependiendo de cómo se mida el Producto Interior Bruto (PIB) –utilizando la paridad de poder adquisitivo (PPA) o el PIB nominal–, en 2030 o en 2050 tres de las cuatro principales economías del mundo –China, India e Indonesia– se encontrarán en Oriente. En cualquier caso, se prevé que Estados Unidos ocupe el tercer lugar, por detrás de China e India.

China es, además, una superpotencia que domina múltiples sectores, desde la industria manufacturera hasta las energías renovables y la alta tecnología. Su Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI), presentada en 2013, está valorada en más de 1,4 billones de dólares. Con alcance mundial, la BRI no solo ha aportado inversiones e infraestructuras de capital, sino también un conducto directo para la proyección del poder blando y la influencia de China, no solo en el Sur Global, sino también en bloques occidentales como la Unión Europea (UE). Mientras Occidente es percibido a través de un prisma cada vez más desencantado, para muchos en el Sur Global China se está convirtiendo en un socio más atractivo.

CHOQUE TRAS CHOQUE: EL IMPACTO EN EL SUR GLOBAL

La guerra contra Irán agrava los efectos de otras crisis recientes en el Sur Global y pone de relieve las interdependencias sistémicas creadas por la globalización, que han facilitado la propagación de sus consecuencias, en distinta medida, a todos los países. A continuación se presenta una panorámica de algunos de los principales impactos sobre el Sur Global:

– Efectos sobre la producción mundial: la OCDE, el Banco Mundial y el FMI han revisado a la baja sus previsiones para la economía mundial en caso de que la guerra continúe. En su *Informe sobre la producción económica mundial de junio* (2026), la OCDE preveía que el crecimiento mundial se ralentice hasta el 2,1 % en 2026 y hasta el 1,8 % en 2027, en caso de que las hostilidades se prolongaran.

– Efectos macroeconómicos: las repercusiones macroeconómicas han comprometido gravemente la recuperación de los países del Sur Global, ya de por sí muy afectados por la pandemia y la guerra en Ucrania. La subida de los tipos de interés ha desencadenado una fuga de capitales hacia activos occidentales considerados refugios seguros. La depreciación de las monedas ha incrementado el coste de la deuda. La estabilidad necesaria para reorientar la asignación de recursos hacia las inversiones sociales se retrasa aún más, lo que agrava los déficit en ámbitos críticos como salud, educación y vivienda.

– Crisis de precios y deuda: las perspectivas económicas para el Sur Global son extremadamente frágiles y se caracterizan por “crisis agudas de precios y deuda”. Mientras que unos pocos países exportadores de petróleo –como Guyana, Brasil y Venezuela, por ejemplo– están experimentando ganancias extraordinarias temporales, la mayoría de los países del Sur Global se enfrenta a rebajas de la calificación crediticia, facturas de importación en alza y una crisis de seguridad alimentaria. La UNCTAD calcula que el aumento de los precios de la energía incrementa en 20.000 millones de dólares anuales la factura de las importaciones de los países más vulnerables. La inflación ya está repuntando. Los precios de la gasolina en Chile aumentaron un 54% en marzo de 2026. Las islas del Caribe Oriental, que ya pagan algunos de los precios de la electricidad más altos del mundo, han registrado subidas hasta niveles sin precedentes. En muchas partes de África, el sur de Asia y el Caribe, los países afrontan una grave presión fiscal, ya que sus finanzas públicas se están agotando para poder seguir subvencionando el suministro de combustibles y electricidad. La Agencia Internacional de la Energía (AIE) identifica la disrupción del estrecho de Ormuz como la mayor interrupción del suministro en la historia del mercado mundial del petróleo, lo que divide de hecho al Sur Global en unos pocos ganadores a corto plazo y unos perdedores muy expuestos.

– Transición verde: a medida que el aumento de los precios distorsiona los mercados energéticos, los países más ricos están relegando su compromiso con la transición energética en favor de una renovada apuesta por la seguridad energética. Noruega se ha comprometido formalmente a reabrir tres yacimientos inactivos del mar del Norte. Estados Unidos ha autorizado la reanudación de la exploración en ecosistemas frágiles, incluso dentro del Refugio Nacional de Vida Silvestre del Ártico de Alaska. A los países productores de petróleo de África –a los que se les ha aconsejado durante años que pongan fin a la industria de los combustibles fósiles de la que dependen sus economías– ahora se les insta a perforar más. La preocupación por los activos varados cuando esta crisis haya terminado es cada vez mayor.

– Crisis del cambio climático: mientras los productores de combustibles fósiles entran en una fase de expansión altamente rentable, los países del Sur Global –incluidos los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo y varios de África–, responsables de menos del 4% de las emisiones globales de carbono, se encuentran en primera línea de la crisis climática. Los expertos han confirmado que se está desarrollando rápidamente un episodio de El Niño de intensidad extrema sobre el océano Pacífico; se prevé que sus anomalías meteorológicas extremas afecten al Caribe entre 2026 y 2027. Las condiciones meteorológicas extremas asociadas a la crisis climática han causado daños por valor de miles de millones en todo el Caribe, el sudeste asiático y África. Por ejemplo, la llegada del huracán Melissa a Jamaica como tormenta de categoría 5, el 25 de octubre de 2025, causó daños catastróficos estimados en 8,8 mil millones de dólares, lo que equivale al 41% del PIB. Carbon Brief señala que estos impactos se ven agravados por la lentitud de los mecanismos de recuperación, la falta de cobertura de seguros y un déficit de financiación para la adaptación que asciende a cientos de miles de millones.

– Efectos sobre el sector informal: la guerra ha afectado a la capacidad de la población para subsistir con salarios bajos. En India, por ejemplo, los efectos acumulativos de la escasez y los importantes aumentos en los precios de las bombonas de GLP y gas para cocinar, que pasaron de 1.000 a 2.500 rupias (12-26 dólares), obligaron a miles de trabajadores migrantes a abandonar sus empleos y regresar a sus pueblos de origen en el campo. Aunque las repercusiones se han dejado sentir en sectores muy diversos, la escasez de suministros esenciales y el encarecimiento de los precios han afectado especialmente a los trabajadores del sector informal de India, uno de los mayores del mundo, que emplea a casi el 90% de la población activa (alrededor de 550 millones de personas) y contribuye con más del 45% del PIB del país.

– Turismo y medios de subsistencia: el caso de la región del Caribe, una de las más dependientes del turismo, es ilustrativo. Travel and Tour World señala que la cancelación de vuelos como consecuencia del aumento de los costes y de la escasez de combustible, junto con las anulaciones de viajes por parte de los pasajeros debido al fuerte encarecimiento de los billetes de avión, ha puesto en riesgo las economías de países como México, Jamaica, Barbados, Santa Lucía y otros, dada la importancia que el turismo tiene en ellas. El FMI calcula que el turismo aporta entre el 7% y el 90% del PIB, y según el Consejo Mundial de Viajes y Turismo es responsable, directa o indirectamente, del 60% de todos los puestos de trabajo, genera 2,75 millones de empleos y aporta más de 80.000 millones de dólares a la economía regional cada año.

– Agricultura y seguridad alimentaria: los efectos de la guerra en Irán se han sumado a la escasez de fertilizantes ya existente como consecuencia de la guerra entre Rusia y Ucrania. Diversos informes señalan que los daños sufridos por el centro de Ras Laffan, en Catar, han provocado un aumento de los precios de hasta un 30%. Estos efectos amenazan a algunos de los mayores productores agrícolas del mundo, como Brasil y Argentina, lo que agrava el temor a que las reservas mundiales

de cereales puedan reducirse entre un 5% y un 10%. Sin embargo, países ricos en fosfatos, como Marruecos, están cubriendo el déficit en el suministro actual gracias a sus vínculos comerciales con Brasil y Argentina y a proyectos agrícolas conjuntos con varios países africanos, entre ellos Etiopía.

PERSPECTIVAS Y ESTRATEGIAS DEL SUR GLOBAL

La guerra contra Irán no beneficia a los intereses del Sur Global. Las acciones que desestabilizan la economía mundial son contrarias a su prioridad principal: mejorar las perspectivas de desarrollo y la creación de empleo. Por el contrario, esta guerra añade una nueva capa de fragilidad a vulnerabilidades ya existentes, mientras el desmoronamiento del orden mundial liberal supone otro choque que estos países deben afrontar. Gestionar varias crisis, al tiempo que se protegen sus intereses, es un imperativo estratégico. Las potencias medias occidentales también se enfrentan a nuevas realidades: una alianza occidental fracturada, una *pléyade* de nuevos actores globales y un Sur Global que ejerce su capacidad de acción.

En lo que algunos han denominado un "frenesí de búsqueda de coaliciones", los países occidentales están intentando reducir su dependencia de la potencia hegemónica. El flujo constante de líderes occidentales que visitan China e India en los últimos tiempos subraya la tendencia actual hacia la diversificación de las alianzas. Estos instintos de supervivencia han sido durante mucho tiempo el *modus operandi* del Sur Global.

– No tomar partido: los países del Sur Global se niegan a tomar partido en este periodo de resurgimiento de la rivalidad entre las grandes potencias. En esta postura de alineamiento múltiple activo también se refleja la idea de que "colaborar con un grupo no significa actuar en contra de ningún otro grupo". Singapur y otros países del mar de China Meridional, por ejemplo, dependen de EEUU para sus acuerdos de seguridad, al tiempo que identifican a China como su principal socio comercial y de inversión. También India, Suráfrica, Turquía y los Estados del Golfo muestran una alineación múltiple en diversos ámbitos.

– Alianzas más allá de la ayuda: los países del Sur Global dan prioridad a las alianzas e inversiones que permiten ascender en la cadena de valor, añadir más valor a nivel nacional, generar empleo y trazar caminos claros hacia la industrialización. Bolivia, Chile y Argentina, en el Triángulo del Litio de Suramérica, han anunciado planes para crear una asociación similar a la OPEP para el litio; Indonesia, con sus recursos de níquel, y Ghana, con el cacao, ejemplifican esta tendencia.

– Ampliación de los bloques no occidentales: los países del Sur Global están asegurando sus intereses en coaliciones con otros "de ideas afines". No se trata de bloques antioccidentales, sino pro-sur, como los BRICS y la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), que proporcionan polos en torno a los cuales articular intereses comunes y reducir la exposición al uso instrumental de la arquitectura institucional occidental. Se están creando nuevas instituciones y mecanismos.

La OCS ha dado a conocer recientemente sus planes para un Banco de Desarrollo destinado a financiar proyectos comerciales y de infraestructura con el yuan chino como moneda operativa. Los BRICS ampliados siguen poniendo en marcha mecanismos para proteger a sus miembros de la volatilidad cambiaria. Entre estas iniciativas figuran acuerdos de intercambio de divisas (*currency swaps*), sistemas de pagos transfronterizos, un activo digital de liquidación y un nuevo Fondo Multilateral de Garantía. Todas ellas tienen como objetivo reducir la dependencia del dólar estadounidense.

– Creciente cooperación Sur-Sur: la OCDE ha identificado la cooperación Sur-Sur como el elemento de la cooperación al desarrollo que más rápido crece. En publicaciones recientes, Ishmael documenta las crecientes iniciativas diplomáticas y los vínculos comerciales, de inversión y de transporte que atraviesan el Atlántico Sur. Mientras Occidente centra cada vez más su atención en los intereses nacionales, el resto del mundo amplía sus redes de conectividad. China anunció en mayo la eliminación total de los aranceles en el comercio con 54 países africanos, así como visados y becas de investigación para atraer a académicos extranjeros. El FMI señala que las remesas superan sistemáticamente tanto a la inversión extranjera directa como a los flujos de AOD en varios países. India, México y Filipinas están entre los que canalizan las remesas hacia instrumentos de desarrollo destinados a financiar proyectos de infraestructura de capital.

– Soberanía compartida y acción estratégica del Estado: los líderes del Sur Global están poniendo en común parte de su soberanía para impulsar cambios en la arquitectura de la gobernanza mundial. Indonesia, India, Brasil y Suráfrica han utilizado plataformas internacionales, incluida su presidencia del G-20, para incluir cuestiones de desarrollo en la agenda. Coincidiendo con la presidencia de India en los BRICS, los presidentes Narendra Modi y Lula da Silva dieron a conocer sus compromisos para garantizar el acceso inclusivo de los ciudadanos a la IA en la Cumbre de India sobre el Impacto de la IA 2026. Además, India y Suráfrica lideraron conjuntamente, en octubre de 2020, la iniciativa para una exención temporal del Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC), con el fin de permitir a los países del Sur Global producir vacunas contra el Covid-19 sin riesgo de infringir patentes.

Para el Sur Global, este período de crisis supone una perturbación, pero también la oportunidad de materializar aspiraciones perseguidas durante décadas, como el Movimiento de Países No Alineados de la década de 1950, la resolución de la ONU del G-77 para un Nuevo Orden Económico Internacional de mayo de 1974, la Comisión Norte-Sur de 1980 y los innumerables esfuerzos de líderes de toda África, América Latina, el Caribe y Asia, para reequilibrar un sistema de gobernanza mundial considerado desde hace tiempo como una construcción de Occidente al servicio de sus propios intereses. Aunque el G7 sigue controlando gran parte del poder, el péndulo se está desplazando, y los países del Sur Global buscan participar activamente en la configuración posterior, junto con socios occidentales que comparten su visión./



Tendencias económicas



**58 SOBERANÍA TECNOLÓGICA
Y GEOPOLÍTICA DEL GOLFO**
Sara Bazoobandi

**62 IMPLICACIONES ENERGÉTICAS
DE LA GUERRA DE IRÁN**
Gonzalo Escribano

**66 DEL GOLFO PÉRSICO AL DESAFÍO
ALIMENTARIO GLOBALIZADO**
Sébastien Abis

Buques mercantes y petroleros fondeados en el golfo de Omán, frente a la costa de Mascate (Omán), el 21 de junio de 2026./SHADY ALASSAR/ANADOLU VIA GETTY IMAGES

En su objetivo común de reducir la dependencia de proveedores militares y digitales extranjeros, Irán y los países del Golfo aplican estrategias divergentes que están reconfigurando la región.

Sara Bazoobandi es investigadora del Instituto de Política de Seguridad de la Universidad de Kiel.

SOBERANÍA TECNOLÓGICA Y GEOPOLÍTICA DEL GOLFO

La región del golfo Pérsico está experimentando una profunda transformación en la forma en que sus gobiernos conciben, construyen y despliegan el conocimiento. En toda la región, los Estados han tomado medidas agresivas para reducir la dependencia del extranjero y desarrollar capacidades propias. Sin embargo, los caminos que han elegido difieren notablemente, y esas diferencias conllevan consecuencias estratégicas que se extienden mucho más allá de la región.

Dos ámbitos ocupan el centro de esta transformación: la defensa y el ciberespacio. No se trata de elecciones fortuitas. La soberanía tecnológica se define como la capacidad de un Estado para desarrollar, controlar y mantener tecnologías críticas de forma independiente. La capacidad de producir los sistemas que protegen al Estado, proyectan su poder y señalan sus ambiciones tanto a aliados como a adversarios es a la vez la medida más clara de esa soberanía y su facilitador más trascendental. En conjunto, estos dos ámbitos definen la relación del Estado con el conocimiento, cómo se organiza, controla y utiliza como arma.

Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos han impulsado el desarrollo del

conocimiento en ambos ámbitos mediante el poder financiero, las alianzas internacionales y ambiciosos programas nacionales. Irán ha tomado una ruta fundamentalmente diferente: una basada no en el acceso al mercado o en estructuras de alianzas, sino en una doctrina ideológica que enmarca el conocimiento en sí mismo como un arma del Estado.

CAMINOS DIVERGENTES HACIA LA SOBERANÍA TECNOLÓGICA

Como se ha indicado, las potencias de la región comparten una ambición común: reducir la dependencia de proveedores militares y digitales extranjeros. Pero las estrategias mediante las cuales persiguen esa ambición muestran relaciones fundamentalmente diferentes entre el Estado, el conocimiento y la tecnología.

Arabia Saudí y EAU representan un modelo de modernización impulsada por los recursos. El grupo EDGE de Emiratos Árabes Unidos, formado en 2019 mediante la fusión de múltiples entidades de defensa de propiedad estatal, ha localizado la mayor parte de su cartera de productos en la fabricación nacional y ha desarrollado importantes capacidades en materia de armas autó-

nomas, incluidas municiones de vuelo estacionario guiadas por Inteligencia Artificial (IA). La SAMI de Arabia Saudí, puesta en marcha en 2017 en el marco de la Visión 2030, ha pasado de la nada a convertirse en una empresa de escala mundial en pocos años, al buscar acuerdos de transferencia de tecnología con socios que van desde compañías turcas como Baykar y ASELSAN hasta las estadounidenses Lockheed Martin y Boeing. Ambos Estados del Golfo también han asumido compromisos extraordinarios con la IA. En los últimos años, Arabia Saudí ha destinado cientos de miles de millones de dólares a infraestructuras de IA, y EAU ha anunciado planes de inversión de una magnitud similar. Se trata de Estados que compran y avanzan hacia la relevancia tecnológica, con el desarrollo paralelo de la economía de la innovación civil y el sector de la defensa.

El enfoque de Irán es categóricamente diferente. Aislado de los mercados tecnológicos occidentales por décadas de sanciones, y moldeado por una ideología revolucionaria que considera la dependencia extranjera como una vulnerabilidad estratégica y un fracaso moral, Irán desarrolló una doctrina

de autosuficiencia tecnológica con un carácter teológico que no se encuentra en ningún otro lugar de la región. Comprender esa doctrina es esencial para entender todo lo que el Estado iraní construyó posteriormente.

LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO EN IRÁN: UN DEBER SAGRADO

El enfoque de Irán respecto a la ciencia y la tecnología desde los primeros años de la República Islámica se rige por una afirmación ideológica sobre el significado del conocimiento y su relación con la soberanía política. El concepto de "yihad del conocimiento", desarrollado bajo el mandato del difunto líder supremo, el ayatolá Alí Jameneí, sostiene que el desarrollo científico de la nación es un imperativo religioso, y que la dependencia de la tecnología extranjera es una forma de subyugación incompatible con el proyecto revolucionario. En este marco, el científico y el soldado ocupan roles equivalentes: ambos participan en la defensa de la revolución frente a enemigos externos, y ambos están sujetos a las mismas obligaciones de lealtad y sacrificio.

Las implicaciones prácticas de este concepto para la estructura de las instituciones científicas y tecnológicas de Irán han sido profundas y, en gran medida, negativas para el desarrollo general del país. Cuando las convicciones ideológicas y la lealtad al Estado revolucionario se convierten en un requisito previo para participar en el sector del conocimiento, las consecuencias se propagan de una forma difícil de contener. Las agendas de investigación se configuran en función de las prioridades de seguridad más que de las oportunidades científicas. Las instituciones que podrían servir como fuentes de retroalimentación crítica –universidades, asociaciones profesionales, centros de investigación independientes– se transforman, en cambio, en instrumentos de los objetivos estatales, y su independencia se ve restringida sistemáticamente. El resultado es un sector del conocimiento coherente ideológicamente y dirigido estratégicamente, pero que ha sacrificado la diversidad intelectual y la contestación interna de las que depende la verdadera innovación.

Este sistema ha garantizado que las prioridades de seguridad se reflejen no solo en lo que se financia, sino también

Según el concepto de 'yihad del conocimiento' iraní, el desarrollo científico de la nación es un imperativo religioso, y la dependencia de la tecnología extranjera es una forma de subyugación incompatible con el proyecto revolucionario

en cómo se organizan las instituciones y a quién se le permite ascender dentro de ellas. El efecto ha sido militarizar la economía del conocimiento iraní desde dentro, al crear un sistema en el que el desarrollo tecnológico más trascendental se produce bajo supervisión militar y de acuerdo con los objetivos del aparato de seguridad.

Los resultados de este sistema son visibles. A nivel nacional, la misma maquinaria institucional ha producido la infraestructura de vigilancia, filtrado y control que el régimen utiliza para gestionar a su propia población. No se trata de proyectos separados que se desarrollan en paralelo, sino de expresiones de la doctrina aplicada en diferentes ámbitos. La dimensión de proyección de poder exterior del sector del conocimiento, reclutado para servir a las ambiciones estratégicas del Estado, se manifiesta en el programa de drones de Irán, que le permite suministrar tecnología de drones a grupos aliados y fuerzas *proxies* en múltiples zonas de conflicto, en su programa de misiles balísticos y en sus crecientes capacidades cibernéticas.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA JAULA DIGITAL INTERNA

La infraestructura de control de Internet de Irán representa uno de los sistemas más avanzados de su tipo. Esto no se debe a que ningún componente concreto sea excepcionalmente sofisticado, sino a que los componentes se han ensamblado siguiendo una lógica estratégica clara y coherente. Esa lógica no consiste en bloquear contenidos específicos, aunque el bloqueo de contenidos forma parte de ella. Se trata de construir un sistema en el que el Estado conserve, en todo momento, la capacidad de determinar qué se puede y qué no se puede comunicar, quién puede hacerlo y a quién, y en el que las herramientas a disposición de los ciudadanos que in-

tentan eludir ese control sean neutralizadas sistemáticamente.

Esto se consigue mediante una estructura con varios niveles de apoyo. Múltiples mecanismos técnicos independientes manipulan cómo se asignan las direcciones de Internet, cómo se gestionan los datos en tránsito y cómo se estructuran o prohíben los diferentes tipos de tráfico de Internet. Detrás de todo esto hay también una estructura que concentra todo el tráfico internacional de Internet a través de una única entidad estatal. Este diseño otorga al gobierno una capacidad de la que carecen la mayoría de los sistemas de censura. Es decir, la capacidad de implementar cambios de manera uniforme e instantánea para todos los usuarios del país simultáneamente, sin depender de la cooperación o el cumplimiento de múltiples operadores independientes.

Además de su infraestructura de filtrado externo, Irán ha invertido durante muchos años en la construcción de una red nacional paralela: un conjunto de servicios alojados localmente diseñados para sustituir a las plataformas internacionales que están bloqueadas o sujetas a interrupciones (por ejemplo, aplicaciones de mensajería, sistemas de pago en línea, aplicaciones de transporte compartido). China ha sido el contribuyente externo más importante a este proyecto, al proporcionar tanto los sistemas técnicos como los conocimientos institucionales acumulados a través de su propia experiencia en la gestión de una red nacional de Internet a gran escala. La relación se basa en una colaboración estratégica formal a largo plazo entre los dos gobiernos y ha implicado importantes transferencias financieras de Irán a los proveedores de tecnología chinos.

La red nacional se promociona dentro de Irán utilizando el discurso de la soberanía cultural y la compatibilidad religiosa, pero su importancia operativa es estratégica más que cultural. Proporciona un nivel mínimo de funcionalidad



Tras las protestas de enero, el régimen cortó el acceso a Internet, un medio de controlar la información con mayor facilidad. Teherán, enero de 2026./FATEMEH BAHRAMI/ANADOLU VIA GETTY IMAGES

digital nacional que permanece disponible incluso cuando se interrumpe la conectividad externa, lo que significa que el régimen puede aislar a sus ciudadanos de la red global sin interrumpir la actividad económica y administrativa nacional de la que depende el propio gobierno. Esta capacidad ha reducido considerablemente el coste que supone para el Estado utilizar la conectividad como arma política.

El gobierno iraní ha utilizado repetidamente las interrupciones de Internet como herramienta de gestión política desde 2019, y la evolución de esas intervenciones refleja tanto un aprendizaje como una sofisticación creciente. El desarrollo de dicha capacidad técnica ha sido crucial para el régimen, no solo desde el punto de vista operativo, sino también político. Durante cualquier tipo de crisis interna, ya sea causada por un ataque extranjero o un levantamiento popular, los cortes de internet permiten al gobierno moldear la información con mayor facilidad. La ventaja estructural que esto genera se ve reforzada por el hecho de que los funcionarios del régimen, los medios de comunicación estatales y las comunicaciones gubernamentales pueden seguir funcionando plenamente durante cualquier interrupción. Esta provisión selectiva de acceso a Internet está proporcionando al Estado plataformas sin rival precisamente en los momentos en que las fuentes independientes serían, de otro modo, más valiosas.

EL CONOCIMIENTO, UNA HERRAMIENTA PARA LA PROYECCIÓN DE PODER EXTERIOR

Las capacidades que ha generado el enfoque tecnológico de Irán también permiten al gobierno proyectar su poder más allá de sus fronteras. En materia de tecnología de drones, desarrollo de misiles y operaciones cibernéticas ofensivas, el país ha logrado resultados significativos. Sin embargo, estos avances también han puesto de manifiesto vulnerabilidades dentro del sistema iraní, fuertemente impulsado por la ideología. Los sistemas diseñados dando prioridad al control tienden a ser frágiles, a diferencia de los sistemas diseñados dando prioridad a la resiliencia. Un sector tecnológico organizado en torno a prioridades militares ha ampliado su capacidad destructiva de una forma sin precedentes, sin llegar a demostrar, por el contrario, cualidades defensivas.

Los programas tecnológicos y de defensa de Arabia Saudí y EAU han supuesto una inversión y una colaboración sustanciales para la transferencia de tecnología. Tampoco han estado exentos de los retos que acompañan a las grandes iniciativas industriales dirigidas por el Estado. Ambos países están integrados en redes de colaboración internacional que contemplan formas de rendición de cuentas externa e intercambio de conocimientos ausentes en el modelo autónomo de Irán. Las relaciones que se construyen en torno

a tales colaboraciones tienen un doble propósito: son conductos de conocimiento técnico, pero también canales a través de los cuales los estándares de rendimiento, la presión competitiva y el escrutinio externo entran en el sistema. Como resultado, se genera en tales ecosistemas un mecanismo distribuido de corrección de errores que los programas nacionales cerrados, como el de Irán, simplemente no pueden replicar.

El valor de este modelo se está poniendo ahora a prueba en condiciones reales. Los conflictos en la región han puesto de manifiesto un marcado contraste: los sistemas del CCG, en particular el de EAU, han demostrado ser mucho más eficaces a la hora de proteger las infraestructuras críticas y la población civil que sus homólogos iraníes. La defensa aérea y antimisiles de Irán ha mostrado claros signos de colapso frente a la guerra moderna a la que se enfrenta ahora. Esta brecha no es meramente tecnológica. Evidencia las ventajas acumuladas de la colaboración abierta, el aprendizaje iterativo y la rendición de cuentas ante estándares externos a lo largo del tiempo.

La guerra con Irán ha puesto de manifiesto una marcada brecha entre la imagen que el régimen tiene de sí mismo como potencia tecnológicamente soberana y sus vulnerabilidades reales. Las capacidades ofensivas de Irán desplegaron un poder destructivo que, en líneas generales, se ajustó a lo esperado. Sus misiles, drones y redes de *proxies* demostraron un alcance real y la capacidad de amenazar la estabilidad regional. Pero los sistemas destinados a proteger al propio Estado fallaron. Las redes de inteligencia y vigilancia fueron infiltradas, lo que permitió a los adversarios localizar y eliminar a altos mandos con precisión. La doctrina del yihad del conocimiento produjo armas capaces de proyectar poder hacia el exterior. No pudo proteger a las personas que las construyeron.

EL CONOCIMIENTO BAJO FUEGO: LA CRISIS EN EL ESTRECHO DE ORMUZ

Las estrategias divergentes en materia de conocimiento entre Irán y el CCG han adquirido, desde febrero de 2026, una dimensión empírica muy marcada. Los ataques iraníes contra el CCG no solo pusieron a prueba las defensas aéreas de los Estados del Golfo, sino que también desafiaron todo el modelo del CCG de transformación económica impulsada

por la tecnología. Ese modelo se basa en una premisa fundamental: que los Estados del Golfo ofrecen algo escaso en la región en general –estabilidad política, seguridad física y gobernanza predecible. Es precisamente esta reputación la que los ha convertido en destinos atractivos para los gigantes tecnológicos, los fondos soberanos y las inversiones en infraestructura de IA. Los ataques con drones y misiles iraníes contra torres acristaladas y centros de datos en todo el CCG han sido diseñados deliberadamente por Teherán para cuestionar la credibilidad de esa premisa, junto con décadas de estrategia de diversificación en la región.

Los ataques iraníes también han puesto de manifiesto una vulnerabilidad estructural en todo el CCG, donde se han destinado cuantiosos gastos militares a la construcción de sistemas de defensa aérea sofisticados pero costosos. Los drones iraníes Shahed, desplegados en oleadas masivas, han obligado al CCG a emplear costosos interceptores contra sistemas de bajo coste. Teherán ha explotado deliberadamente esta asimetría, como una forma de desgaste estratégico. Dicha asimetría es una clara manifestación de la diferencia doctrinal entre las estrategias de desarrollo del conocimiento y la tecnología a ambos lados del golfo Pérsico.

Irán ha industrializado la producción de sistemas baratos y desechables a través de su "yihad del conocimiento", una doctrina que, independientemente de sus costes para el desarrollo científico en general, ha demostrado ser eficaz a la hora de generar capacidad destructiva masiva a gran escala. Los Estados del Golfo, por el contrario, siguen dependiendo de la compra de tecnología cara y fabricada en el extranjero, difícil de producir a nivel nacional y demasiado costosa para ser utilizada en el volumen que requieren las tácticas de saturación de Irán.

Otra dimensión estratégicamente relevante de los ataques iraníes contra el CCG es el hecho de que se dirigieran contra la infraestructura digital. Drones iraníes atacaron tres centros de datos de Amazon Web Services (dos en EAU y uno en Baréin), provocando interrupciones en los sistemas de *software* bancario y empresarial. Posteriormente, la Guardia Revolucionaria (IRGC) advirtió de que las empresas tecnológicas estadounidenses (por ejemplo, Microsoft, Google, Apple, Meta y Oracle) que operaran en el Golfo serían consideradas objetivos legítimos. Estos ataques ponen de mani-

fiesto la intención de Irán de dañar la arquitectura institucional que sustenta los planes de transformación económica impulsados por la tecnología de los Estados del Golfo. Se prevé que los ataques contra una infraestructura clave para el futuro económico de los Estados del Golfo afecten gravemente a la confianza de los inversores, lo que suscitará dudas entre las empresas tecnológicas y los socios soberanos cuyo compromiso continuado es indispensable para las ambiciones de diversificación de la región.

Sin embargo, la amenaza estructural más profunda podría ser aquella que aún no se ha materializado. Irán ha manifestado su intención de convertir en armas los cables submarinos que discurren bajo el estrecho de Ormuz, los cuales transportan un vasto tráfico de Internet y financiero entre Europa, Asia y el golfo Pérsico. La infraestructura de IA está especialmente expuesta, ya que los centros de datos del CCG dependen de las conexiones de baja latencia de los cables submarinos. Debido al conflicto en curso ya han paralizado las operaciones de reparación y mantenimiento de los cables submarinos en el golfo Pérsico. El impacto de la crisis en el estrecho de Ormuz no se limita al suministro energético y al comercio marítimo, sus consecuencias se extienden también a la conectividad digital global.

CONCLUSIÓN

La transformación tecnológica en la región se está desarrollando de tal forma que genera tanto implicaciones inmediatas para la seguridad como decisiones estructurales a largo plazo sobre la colaboración, la influencia y las normas que regirán el avance del conocimiento en toda la región. La relación entre los Estados y el conocimiento se está renegotiando de formas que definirán el panorama estratégico durante décadas. Los Estados del Golfo se están integrando en las redes tecnológicas globales a través de la inversión y las alianzas. Irán está siguiendo un enfoque centrado en sí mismo, impulsado ideológicamente y organizado en torno a la prioridad del control estatal sobre todas las dimensiones del desarrollo tecnológico.

Las capacidades ofensivas de Irán en materia de producción de conocimiento ya han demostrado su alcance a nivel mundial. Estas operaciones son un producto directo del mismo sector del conocimiento que ha construido la ar-

quitectura de vigilancia y el programa de drones de Irán. Pero este modelo es de proyección sin protección. Ha demostrado ser capaz de causar destrucción en el extranjero, al tiempo que no logra proteger al Estado, su infraestructura o su población en el país.

Los Estados del Golfo presentan un tipo diferente de oportunidad estratégica. La escala de su inversión en compromisos de desarrollo del conocimiento puede ir más allá de una relación puramente extractiva con la tecnología. Sin embargo, este sistema sigue siendo vulnerable a un alcance destructivo –por ejemplo, el de Irán.

Los acontecimientos de 2026 han hecho tangible esta vulnerabilidad. Los ataques iraníes contra centros de datos y la amenaza a la infraestructura de cables submarinos han sacudido la arquitectura digital de la que depende la diversificación del Golfo. También han puesto de manifiesto la brecha entre la ambición tecnológica y la resiliencia estratégica. Estos ataques subrayan que la inversión debe combinarse con estrategias sólidas para defender la infraestructura. En la era posterior a los ataques de Irán, la infraestructura de defensa, conocimiento y tecnología del CCG, a pesar de su envergadura y sofisticación, se encuentra en una situación vulnerable, en parte debido a su continua dependencia de la tecnología y los socios extranjeros.

En ambos modelos, el Estado busca proyectar poder, aunque este signifique algo diferente en cada caso. Para los Estados del Golfo, significa influencia económica, relevancia tecnológica y la capacidad de atraer alianzas globales que se consolidan con el tiempo. Para Irán, significa la supervivencia del régimen, el alcance ideológico y la capacidad de amenazar a los adversarios mediante la fuerza y la desestabilización. No se trata simplemente de estrategias diferentes; reflejan relaciones fundamentalmente distintas entre el Estado y el propio conocimiento. El modelo de Irán ha dejado constancia de lo que ocurre cuando el desarrollo del conocimiento se diseña para servir a quienes detentan el poder en lugar de a quienes lo producen. El resultado es un ecosistema de desarrollo del conocimiento que nunca ha cumplido la promesa del capital humano del país, una empresa científica despojada de la independencia que la hace generativa, y una población cuya relación principal con la infraestructura tecnológica construida por el Estado es de vigilancia y evasión./

La inestabilidad en el golfo Pérsico supondrá la reconfiguración de la geopolítica de la energía priorizando la seguridad energética entre los países consumidores, la diversificación hacia productores menos expuestos y la aceleración de la transición energética.

Gonzalo Escribano es director del Programa de Energía y Clima del Real Instituto Elcano, catedrático de Economía Aplicada en la UNED.

IMPLICACIONES ENERGÉTICAS DE LA GUERRA DE IRÁN

Los ataques de Estados Unidos e Israel contra Irán han desatado la mayor crisis energética de la historia por la pérdida de los suministros de gas y petróleo de la región. El golfo Pérsico representa el 30% de la producción mundial de petróleo y el 20% de la de gas natural, y por Ormuz transitaba más de la cuarta parte del comercio marítimo de petróleo y otro tanto del de gas natural licuado (GNL). Aunque menor al que siguió a la invasión rusa de Ucrania, el resultado ha sido un fuerte aumento de sus precios y del de los productos derivados: keroseno, diésel y fueloil, pero también fertilizantes, aluminio y helio. La inestabilidad en el golfo Pérsico y el cierre de Ormuz supondrán previsiblemente una reconfiguración de la geopolítica de la energía que priorizará la seguridad energética entre los países consumidores, la diversificación hacia productores menos expuestos y la aceleración de la transición energética.

La Unión Europea (UE) deberá equilibrar la diversificación de su suministro a corto plazo con ganar autonomía estratégica a medio y largo plazo, reduciendo su exposición fósil sin caer en el dominio descarbonizado chino, lo

que tiene claras implicaciones energéticas euromediterráneas.

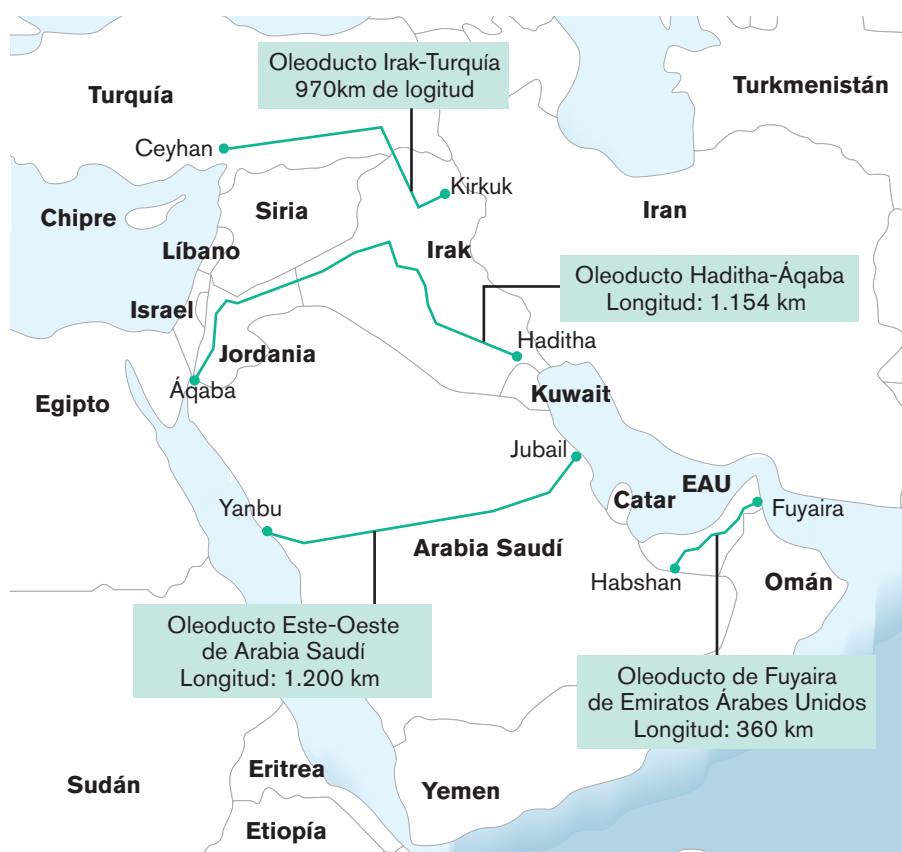
RECONFIGURACIÓN GEOPOLÍTICA

La destrucción de activos energéticos en el golfo Pérsico y el cierre de Ormuz han afectado al cálculo estratégico de los actores energéticos regionales y globales. Los productores de la región son los grandes perdedores de una guerra que, según la Agencia Internacional de la Energía (AIE), ha afectado a más de 80 infraestructuras energéticas, desde yacimientos y refinerías a terminales de exportación. Algunas requerirán entre semanas y meses para su reparación; otras, como la planta catari de GNL de Ras Laffan, pueden requerir años. A ello se suma el cierre de Ormuz, un escenario que, en el peor de los casos, se consideraba temporal (cuestión de semanas), pero que ahora sabemos que puede mantenerse durante meses. La lógica era que Irán no cerraría Ormuz porque por él transitan sus propias exportaciones de crudo e importaciones vitales para el país. Sin embargo, hasta la imposición del bloqueo estadounidense, Irán pudo

cerrarlo para los demás y mantenerlo abierto a sus exportaciones e importaciones, alterando severamente el paisaje geopolítico regional.

La capacidad iraní para cerrar Ormuz y atacar al sector energético de sus vecinos ha resultado mayor de lo estimada, infligiendo graves daños económicos a unos países extremadamente dependientes de sus exportaciones energéticas y derivadas, así como de sus importaciones de productos básicos y sus desalinizadoras. Ha expuesto así su elevada vulnerabilidad ante Irán y las escasas opciones de que disponen. A corto plazo, solo Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos (EAU) han podido redireccionar parte de sus exportaciones de crudo a través del oleoducto saudí este-oeste que desemboca en el puerto de Yanbu en el mar Rojo, cuya capacidad es de cinco millones de barriles diarios (mbd) frente los 7 mbd que Arabia Saudí exportaba antes del conflicto; y el emiratí que termina en la terminal de Fuyaira, con una capacidad de unos 2 mbd frente a los casi 3 mbd exportados antes de la guerra. Ambos son soluciones imperfectas, pues no pueden exportar productos refinados de mayor valor añadido como diésel, keroseno y

Oleoductos alternativos



fueloil, cuya escasez está generando las mayores preocupaciones de suministro global.

Tampoco han quedado exentos de los ataques de Irán, que ha atacado con misiles y drones compresores del oleoducto saudí y la terminal de Fuyaira. Además, el grueso de las exportaciones saudíes va hacia Asia, por lo que desde Yanbu deben transitar por el estrecho de Bab el Mandeb expuestas a los ataques hutíes, mientras que los petroleros que zarpan de Fuyaira afrontan los misiles y drones iraníes en el golfo de Omán. El resto de productores está en una posición aún más desventajosa. Irak ha activado el oleoducto entre Kirkuk y el puerto mediterráneo turco de Ceyhan, cuya capacidad nominal de 1,6 mbd tras años de mal mantenimiento es de apenas 300.000 barriles/día. Se suma el transporte por carretera en camiones cisterna hasta el puerto sirio de Baniyas, ruta lenta y costosa que solo puede absorber una pequeña fracción de su producción. Kuwait y Catar permanecen totalmente bloqueados, especialmente las exportaciones de GNL cataríes; solo a finales de mayo ambas

comenzaron a salir con cuentagotas por Ormuz con la aquiescencia iraní y estadounidense.

Una vez demostrada la capacidad iraní para atacar sus sectores energéticos y cerrar Ormuz, los productores del golfo Pérsico y sus clientes afrontan una gran incertidumbre. Además del aumento de la prima de riesgo geopolítico en la región, queda por ver qué régimen terminará consolidándose para el tránsito por Ormuz. Irán ha ido variando sus exigencias desde un peaje controlado gracias a un desvío del corredor marítimo hacia la costa iraní a un sistema de tasas por servicios de navegación y/o una tasa ambiental gestionada con Omán. Independientemente de que estas propuestas no sean conformes al derecho marítimo, resulta chocante la súbita preocupación medioambiental del régimen iraní, cuya pésima gestión mantiene desde hace años al país sumido en una grave crisis ambiental por su elevada contaminación y la sobreexplotación de sus recursos hídricos. Aunque esta servidumbre ya ha sido declarada inaceptable por sus vecinos afectados, Estados Unidos y la comunidad interna-

cional, la experiencia de los últimos meses muestra la dificultad para evitarla en ausencia de un acuerdo amplio; de hecho, Catar se opone a un peaje permanente pero estaría dispuesto a negociar una tasa temporal.

A largo plazo las opciones se amplían, pero siguen siendo limitadas. Saudíes y emiratíes pueden ampliar sus oleoductos; de hecho, tras salirse de la OPEP, Emiratos Árabes Unidos ya ha planificado duplicar la capacidad de su oleoducto. Irak quiere recuperar la capacidad nominal del oleoducto Kirkuk-Ceyhan y proyecta construir otro con una capacidad de 2,5 mbd entre Basra y Haditha, desde donde conectaría con los puertos mediterráneos de Ceyhan y Baniyas y el jordano de Aqaba en el mar Rojo. Todos estos proyectos seguirán siendo vulnerables a los misiles y drones iraníes, por lo que la versatilidad que ofrecen para salvar Ormuz es limitada y, en el caso iraquí, dificulta su financiación. En esta situación, es previsible que las inversiones en exploración y producción de gas y petróleo se desvíen hacia regiones con menores primas de riesgo geopolítico y menos vul-

Ganadores a corto plazo como Rusia y otros productores de gas y petróleo pueden terminar convirtiéndose en perdedores, mientras que China podría beneficiarse del despliegue de unas tecnologías descarbonizadas cuya cadena de valor domina

nerables a puntos de estrangulamiento (*choke points*) como Ormuz, tal que Estados Unidos, América Latina, el Norte de África y África Subsahariana.

La reconfiguración también vendrá de los países consumidores, que tras dos crisis fósiles en cuatro años, priorizarán su seguridad energética aún más de lo que vienen haciendo desde 2022. Para minimizar la vulnerabilidad, diversificarán sus importaciones de gas y petróleo hacia regiones con mayor estabilidad geopolítica y menos sensibles a *choke points*, al igual que los inversores. China intensificará su interdependencia con Rusia, el gran beneficiado a corto plazo, que aumentará sus exportaciones de gas y petróleo al mercado chino. Ambos avanzarán en el gasoducto Power of Siberia II para exportar gas ruso a China, proyecto que presentaba condiciones favorables para China dada la frágil posición negociadora rusa y la reticencia china a aumentar su dependencia del gas ruso. La nueva situación favorece una negociación más equilibrada para Rusia y en la reciente visita de Vladimir Putin a China el proyecto se ha ampliado con un oleoducto paralelo. Este corredor permitiría a China reducir su exposición a Oriente Medio y a un eventual cierre del estrecho de Malaca. Hasta el comienzo de la guerra, entre el 40% y el 50% de las importaciones chinas de petróleo y alrededor del 30% de las de GNL transitaban por Ormuz. Malaca añade esos porcentajes hasta representar casi el 40% de las importaciones chinas de GNL y cerca del 80% de las de petróleo.

Aunque a corto plazo varios países han sustituido el gas natural por carbón, en el medio y largo plazo parece previsible la aceleración de la descarbonización y la electrificación para reducir la exposición a las importaciones fósiles, especialmente en países sin hidrocarburos y con capacidad para

impulsar el despliegue de renovables y/o nuclear. Por ello, ganadores a corto plazo como Rusia y otros productores de gas y petróleo pueden terminar convirtiéndose en perdedores, mientras que China podría beneficiarse del despliegue de unas tecnologías descarbonizadas cuya cadena de valor domina. No obstante, las lecciones aprendidas de las dos últimas crisis energéticas no se reducen a limitar la dependencia de los combustibles fósiles; también incluyen minimizar la vulnerabilidad ante el dominio chino de las cadenas industriales descarbonizadas: placas solares, turbinas eólicas, electrolizadores para producir hidrógeno renovable, baterías, coches eléctricos, inversores eléctricos para plantas renovables y un largo etcétera.

RESPUESTAS EURO-MEDITERRÁNEAS

Tras tres meses de guerra, el precio del barril de petróleo Brent, de referencia en Europa, había aumentado más de un 40%; el precio del gas en el mercado de referencia europeo TTF, un 32%. Según la Comisión Europea esta subida costaba a la UE más de 500 millones adicionales de euros diarios, lo que a finales de mayo situaba la factura en más 40.000 millones de euros adicionales. La reciente comunicación "AccelerateEU: energía asequible y segura mediante acciones aceleradas" para responder a la crisis, recuerda que en 2025 la UE dedicó 340.000 millones de euros a importar combustibles fósiles, casi la mitad de los fondos NextGenerationEU (750.000 millones de euros). También destaca que los Estados miembros con más renovables y nuclear registran menores precios de la electricidad. Para minimizar la vulnerabilidad frente a las importaciones de gas y petróleo, la Comunicación propone acelerar el desplie-

gue de las energías autóctonas limpias, incluida la nuclear.

A corto plazo se propone coordinar las respuestas de los Estados miembros mediante unas orientaciones generales que se resumen en tres "Ts": una respuesta rápida y a tiempo (*timely*); temporal, para evitar distorsionar los incentivos a la descarbonización con ayudas de Estado o las rebajas fiscales aplicadas por varios Estados miembros a los combustibles fósiles; y enfocada (*targeted*) a los ciudadanos más necesitados y sectores más vulnerables, como agricultura, transporte o industrias intensivas en energía. La coordinación incluye compras conjuntas de gas y petróleo, liberar reservas de petróleo u optimizar la capacidad de refino, entre otras. Algunas medidas han sido criticadas por sus limitaciones, plasmadas en los modestos resultados del mecanismo de compras conjuntas de gas, rechazado además por los exportadores mediterráneos. También hay dudas sobre si optimizar las capacidades de refino: por ejemplo, España tiene una posición más holgada que otros Estados miembros y no queda claro en qué consistiría la coordinación ni si conllevaría algún mecanismo de preferencia europea; España exporta combustibles a Marruecos (es, de hecho, la primera partida de exportación a su vecino), por lo que una intervención podría afectar a su suministro.

El segundo bloque de propuestas persigue acelerar la descarbonización y la electrificación a medio y largo plazo para reducir la vulnerabilidad ante nuevos choques fósiles. El Pacto Industrial Limpio y el Plan de Acción para la Energía Asequible ya contemplaban un objetivo del 32% en la tasa de electrificación para 2030 (hoy un 23%), pero AccelerateEU propone fijar un objetivo más ambicioso. También propone fomentar las bombas de calor y la electrificación del transporte, el biogás, el biometano y el hidrógeno renovable, incluyendo los combustibles sostenibles para la aviación (eSAF) y marítimos (eSMF). Para mejorar el sistema energético europeo se apuesta por acelerar la Iniciativa de Autopistas Energéticas y permitir así una mayor interconexión europea capaz de integrar más renovables. La iniciativa incluye proyectos en el Mediterráneo como las interconexiones eléctricas con la península Ibérica, el corredor sudoeste de hidrógeno que la conectará con Alemania y está previsto extender hasta

Marruecos el corredor sur de hidrógeno Túnez-Italia-Alemania, la interconexión eléctrica de Chipre que se prevé extender hasta Egipto e Israel, y un gasoducto para conectar los Balcanes.

El reto a medio y largo plazo para la UE es avanzar en la transición energética sin profundizar la dependencia frente a China en las cadenas industriales descarbonizadas. La Net Zero Industry Act (NZIA) introdujo criterios de contenido local para las renovables y fijó un objetivo del 40% para 2030. La Comisión acaba de publicar la Ley de Aceleración Industrial que introduce requisitos "made in Europe" para la contratación y las ayudas públicas en sectores estratégicos, incluyendo las tecnologías descarbonizadas. Para promover la transferencia de tecnología y la creación de empleo se introducen condiciones a las inversiones extranjeras en baterías, vehículos eléctricos, placas fotovoltaicas y materias primas fundamentales. Es previsible que, en el actual contexto de preocupación por la seguridad energética, se acentúe esta tendencia, como ya apuntan los recientes movimientos de la Comisión y de varios Estados miembros para frenar la vulnerabilidad ante China.

En la ribera sur del Mediterráneo, la factura está siendo igualmente onerosa para importadores de gas y petróleo como Egipto, Jordania, Marruecos o Turquía. Egipto, que arrastra su propia crisis energética, ha anticipado el cierre diario de las administraciones, limitado la iluminación comercial y pública, aprobado un día de teletrabajo para los funcionarios y reducido sus viajes, y promovido el transporte público. Jordania ha prohibido el uso de aire acondicionado en oficinas públicas y los viajes internacionales a funcionarios, limitando el uso de vehículos oficiales. Marruecos ha recurrido al carbón, congelado los precios de electricidad y butano, apoyado al sector del transporte y persuadido a los operadores petrolíferos para que los precios del diésel no superen el umbral psicológico de los 15 dirhams (1,4€). Turquía ha bajado impuestos a los combustibles y cerrado nuevos contratos de GNL con Estados Unidos. Todos ellos han reforzado su apuesta por las renovables y por su integración en el espacio energético europeo.

En paralelo, la subida de precios y la diversificación en busca de nuevos suministros está beneficiando a Argelia, Israel y Libia. Libia ha otorgado sus

El reto a medio y largo plazo para la Unión Europea es avanzar en la transición energética sin profundizar la dependencia frente a China en las cadenas industriales descarbonizadas

primeras concesiones de exploración y producción en 20 años concediendo bloques a Eni y Repsol, y Argelia acaba de convocar una nueva ronda de licitaciones. También puede favorecer a Egipto y Turquía, que esperan que esta reconfiguración geopolítica les ayude a acelerar el desarrollo de sus recursos de gas y, en el caso de Chipre, permitir finalmente su explotación.

Por último, la crisis tiene implicaciones para las relaciones energéticas euromediterráneas, uno de los ejes del reciente Pacto por el Mediterráneo de 2025, con el que la UE buscaba revitalizar unas relaciones languidecientes. Una de las críticas (incluyendo a este autor) es que, siendo bienvenido el énfasis en las renovables y que éstas se dediquen prioritariamente a la descarbonización de los socios mediterráneos y no a la exportación a la UE, el Pacto ni siquiera mencionaba las oportunidades para diversificar los suministros europeos de gas y petróleo. Por ejemplo, la cooperación euromediterránea podría financiar inversiones que redujeran las elevadas emisiones de metano de Argelia y Libia, permitiendo a ambos tanto recuperar el gas que ahora ventean o queman como un acceso ventajoso a los mercados europeos bajo la normativa sobre metano (más o menos rebajada) que penaliza a los grandes emisores. También debería considerarse la petición marroquí para aumentar los envíos por el Gasoducto Magreb-Europa, que funciona en flujo reverso desde el cierre del tramo argelino enviando desde España el GNL adquirido por Marruecos en los mercados internacionales.

Las implicaciones euromediterráneas se extienden a la descarbonización y la electrificación. Una de las medidas destacadas del Pacto por el Mediterráneo es una Plataforma de Inversión T-MED para desarrollar una cartera de proyectos renovables y de hidrógeno, redes transmediterráneas y domésticas

relacionadas con Proyectos de Interés Mutuo (PIM), así como la producción de tecnologías limpias. Los PIM incluyen el interconector ELMED Sicilia-Túnez y el GREGY Egipto-Grecia, pero sería previsible que Argelia insistiera en una conexión eléctrica con España; y Marruecos en la construcción de la tercera interconexión eléctrica ya planificada con España y en empezar a planificar una cuarta ya solicitada. El Pacto propone además impulsar la colaboración industrial en tecnologías limpias para fomentar alianzas industriales euro-mediterráneas en energía solar y eólica, hidrógeno renovable y electrolizadores, tecnologías de red y de almacenamiento, bombas de calor y eficiencia energética, incluyendo fertilizantes y acero bajos en carbono y minerales críticos.

También propone facilitar las oportunidades de coinversión sobre minerales estratégicos y negociar acuerdos contractuales a largo plazo, pues algunos socios mediterráneos cuentan con reservas relevantes: zinc, oro, litio y selenio en Argelia; oro, plata, cobre, zinc, litio y tierras raras en Egipto; y cobalto, cobre, manganeso, litio, plata, tierras raras y zinc en Marruecos. La consideración de los componentes y materiales estratégicos de los socios mediterráneos con acuerdos de libre comercio operativos con la UE como contenido local europeo podría evitar la fragmentación euromediterránea que implican el 40% de contenido local del NZIA y el 10% de minería y el 40% del refinado europeos establecidos en el Reglamento de Materias Primas Críticas. Todos estos elementos han ganado en urgencia e importancia para permitir al espacio euromediterráneo posicionarse de manera ventajosa en la reconfiguración geopolítica de la energía ocasionada por la guerra en Irán y mitigar los riesgos del dominio descarbonizado por parte de China./

La crisis del golfo Pérsico y el hecho de que el estrecho de Ormuz ya no sea libre nos recuerdan que la agricultura y la alimentación son una cuestión de poder, estabilidad, soberanía y paz.

Sébastien Abis es director del Club DEMETER, investigador asociado en el IRIS, docente, columnista y autor.

DEL GOLFO PÉRSICO AL DESAFÍO ALIMENTARIO GLOBALIZADO

La guerra entre Irán, Israel y Estados Unidos no es una ruptura aislada, sino que se inscribe en una trayectoria de largo recorrido marcada por la acumulación de tensiones, conflictos no resueltos y la falta de soluciones duraderas. En este Oriente Medio dividido, fragmentado y a menudo desgarrado, las crisis se suman desde hace décadas sin llegar nunca a cerrarse del todo. En el mejor de los casos, se decreta un alto el fuego. En el peor, se lanzan bombas, se destruyen sociedades y se siembran las iras del mañana. El subdesarrollo, las desigualdades, las fracturas territoriales y las vulnerabilidades sociales ganan terreno en la mayoría de los países de la región. La paz se ha convertido en un deseo vano en un contexto donde no existe la confianza y donde la rivalidad se manifiesta con fuerza.

El espectacular auge económico de las monarquías del Golfo había hecho creer en la emergencia de oasis de estabilidad, prosperidad y proyección internacional, pero los acontecimientos actuales cambian la perspectiva. Los ataques selectivos de Teherán, las perturbaciones marítimas y la destrucción de infraestructuras energéticas ponen de manifiesto de forma contundente las vulnerabilidades de estos Estados.

Irán no puede librar una guerra frontal, simétrica y duradera frente a Israel y Estados Unidos, por lo tanto, desplaza el cursor del conflicto hacia dos terrenos complementarios: la extensión geográfica de la crisis y su ampliación económica. En un mundo interdependiente, la inestabilidad de Oriente Medio nunca puede limitarse al ámbito local, se vuelve sistémica, tanto en el espacio como en el tiempo. Esta crisis se propaga a través de los estrechos, los mercados, los puertos, los oleoductos y la actitud cada vez menos cooperativa de los actores, tanto de las naciones como de los operadores privados.

En este contexto, constatamos que los problemas alimentarios se mundializan. No es que hayan sido menores desde el principio de este siglo —al contrario—, sino que lo que cambia actualmente es que también emergen fragilidades en las potencias agrícolas y en los países donde la comida no falta. El riesgo alimentario ya no se limita a la escasez de productos básicos, ahora depende de la volatilidad de los precios, la dependencia de los fertilizantes, las rupturas logísticas, las crisis energéticas, las sequías cada vez más intensas, las restricciones comerciales y la inquietud de los Estados.

ORMUZ Y LOS FERTILIZANTES HACIA EL MUNDO

El estrecho de Ormuz concentra esta realidad. A menudo se le menciona como un grifo petrolero, es cierto, pero ahora, insuficiente. Por este paso marítimo transitan alrededor de 20 millones de barriles de petróleo al día, es decir, casi un tercio del comercio marítimo mundial de crudo. Sin embargo, Ormuz es también gas natural licuado, gas de petróleo licuado, productos refinados, fertilizantes nitrogenados, urea y amoníaco. Dicho de otro modo, no es solo la energía del mundo lo que circula por allí, son también las condiciones materiales de la agricultura contemporánea.

La crisis actual demuestra que la agricultura y la agroindustria nunca están muy lejos de los hidrocarburos. Se necesita petróleo para transportar, mecanizar, regar, transformar y refrigerar. Se necesitan barcos para transportar los cereales, las oleaginosas, los insumos y los productos alimentarios. La seguridad alimentaria mundial se basa, por tanto, en una ecuación mucho más amplia que la mera producción agrícola y sus factores geográficos (clima, recursos, etc.). Depende también de la energía, de los pasos marítimos, de las finanzas, de la



Un agricultor esparce fertilizante en su arrozal a las afueras de Srinagar, en Jammu y Cachemira, el 14 de junio de 2026. Con el bloqueo de Ormuz, la crisis de los fertilizantes afecta a Asia y a países que producen sus abonos a partir de gas importado del Golfo, como Pakistán, Bangladés o India./NAZIR/NURPHOTO VÍA GETTY IMAGES

ciencia, de la innovación y de las políticas desplegadas por los Estados. La crisis actual en el golfo Pérsico produce efectos mucho más allá de la región. Esto es ya así por lo que respecta al precio de la energía y al comercio internacional, y lo será también cada vez más en el ámbito de la alimentación mundial debido a sus efectos económicos, logísticos y sociales.

La cuestión de los fertilizantes es probablemente una de las más sensibles. La crisis ya ha encarecido el precio medio de los abonos en torno a un 30% (y hasta un 40% en el caso de los nitrogenados). Se necesita gas para fabricar los fertilizantes nitrogenados, esos nutrientes que permitieron en el siglo XX aumentar significativamente los rendimientos agrícolas y responder así al desafío del crecimiento demográfico. El gas representa alrededor del 80% del coste de producción del amoníaco; cuando el precio del gas se duplica, los costes de fabricación de los fertilizantes aumentan casi automáticamente. Los países más vulnerables son aquellos que suman a la dependencia de las importaciones de fertilizantes, los bajos márgenes agrícolas y el escaso poder adquisitivo de los agricultores, un calendario de siembra ajustado y una inseguridad alimentaria ya elevada en

esas naciones. En África, la vigilancia se centra, por tanto, en el Sahel, el Cuerno de África, África Oriental y el África austral. No obstante, todo el continente está afectado: en los últimos años ha importado, de media, el 17% de sus fertilizantes del Golfo y el 25% de sus abonos nitrogenados. En esta crisis, Marruecos se vuelve aún más estratégico, ya que es uno de los grandes polos mundiales de fosfatos y fertilizantes fosfatados, con el Grupo OCP (antigua Office chérifien des phosphates) como actor central. Esto no significa que Marruecos sustituya al golfo Pérsico en lo que respecta al nitrógeno, pero se está convirtiendo cada vez más en un eje fundamental para la seguridad del suministro de fertilizantes, especialmente para África. No obstante, se ve afectado por la escasez de azufre —del cual entre el 40% y el 50% sale del golfo Pérsico—, que es necesario para elaborar soluciones fosfatadas solubles.

Esta crisis de los fertilizantes (disponibilidad de volumen y encarecimiento de precios) ya había comenzado con la invasión a gran escala de Ucrania en 2022 por parte de Rusia, que también es un gigante mundial de los fertilizantes nitrogenados y del potasio. Debemos insistir en un punto: los países ricos pagan más

caros sus fertilizantes; los países pobres producen menos. Esa es la diferencia entre una crisis de costes y una crisis de seguridad alimentaria. En la Unión Europea (UE), los agricultores se encuentran en una situación de infra-capacidad financiera y muchos de ellos están aplicando menos fertilizantes, lo que podría provocar menores rendimientos en 2026 y, sobre todo, en 2027. En la UE la brecha entre los costes de producción de los agricultores y los ingresos que obtienen de los mercados se está ampliando. Por ello, la Comisión Europea ha decidido intervenir en el ámbito de los fertilizantes para intentar limitar las repercusiones, a pesar de que el Mecanismo de Ajuste en Frontera por Carbono (MAFC), que afecta a los fertilizantes, supone un factor adicional a las tensiones de precios que sufren los agricultores para fertilizar los suelos y las plantas.

Con el bloqueo de Ormuz, la crisis de los fertilizantes afecta ahora a Asia y a países que producen sus abonos a partir de gas importado del Golfo, como Pakistán, Bangladesh o India. De hecho, el primer ministro, Narendra Modi, presta especial atención a esta cuestión, ya que la agricultura y la seguridad alimentaria son pilares fundamentales en

La paradoja del golfo Pérsico es sorprendente: concentra una parte importante de las reservas mundiales de petróleo y gas, pero sigue dependiendo estructuralmente del exterior para su alimentación

India. Otros países están restringiendo sus exportaciones de fertilizantes para proteger su mercado interno, como ya ha hecho China. Esta geopolítica de los fertilizantes es esencial porque condiciona las cosechas. Menos fertilizantes, o fertilizantes demasiado caros, implican decisiones difíciles para los agricultores, rendimientos potencialmente más bajos y precios alimentarios más altos. Se traduce en Estados más preocupados y, por tanto, más propensos a acumular reservas en detrimento de los mercados. Y, a veces, son sociedades más frágiles, porque la inflación alimentaria no es bien recibida por unos consumidores cuyo gasto más cotidiano es la alimentación. Es, por tanto, el indicador más claro de un poder adquisitivo limitado o reducido.

ORMUZ Y LOS ALIMENTOS HACIA EL GOLFO PÉRSICO

La paradoja del golfo Pérsico es sorprendente. Esta región concentra una parte considerable de las reservas mundiales de petróleo y gas, pero sigue siendo estructuralmente dependiente del exterior para su alimentación. Los países del Golfo importan una parte mayoritaria de sus necesidades alimentarias: el 90% en el caso de Baréin, el 80% en Kuwait, el 70% en Irak, Catar y Omán, y el 60% en Arabia Saudí y EAU. Cabe señalar que ese porcentaje es mucho menor en Irán, alrededor del 25%, debido a que su territorio es más extenso y predominantemente agrícola, aun cuando el agotamiento de las capas freáticas bajo Irán constituye una inmensa bomba de relojería geopolítica para el futuro. La escasez de agua en Irán, que ya ha sido el centro de las protestas populares en los últimos meses en el país, será un desafío fundamental en los próximos años.

La dependencia alimentaria de las monarquías del Golfo es de carácter geográfico, climático e hídrico. Los suelos cultivables son raros y el agua escasea terriblemente. La aridez aumenta, las ciudades crecen en los litorales o en

medio de los desiertos, la población consume cada vez más y los turistas acuden en masa. Las monarquías del Golfo han construido una potencia financiera y logística impresionante, pero su seguridad alimentaria sigue dependiendo de los flujos externos. El 15% de las compras de arroz en el mundo las realizan los países ribereños del golfo Pérsico. En cuanto a las aves de corral, las cantidades importadas tampoco dejan de crecer para responder a los nuevos consumos regionales. En la media anual de 2023-2025, estos países concentraron la compra de 2,2 millones de toneladas de aves, es decir, el 17% del abastecimiento del planeta! Concretamente, ierca de mil millones de pollos (congelados) transitan cada año en barco por Ormuz! La mayoría de ellos son de origen brasileño. Cada año, entran también en el golfo Pérsico entre 15 y 20 millones de toneladas de grano. Brasil envía maíz y soja, mientras que Rusia y Australia envían trigo. Los países de la región incrementaron, además, sus compras durante el invierno de 2025-2026 con volúmenes dos veces superiores a la media, con el fin de reforzar sus reservas de cereales. Sin embargo, estas reservas generalmente solo cubren de tres a cuatro meses de consumo.

La seguridad alimentaria de la región depende, pues, de una ecuación frágil: dinero, puertos abiertos, rutas seguras, proveedores fiables y existencias suficientes. Si uno de estos parámetros logísticos se desajusta, aparece la vulnerabilidad. Cuando Ormuz se bloquea, también es un problema en el sentido de las entradas hacia el golfo Pérsico, cuyo sustento diario está ligado a la posibilidad de atravesar sin dificultad este estrecho marítimo minúsculo (Ormuz solo representa el 0,1% del océano mundial).

A esta dependencia alimentaria hay que añadir una dependencia hídrica aún más decisiva. Los países del Golfo concentran alrededor del 50% de la capacidad mundial de desalinización, de la cual el 25% corresponde solo a Arabia Saudí. Cerca de 100 millones

de personas dependen directamente de esta agua desalinizada para disponer del producto alimenticio más consumido del mundo con diferencia: el agua potable. En esta región, el petróleo genera la riqueza, pero el agua hace posible la vida. Esta fórmula resume una de las grandes contradicciones del Golfo: los hidrocarburos permiten financiar las importaciones de alimentos, las infraestructuras, las ciudades, los puertos y las tecnologías, pero sin agua, nada se sostiene. Ahora bien, esta agua depende a su vez de infraestructuras energéticas, litorales e industriales vulnerables. Una marea negra, el ataque a una planta de desalinización, una interrupción energética grave o un bloqueo marítimo prolongado podrían tener consecuencias humanas considerables. En una región tan desértica, actuar contra el agua equivaldría a atacar directamente a la población. Riesgos hídricos y escasez alimentaria: este conflicto puede convertirse en una crisis de subsistencia para todos los países del golfo Pérsico.

ORMUZ, ESPEJO DEL DOBLE TICTAC GEOPOLÍTICO Y CLIMÁTICO

La crisis del Golfo se produce en un mundo en el que la estructura de la oferta alimentaria ya está debilitada por evoluciones geopolíticas y climáticas preocupantes. Como analicé en un reciente ensayo prospectivo, traducido al español y publicado por la editorial de la Fundación Cajamar (*¿Queremos alimentar al mundo? Escalar el Everest alimentario en 2050*), la agricultura es más estratégica que nunca en este siglo de vértigo porque debe responder a desafíos de seguridad, sostenibilidad y salud. Ahora bien, para hacer frente a tal desafío, se enfrenta a dos desajustes.

El primero es geopolítico. Desde el Covid-19, hemos entrado en esta "era de los hipopótamos", feroces, veloces y polígamos. Les relaciones internacionales e intersociales se endurecen, los acontecimientos se encadenan y se aceleran cada vez más, y las alianzas y la solidaridad se desmoronan en beneficio de estrategias pragmáticas y transaccionales. Es evidente que el derecho, el multilateralismo y la cooperación están en declive. Y cuando los recursos escasos –como el agua, las tierras cultivables, los fertilizantes minerales o las energías– se enmarcan en un contexto geoestratégico de tensiones permanentes, ya no basta

con pagar para obtenerlos. Es necesario desarrollar un enfoque geopolítico mucho más amplio, ya que las interdependencias pueden ser instrumentalizadas como armas por ciertos actores.

El segundo desajuste es el climático. Esta ecuación es bien conocida –sabiendo además que se prevé que un fenómeno de super-El Niño adquiera más intensidad de lo habitual en los próximos meses–, pero cabe señalar que en los próximos años los episodios extremos se van a intensificar (olas de calor, sequías, precipitaciones intensas, estrés hídrico, empobrecimiento de los suelos); que los riesgos sanitarios aumentarán para plantas, animales y ecosistemas naturales, y que la capacidad de adaptación al calentamiento será muy dispar según los países y según los medios financieros y tecnológicos que unos pondrán en marcha y otros no tendrán. Producir en el futuro en la agricultura no será imposible, pero sí más difícil en todas partes. Producir con regularidad será arduo. Producir la misma cantidad podría no ser posible en ciertas zonas del planeta.

Es este conjunto incierto e imprevisible el que transforma la situación, porque la inestabilidad productiva en la agricultura es perjudicial para los agricultores, para los países y los consumidores. La volatilidad de los precios puede ir acompañada de escasez de disponibilidad de los productos en los mercados, sobre todo si persiste el contexto geopolítico descrito anteriormente, ya que todo el mundo se concentrará en proteger sus necesidades internas. La soberanía alimentaria no será solidaria, será solitaria. Por lo tanto, al contrario de lo que a veces se ha podido oír, el desafío alimentario del siglo XXI no será solo cualitativo, seguirá siendo también cuantitativo y productivo, al tiempo que deberá lidiar con la transición ecológica y la reducción de la huella ambiental de esta actividad... vital. ¿Debemos descarbonizarla íntegramente o, más bien, jerarquizar en el futuro las emisiones de CO₂, distinguiendo entre las que responden a necesidades indispensables y las vinculadas a actividades menos útiles?

EN PERSPECTIVA

Desde hace varias décadas, la humanidad ha producido mucho, demasiado, y sin un reparto equitativo de los recursos. Es cierto, pero los rendimientos han aumentado, la investigación científica ha transformado la agricultura, los intercambios

Cuando los recursos escasos —agua, tierras cultivables, fertilizantes minerales o energía— se enmarcan en un contexto geoestratégico de tensiones permanentes, ya no basta con pagar para obtenerlos. Es necesario desarrollar un enfoque geopolítico mucho más amplio

han crecido y la seguridad alimentaria ha mejorado, aunque siga siendo fuente de clamorosas disparidades y casi mil millones de personas en el mundo pasen hambre. Sin embargo, este éxito se construyó sobre dinámicas colectivas que ahora tienden a difuminarse: energías disponibles, avances tecnológicos, rutas comerciales abiertas y ampliadas, e intercambio de experiencias entre las naciones y los operadores del sector.

Estas condiciones se están deteriorando ante nuestros ojos, igual que estos flujos marítimos, que podrían dejar de ser tan fluidos como antes. Ahora bien, el 80% del comercio agrícola y alimentario mundial se realiza por mar. Este comercio se ha cuadruplicado en volumen desde el inicio del siglo XXI, ya que se acentúan las diferencias entre la oferta agrícola y la demanda en regiones donde el continuo crecimiento demográfico mantiene la presión sobre el volumen de alimentos que se deben suministrar. A esto se añade la calidad y la diversidad, demandadas en todas partes, especialmente por esos miles de millones de habitantes urbanos que son cada vez más dependientes de quienes los alimentan desde regiones rurales lejanas y no siempre valoradas. Esta situación refleja una realidad simple: el mundo come gracias a los intercambios. Los países no producen todo lo que consumen. Las dietas se diversifican. Las ciudades crecen. Las clases medias progresan... Las producciones rurales siguen siendo esenciales y las dependencias cruzadas se multiplican.

La guerra en el golfo Pérsico y el hecho de que el estrecho de Ormuz ya no sea libre se inscriben en un escenario global donde la problemática geopolítica agrícola y alimentaria está cambiando poco a poco. La cuestión ya no es únicamente: "¿Cuánto podemos producir?", sino que pasa a ser: "¿Podemos producir con regularidad?" y "¿Quién tendrá la capacidad de venderme lo que busco?". Un país que produce mucho pero de ma-

nera inestable inquieta a los mercados. Un país que depende demasiado de las importaciones se inquieta a sí mismo. Un país que sufre una inflación alimentaria duradera ve amenazada su cohesión social. Un país que no controla ni sus fertilizantes, ni su agua, ni sus rutas logísticas pierde parte de su soberanía. La globalización alimentaria no ha desaparecido; se está reconfigurando y se vuelve más inestable. Demuestra que las interdependencias económicas ya no impiden las rivalidades geopolíticas. La seguridad alimentaria nunca está garantizada: debe ser pensada, construida y asegurada todos los días, con más razón en un mundo donde los choques son más frecuentes.

Para la región de Oriente Medio, los países del Mediterráneo, también para la UE y su futuro, ocurre lo mismo que en el resto del planeta: la alimentación no puede esperar. La agricultura es clave para el futuro, sobre todo cuando va a tener que proporcionar la biomasa necesaria para salir de un modelo basado exclusivamente en los hidrocarburos. ¡Menos petróleo significa más agricultura! Y, por lo tanto, también en este caso, cada país tomará decisiones respecto a estas transiciones: o bien apuesta por la agricultura para reforzar su autonomía estratégica, alimentaria y energética, o bien margina esta actividad (o no puede desarrollarla por falta de condiciones geográficas o políticas favorables) y ese país quedará entonces en manos del resto del mundo.

La crisis del golfo Pérsico nos recuerda que la agricultura y la alimentación son cuestiones de poder, estabilidad, soberanía y paz. Para reducir los riesgos futuros, será necesario producir con constancia, transportar con seguridad, fertilizar con discernimiento, irrigar con prudencia, comerciar con confianza y cooperar a pesar de las rivalidades. Este es, tal vez, uno de los mayores desafíos del siglo: en un mundo que se fragmenta, mantener lo esencial. Es decir, la agricultura y la alimentación./



Diálogos



**72 EL PRECIO DE LA ESTABILIDAD:
LA GUERRA Y EL FUTURO
DEL PODER BLANDO DEL GOLFO**
Giuseppe Dentice

**76 DEPORTE EN EL GOLFO,
¿UNA POTENCIA BASADA EN LA CIRCULACIÓN
HOY AMENAZADA?**
Raphaël Le Magoariec

80 LAS MAREAS DE LA RESILIENCIA
Rebecca Anne Proctor

La guerra está obligando a los países del Golfo a replantear sus estrategias de influencia. El reto no es preservar el poder blando, sino adaptarlo a un entorno regional profundamente transformado.

Giuseppe Dentice es analista del Observatorio sobre el Mediterráneo (OsMed), Instituto de Estudios Políticos “S. Pío V”.

EL PRECIO DE LA ESTABILIDAD: LA GUERRA Y EL FUTURO DEL PODER BLANDO DEL GOLFO

Durante las últimas dos décadas, las monarquías del golfo Pérsico han invertido enormes recursos en la construcción de una proyección internacional basada no solo en el poder económico derivado de los hidrocarburos, sino también en su capacidad de atracción a través del turismo, la cultura, la educación, el deporte y las inversiones. Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos (EAU) y Catar han desarrollado progresivamente sofisticadas estrategias de poder blando (*soft power*) destinadas a fortalecer su imagen internacional, atraer capital y talento, diversificar sus economías nacionales y consolidar su peso geopolítico.

La apertura de grandes museos, la organización de eventos deportivos internacionales, la creación de centros universitarios de alcance global y la expansión de los fondos soberanos en el exterior han convertido al Golfo en uno de los principales laboratorios mundiales de “marca país” (*nation branding*). EAU fue pionero en este campo: Dubái y Abu Dabi se han transformado en centros neurálgicos del comercio, las finanzas y la logística global; Doha ha utilizado con éxito la diplomacia deportiva y cultural, culminando con la organización de la Copa Mundial de la FIFA 2022; mientras que Riad, a través de “Visión 2030”, ha puesto en marcha un ambicioso programa de transformación económica y social destinado a redefinir el papel del Reino en el sistema internacional, apoyándose en el turismo, el entretenimiento y la innovación como instrumentos de representación del nuevo poder blando saudí.

Sin embargo, la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán constituye la prueba más importante para

este modelo. El conflicto ha puesto de manifiesto una contradicción fundamental: el prestigio y la influencia acumulados mediante el poder blando no se han traducido en una capacidad equivalente para controlar la evolución estratégica de la región. Las monarquías del golfo Pérsico han intentado favorecer la desescalada y contener el conflicto, pero no han logrado ni impedir su expansión ni evitar que infraestructuras críticas situadas en sus territorios se volvieran vulnerables a las tensiones regionales.

LA GUERRA COMO PRUEBA DECISIVA DEL PODER BLANDO DEL GOLFO PÉRSICO

La guerra ha puesto en evidencia los límites estructurales del poder blando. El turismo, las inversiones y la diplomacia cultural pueden aumentar el prestigio y la influencia, pero no sustituyen la capacidad de garantizar la seguridad en un entorno regional caracterizado por una creciente militarización y una competencia estratégica. El conflicto ha demostrado que el poder blando puede amplificar la relevancia internacional de un Estado, pero no puede reemplazar al poder duro (*hard power*) ni garantizar una verdadera autonomía estratégica en una región que sigue estando dominada por dinámicas de disuasión, confrontación militar y rivalidad geopolítica.

Al mismo tiempo, la guerra ha revelado una segunda vulnerabilidad, menos visible pero igualmente significativa. En los últimos años, los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) han invertido masivamente

en ciudades inteligentes, infraestructuras digitales, plataformas logísticas integradas, inteligencia artificial y sistemas energéticos avanzados. Sin embargo, esta creciente sofisticación tecnológica ha ampliado también la exposición de la región a los conflictos híbridos. Los ataques contra infraestructuras energéticas, redes digitales, puertos y corredores logísticos han demostrado hasta qué punto la seguridad económica y la seguridad estratégica están hoy profundamente entrelazadas. Proyectos emblemáticos de la transformación regional –desde NEOM hasta los corredores logísticos emiratíes y las plataformas digitales catariés– dependen de la continuidad energética, de sistemas avanzados de ciberseguridad y de la estabilidad geopolítica.

La guerra ha obligado, por tanto, a una profunda revisión de las estrategias de transformación económica impulsadas por las monarquías del Golfo. Si antes del conflicto, el poder blando estaba asociado principalmente a la capacidad de atraer visitantes, inversores, estudiantes y grandes eventos internacionales, en el período de posguerra podría estar cada vez más vinculado a la capacidad de garantizar estabilidad, financiar la reconstrucción regional y contribuir a la definición de nuevos marcos de seguridad en Oriente Medio.

En este contexto, los efectos de la guerra sobre el poder blando del CCG resultan especialmente visibles en tres ámbitos estratégicos: turismo, educación superior internacional e inversiones en el exterior.

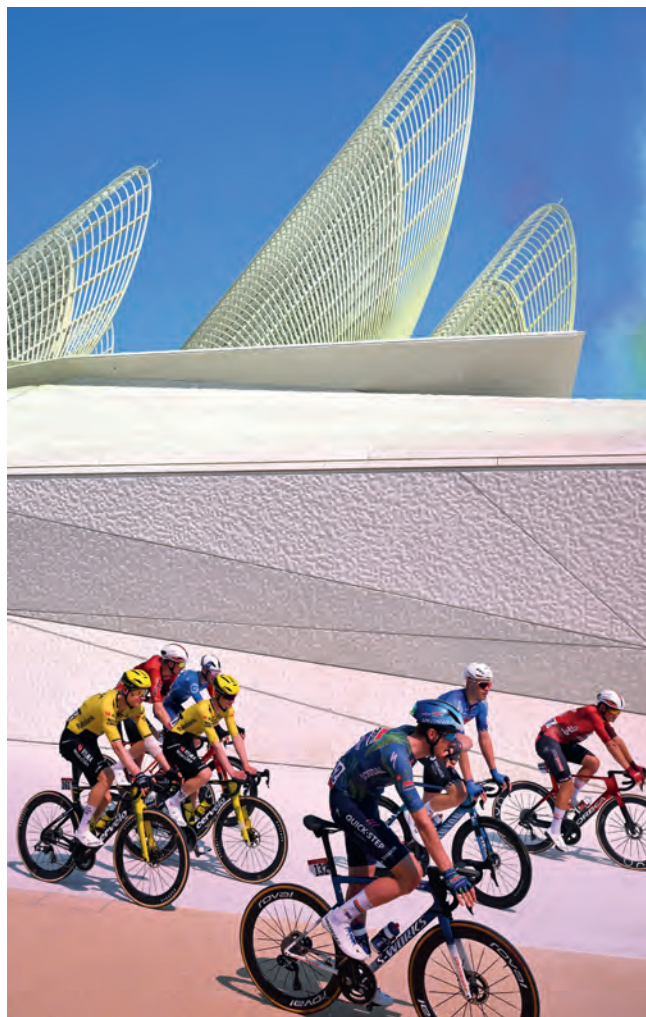
TURISMO: EL DESAFÍO DE LA SEGURIDAD REPUTACIONAL

Entre todas las herramientas de poder blando desarrolladas por las monarquías del golfo Pérsico, el turismo es probablemente el más expuesto a los efectos de la guerra. En los últimos años, EAU y Arabia Saudí han invertido cientos de miles de millones de dólares para convertirse en destinos mundiales, apoyándose en infraestructuras avanzadas, seguridad, conectividad internacional y servicios de alta calidad.

La estrategia turística del Golfo se basa en la capacidad de presentar la región como una excepción positiva frente a la inestabilidad que caracteriza otras zonas de Oriente Medio. Dubái, Abu Dabi, Doha y, cada vez más, Riad han sido promocionadas como ciudades globales seguras, modernas y abiertas a la inversión y al turismo internacional.

No obstante, la guerra amenaza con socavar este supuesto fundamental. Aunque los principales centros turísticos del Golfo no estén directamente implicados, el conflicto alimenta una percepción internacional que tiende a considerar Oriente Medio como un único espacio geopolítico, influyendo negativamente en las decisiones de viajeros y operadores del sector.

La vulnerabilidad demostrada por determinadas infraestructuras estratégicas ha suscitado además dudas sobre la capacidad de las monarquías del Golfo para preservar la imagen de seguridad que ha sido uno de los pilares de su éxito turístico. En otras palabras, la guerra no afecta únicamente al turismo a través de riesgos concretos, sino también mediante un significativo daño reputacional.



Vista general del pelotón cerca del Museo Guggenheim de Abu Dabi durante el UAE Tour 2026. Abu Dabi, febrero de 2026./TIM DE WAELE/GETTY IMAGES

Esto tiene igualmente un impacto en la sostenibilidad económica de los grandes proyectos de transformación urbana. Iniciativas como NEOM, el Red Sea Project, Qiddiya o Diriyah representan mucho más que simples destinos turísticos: constituyen el núcleo simbólico de las estrategias saudíes de marca país. Estos proyectos requieren inversión internacional, capacidades tecnológicas y confianza por parte de los mercados globales. La inestabilidad regional, por el contrario, incrementa la percepción de riesgo, genera mayor cautela financiera y eleva los costes de desarrollo.

En este contexto, el mar Rojo adquiere una relevancia particular. Más allá de su papel como corredor estratégico para el comercio y la energía, este espacio marítimo constituye uno de los pilares de la estrategia turística saudí. Buena parte de los proyectos asociados a la "Visión 2030", especialmente el Red Sea Project y otras iniciativas de desarrollo de la costa occidental del Reino, dependen estrechamente de la estabilidad y seguridad de esta zona. Sin embargo, las tensiones derivadas del conflicto en Yemen y las acciones de los rebeldes hutíes contra el tráfico marítimo internacional han aumentado significativamente la percepción de riesgo. Los ataques contra buques comerciales y las amenazas

a las rutas de navegación han generado incertidumbre entre inversores y operadores turísticos, ralentizando algunos proyectos vinculados al desarrollo turístico saudí. La inestabilidad del mar Rojo demuestra así que el éxito de la estrategia turística del Reino depende tanto de la calidad de las infraestructuras como de la capacidad de garantizar la seguridad de uno de los espacios marítimos más estratégicos del mundo.

La creciente inseguridad en el mar Rojo pone además de manifiesto una realidad más amplia: la transformación económica del Golfo está cada vez más condicionada por factores geopolíticos. Los grandes proyectos turísticos saudíes necesitan no solo atraer visitantes, sino también garantizar cadenas logísticas eficientes, conexiones marítimas seguras y un entorno regional estable. La seguridad marítima se convierte así en un componente esencial del propio poder blando saudí.

Sin embargo, la guerra también podría producir efectos paradójicos. En una región marcada por una creciente inestabilidad, ciudades como Dubái y Abu Dabi podrían reforzar aún más su imagen como refugios seguros para el turismo, los negocios y la residencia internacional. Cuanto más incierto parezca el entorno regional, más podría beneficiarse Emiratos de su consolidada reputación de eficiencia, resiliencia y estabilidad.

A largo plazo, la sostenibilidad del crecimiento turístico dependerá de la capacidad de las monarquías del Golfo para pasar de ser simples destinos atractivos a convertirse en protagonistas de la estabilización regional. Si logran presentarse como actores indispensables para la reconstrucción y la paz en Oriente Medio, el turismo podría convertirse no solo en una fuente de ingresos, sino también en una herramienta de legitimación geopolítica.

UNIVERSIDADES INTERNACIONALES Y DIPLOMACIA DEL CONOCIMIENTO

La educación superior constituye uno de los ámbitos en los que el golfo Pérsico ha invertido con mayor intensidad para reforzar su influencia internacional. Campus de universidades occidentales, centros de investigación, programas de innovación e iniciativas destinadas a atraer estudiantes extranjeros han sido concebidos como instrumentos de integración en las redes globales del conocimiento.

Esta estrategia responde a un doble objetivo: apoyar la transición hacia economías basadas en el conocimiento y fortalecer el prestigio internacional de las monarquías del Golfo mediante la formación de las futuras élites globales.

También en este ámbito la guerra introduce nuevos desafíos. Estudiantes, investigadores y profesores internacionales suelen considerar la estabilidad política y la seguridad entre los principales criterios a la hora de elegir un destino académico. Un aumento de las tensiones regionales podría reducir el atractivo del Golfo para parte de la comunidad académica internacional.

Asimismo, la creciente polarización política asociada a los conflictos de Oriente Medio podría generar presiones sobre las asociaciones académicas entre

instituciones del Golfo y universidades occidentales, sometiendo a un escrutinio público cada vez mayor.

No obstante, el conflicto también podría reforzar el papel del Golfo como polo global de investigación e innovación. Las monarquías disponen de recursos financieros suficientes para sostener programas científicos y tecnológicos en un momento en que muchos sistemas universitarios occidentales enfrentan crecientes restricciones presupuestarias.

En el período de posguerra, las universidades del Golfo podrían desempeñar un papel central en la formación de las capacidades necesarias para la reconstrucción regional, contribuyendo a la creación de nuevas redes de cooperación económica, tecnológica y científica. En este escenario, el poder blando académico estaría cada vez menos ligado a la imagen internacional y más asociado a la capacidad de generar conocimiento, innovación y desarrollo para toda la región.

INVERSIONES EN EL EXTERIOR: DE LA PROYECCIÓN GLOBAL A LA RECONSTRUCCIÓN REGIONAL

Entre las distintas herramientas de poder blando utilizadas por las monarquías del CCG, las inversiones en el exterior son probablemente las más resilientes. A través de sus fondos soberanos, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Catar se han convertido en actores fundamentales de los mercados mundiales, adquiriendo participaciones en empresas estratégicas, infraestructuras, tecnologías emergentes e instituciones financieras.

Estas inversiones han permitido a las monarquías del Golfo construir una red global de relaciones económicas y políticas sin precedentes. Sin embargo, la guerra ha demostrado que la influencia financiera no se traduce automáticamente en capacidad para influir en las decisiones estratégicas de las grandes potencias ni en la evolución de los conflictos regionales.

El conflicto ha puesto así de manifiesto uno de los principales límites del poder blando económico: la disponibilidad de capital genera acceso y prestigio, pero no garantiza necesariamente autonomía geopolítica.

Además, la guerra ha acelerado un proceso de creciente "securitización" de la economía regional. Las monarquías del Golfo Pérsico se ven hoy obligadas a destinar una proporción cada vez mayor de sus recursos a la protección de infraestructuras críticas, la ciberseguridad, la seguridad marítima, la resiliencia energética y la protección de las cadenas de suministro. Esta transformación modifica profundamente la lógica original de los programas "Visión". La innovación tecnológica, la logística global y las finanzas digitales ya no son únicamente instrumentos de crecimiento económico, sino componentes esenciales de la seguridad nacional. La modernización ya no puede separarse de la seguridad estratégica.

Desde esta perspectiva emerge una dinámica más profunda. Los programas de diversificación económica impulsados por las monarquías del CCG ya no pueden interpretarse como simples estrategias para superar la dependencia del petróleo. Más bien constituyen modelos de desarrollo basados en una forma de "interde-

pendencia energética ampliada". Los fondos soberanos que financian los megaproyectos siguen alimentándose de las rentas energéticas; las infraestructuras digitales requieren un suministro energético constante; la logística depende de la seguridad de las rutas marítimas; y la transición tecnológica necesita un entorno geopolítico estable. La guerra no interrumpe el proceso de diversificación, sino que revela sus límites estructurales y la persistente dependencia de la capacidad de las monarquías del Golfo para garantizar la seguridad del sistema energético regional.

Paradójicamente, la propia guerra podría reforzar aún más el papel financiero del golfo Pérsico. La reconstrucción de las zonas afectadas por el conflicto requerirá enormes cantidades de capital, capacidades técnicas y de infraestructura. Pocos actores disponen de los recursos necesarios para sostener estos procesos en la medida en que pueden hacerlo los fondos soberanos del Golfo.

En este contexto, el poder blando financiero de las monarquías del CCG podría adquirir una nueva función. Si en el pasado las inversiones en el exterior eran principalmente un instrumento de diversificación económica y prestigio internacional, en la próxima década podrían convertirse en un mecanismo de gobernanza regional capaz de influir en la reconstrucción económica y en los equilibrios políticos del Oriente Medio de la posguerra.

A ello se suma una creciente competencia intragolfo. Las diferentes estrategias de transformación económica impulsadas por Arabia Saudí, EAU y Catar están adquiriendo una dimensión cada vez más geopolítica, alimentando formas de cooperación selectiva, pero también una competencia creciente por atraer capital, tecnología e influencia internacional. Paralelamente, la creciente proyección de los países del CCG hacia África –a través de inversiones en hidrógeno verde, energías renovables, infraestructuras portuarias y minerales críticos– refleja el intento de preservar la centralidad estratégica del Golfo también en la era de la transición energética global. Sin embargo, la inestabilidad regional amenaza con socavar precisamente esta ambición, dificultando la presentación del Golfo como un centro fiable de la nueva economía energética internacional.

La verdadera transformación del poder blando del Golfo podría consistir, por tanto, en el paso de una lógica de atracción global a una lógica de estabilización regional. El prestigio internacional seguirá siendo importante, pero estará cada vez más vinculado a la capacidad de generar seguridad económica, desarrollo y reconstrucción en un Oriente Medio inmerso en profundas transformaciones geopolíticas.

CONCLUSIÓN

La guerra está obligando a las monarquías del Golfo a replantear las estrategias de influencia construidas durante las últimas dos décadas. El turismo, las universidades internacionales, los eventos culturales, la diplomacia deportiva y las inversiones globales han permitido a Arabia Saudí, EAU y Catar pasar de ser exportadores de energía a actores centrales de la globali-

El poder blando financiero del CCG podría convertirse en un mecanismo de gobernanza regional capaz de influir en la reconstrucción económica y en los equilibrios políticos del Oriente Medio de la posguerra

zación. Sin embargo, el conflicto ha demostrado que la capacidad de atracción no puede sustituir a la seguridad y que el prestigio internacional no se traduce automáticamente en influencia sobre los equilibrios estratégicos regionales.

La principal lección de esta crisis es que el futuro del Golfo no dependerá únicamente de su capacidad para atraer turistas, estudiantes, inversiones o grandes eventos internacionales. El verdadero desafío consiste en proteger y reforzar la resiliencia de las infraestructuras físicas y digitales que sustentan el nuevo modelo económico regional. En un contexto marcado por conflictos híbridos, competencia tecnológica e interdependencia energética, la seguridad se ha convertido en una condición previa para el desarrollo.

Durante años, el éxito del golfo Pérsico se midió por el número de visitantes internacionales, la presencia de universidades extranjeras o el tamaño creciente de sus fondos soberanos. Hoy, el criterio decisivo es otro: la capacidad de preservar la estabilidad en una región atravesada por crisis cada vez más complejas. La guerra ha dejado claro que el verdadero valor del poder blando no reside únicamente en atraer personas, capital y talento, sino también en generar confianza y seguridad duraderas.

Paradójicamente, la crisis podría ofrecer a las monarquías del CCG una nueva oportunidad estratégica. Si en el pasado su poder blando se apoyaba principalmente en una imagen de modernidad y prosperidad, en la próxima década podría estar cada vez más vinculado a la capacidad de financiar la reconstrucción, facilitar el diálogo regional y promover nuevos modelos de desarrollo económico. En este escenario, los fondos soberanos, las universidades y los grandes proyectos de infraestructura dejarían de ser simples instrumentos de promoción nacional para convertirse en pilares de una arquitectura regional de estabilización.

La guerra está transformando al Golfo de escaparate de la globalización en un posible arquitecto del futuro orden de Oriente Medio. El desafío para Riad, Abu Dabi y Doha no será preservar el poder blando construido en las últimas décadas, sino adaptarlo a un entorno regional profundamente transformado. Si logran completar esta transición, la guerra no representará únicamente el límite de su poder blando, sino también el momento de su maduración geopolítica./

El deporte en el Golfo nunca ha sido una forma de 'sportswashing', sino el resultado de una política de circulación tan vulnerable como los estrechos, las rutas aéreas y los flujos financieros en los que se sustenta.

Raphaël Le Magoariec es doctor en Geografía por la Universidad de Tours (CITERES/EMAM) ; autor de *Géopolitique des pays du Golfe* (Bréal, 2026).

DEPORTE EN EL GOLFO, ¿UNA POTENCIA BASADA EN LA CIRCULACIÓN HOY AMENAZADA?

La noche del 28 de febrero, mientras los misiles iraníes caen sobre Dubái en respuesta a los ataques israelíes y estadounidenses, Mohamed bin Rashid al Maktum permanece de pie en el hipódromo de Meydan. El emir sigue las carreras en el recinto que él mismo ha convertido en un referente mundial de la hípica. La escena lo dice casi todo sobre el hombre y sobre el emirato que ha modelado a su medida, y sobre su capacidad para encarnar, incluso bajo las bombas, la continuidad de un proyecto.

Ese proyecto viene de lejos. Heredero de una dinastía que supo leer su topografía mejor que nadie, Mohamed bin Rashid gobierna una ensenada convertida en puerto franco ya en 1904 y ampliada poco a poco a partir de los años sesenta. Fueron sus modestos ingresos petroleros, el apoyo financiero de Kuwait – que dragó el Creek e invirtió en él 400.000 libras – y la contribución del emir de Catar ofrecida como muestra de alianza con motivo de su matrimonio con Maryam, hija del emir de Dubái, Rashid, en 1961, lo que permitió la construcción de puerto Rashid, inaugurado en 1972. Todo ello antes de que el emirato continuara su impulso con el puerto de Yebel Ali, en 1979, destinado a convertirse en uno de los principales puertos de contenedores del mundo. Pero es jeque Mohamed quien entiende, al filo de los años noventa, que esa infraestructura logística ya no basta y que Dubái debe subirse al tren de la globalización en plena posguerra fría, ese momento irrepetible en que la globalización, la liberalización de los flujos y el auge del transporte aéreo abrían la puerta del estatus de *hub* planetario a

quien supiera atravesarla. Sobre esa convicción levanta los pilares de un modelo inédito: Emirates Airlines para el transporte aéreo, DP World para la gestión de los puertos, Emaar Properties para el desarrollo inmobiliario, Dubai Duty Free para aprovechar comercialmente los millones de pasajeros en tránsito. Dubái se convierte así en un nudo global cuya fuerza no descansa en el petróleo, sino en su capacidad de atraer y de hacer circular.

Esa misma noche de febrero, ante la respuesta iraní, sin embargo, la navegación por el estrecho de Ormuz queda casi paralizada. Lo que tiembla no es solo una ciudad ni una economía, sino el principio mismo que sostiene a Dubái como potencia, la circulación. Personas, mercancías, capitales, imágenes y deseos, todo ese torrente que hizo de Dubái una marca planetaria queda de pronto a la merced de una guerra que estas monarquías no buscaron y que no pueden domar.

Porque Dubái no es una excepción. Todas las monarquías del Golfo, basen su poder en los hidrocarburos o en el comercio, comparten esa dependencia estructural de la libre circulación que sus protectores occidentales llevan décadas garantizando. Ahí cobra todo su sentido su apuesta deportiva. Lejos de reducirse al *sportswashing* que les reprochan sus críticos, el recurso masivo al deporte representa la prolongación coherente de una política basada en el movimiento. Sin embargo, estas monarquías, tantas veces vistas como un bloque uniforme, esconden estructuras económicas y políticas muy distintas, que deciden su resistencia a los golpes geopolíticos. Es esa diversidad, así como su común



El jeque Mohamed Bin Rashid al Maktoum asiste a la 30ª edición de la Dubai World Cup 2026 en el hipódromo de Meydan. Dubái, 28 de marzo de 2026./FBM MEDIA/GETTY IMAGES

vulnerabilidad, lo que esa noche de febrero saca brutalmente a la luz.

DE BOMBAY A YEDA, EL BALÓN VIAJA COMO UNA MERCANCÍA

El deporte en el Golfo nace de la circulación imperial británica. Donde fondeaban las flotillas británicas –en Kuwait, Dubái, Baréin, Mascate o Yeda–, el fútbol se practicó por primera vez a principios del siglo XX. Pero quienes lo arraigan de veras son los comerciantes.

Son ellos los verdaderos precursores. En Dubái, un comerciante de perlas trajo de Bombay en 1928 el primer balón tras haber vendido toda su cosecha de la temporada de pesca. En Kuwait, negociantes acostumbrados a cruzar hasta India lo introducen ya en 1917. En Yeda, representantes del comerciante Mohamed Ali Rida Zaynal, formados en el Raj, se lo enseñan a sus compañeros. De puerto en puerto, el fútbol circula como un género más, llevado por esas redes transnacionales que tejen el contorno del océano Índico. Nada lo resume mejor que el amarillo y negro del primer club de Yeda, Al Ittihad, unos colores que no proceden de la ciudad, sino de Puerto Sudán, al otro lado del mar Rojo, donde los fundadores se habían abastecido de camisetas a través de sus contactos comerciales. Esas familias fundan los clubes, los financian, los presiden y comprenden enseguida que el deporte sirve también para tejer lazos y para brillar.

La irrupción del petróleo transforma esa dinámica sin romperla. En la ciudad saudí de Al Hasa, los prime-

ros clubes se estructuran alrededor de las instalaciones de CASOC (California Arabian Standard Oil Company), la futura Aramco, a finales de los años treinta, levantados por obreros llegados de Yeda, del Cuerno de África y del mundo árabe, que a veces marcan las líneas del campo con el crudo recién bombeado. En Catar, los equipos surgen entre los trabajadores inmigrantes sudaneses, sirios, libaneses y del conjunto del Golfo, atraídos por la naciente industria. En Abu Dabi, todo se desbloquea en 1966, cuando Zayed destrona a su conservador hermano Shakhbut y emplea la renta petrolera para lanzar un gran proyecto de modernización sostenido por docentes bareiníes y sudaneses. La renta petrolera no inventa el deporte en el Golfo, pero le da estructura, instituciones y, poco a poco, los medios de una ambición que terminará por desbordar las fronteras de cada emirato.

DEL CAMPO POLVORIENTO AL ESTADIO NACIONAL, EL ESTADO SE QUEDA CON EL BALÓN

Esa circulación cultural acaba produciendo sus propios frutos. En los años setenta, las monarquías del Golfo aprovechan la renta de los hidrocarburos para dar un salto decisivo e institucionalizar sus sistemas deportivos. El deporte deja de ser una práctica espontánea de mercaderes e inmigrantes para convertirse en una extensión deliberada del Estado del bienestar, una herramienta de construcción nacional alrededor de la figura del soberano. En el fondo, un instrumento de control.

La renta petrolera ha permitido convertir la circulación cultural en potencia deportiva, y el deporte se ha vuelto uno de los pilares del proyecto nacional de unas monarquías sedientas de legitimidad

Con el impulso de unas independencias, en su mayoría recién adquiridas, emires, reyes y sultanes buscan cimentar su legitimidad en algo más que la tradición beduina o la renta del petróleo. El deporte les ofrece esa posibilidad, la de dar forma a una identidad nacional recién nacida, reunir a poblaciones dispares bajo una misma camiseta, un mismo orgullo, un mismo relato. Lo que había sido producto del comercio se vuelve palanca de poder.

La señal la lanza Catar en 1972, cuando un decreto real fusiona los clubes existentes en estructuras nuevas. La misma corriente recorre la región, y las autoridades se apoyan en las redes que habían difundido el fútbol una generación antes: entrenadores sudaneses en Catar, técnicos egipcios en las primeras selecciones emiratíes. Pero las ambiciones pronto traspasan el ámbito regional. En febrero de 1973, Pelé y el Santos F.C. hacen escala en Doha, Manama, Dubái, Riad y Kuwait durante su última gran gira, prueba de lo que persiguen estas monarquías: conectarse a los circuitos de la globalización deportiva. En Arabia Saudí, el príncipe Faysal bin Fahd ficha en 1976 al inglés Jimmy Hill, antes de traer a grandes figuras del fútbol brasileño al banquillo y a la plantilla del Al Hilal: primero a Mário Zagallo y luego al campeón del mundo Roberto Rivellino. La inversión rinde. En 1981, la selección sub-20 catarí alcanza la final del Mundial juvenil de Australia tras eliminar a Brasil y a Inglaterra, antes de caer ante la RFA. Kuwait llegó a la fase final del Mundial de 1982, Arabia Saudí se proclamó campeona de Asia en 1984 y 1988, y los Emiratos Árabes Unidos escribieron su única página en la historia mundialista durante el Mundial de Italia de 1990. La renta petrolera ha permitido convertir la circulación cultural en potencia deportiva, y el deporte se ha vuelto uno de los pilares del proyecto nacional de unas monarquías sedientas de legitimidad.

UNA PLURALIDAD DE MODELOS PARA GEOPOLÍTICAS DISTINTAS

Los flujos de personas, así como los mediáticos y de capital, se convierten en los nuevos vectores de este poder. Al filo de los años noventa, las monarquías del Golfo ya no se conforman solo con invertir en sus sistemas deportivos internos. La región vive entonces una sucesión de sobresaltos, de la guerra entre Irán e Irak

a la invasión de Kuwait por un Bagdad exhausto, hasta los choques fronterizos de 1992 entre militares saudíes y guardacostas cataríes en Khafous, que dejan al descubierto las grietas de una solidaridad regional pocas veces puesta a prueba. Todo ello en un clima económico enrarecido, con un contrachoque petrolero que golpea a economías cuyo modelo rentista enseña sus costuras. La diversificación, ya intuida en Dubái y en Baréin, se impone como necesidad de fondo.

Esa década coincide con la financiarización galopante del deporte mundial. Apoyándose en sus rentas de hidrocarburos y en sus ingresos del comercio, las monarquías del Golfo se cuelan en ella con cálculo. Un nuevo escalón se añade a su proyecto: instalarse en los sectores e instituciones que mandan en el deporte, acoger grandes competiciones, comprar clubes de ciudades emblemáticas para extender su influencia. Catar y Abu Dabi, que se perciben potencias regionales de alcance mundial, dan este paso con determinación durante la década de 2000. El Paris Saint-Germain para uno, el Manchester City para otro, se convierten en instrumentos de presencia en ciudades emblemáticas cuyo impacto mediático mundial contribuye a sus ambiciones.

Arabia Saudí va por otro camino. Convencida de ser la potencia regional por derecho propio, arrastra las inercias de su propio sistema. La toma de rehenes en La Meca en 1979 por parte de un grupo milenarista puso de manifiesto la profundidad de las tensiones internas surgidas a raíz de la modernización acelerada de los años setenta, lo que obligó a los Al Saud a actuar con una prudencia que retrasó su entrada en la competición deportiva mundial. Hubo que esperar a un rey poderoso —gracias a su red de contactos, a su cargo de antiguo gobernador de Riad y a su condición de hijo más influyente del fundador del reino, Abdelaziz Ibn Saúd, aún con vida— para que cambiara la estructura del poder. Bajo Salmán, y sobre todo bajo su hijo predilecto Mohamed bin Salmán, la apertura se acelera. A golpe de miles de millones, el reino vuelve a la mesa.

La compra del Newcastle United en 2021 por su fondo soberano PIF (Public Investment Fund) resume la jugada. Al inyectar dinero en la Premier League, la liga más vista del planeta, Riad reafirma su voluntad de influir allí donde se decide la distribución de los grandes acontecimientos deportivos. El Mundial de 2034, logrado poco después, no es fruto del azar, sino el resultado de una estrategia de seducción minuciosa de los organismos mundiales, desarrollada en paralelo a los fichajes de Cristiano Ronaldo y Karim Benzema, a las veladas de boxeo de prestigio, al circuito LIV Golf y al contrato de patrocinio que Aramco firmó con la FIFA en abril de 2024. Cada movimiento apunta al mismo objetivo: la legitimidad internacional necesaria para un día organizar los Juegos Olímpicos y el Mundial.

Desde la perspectiva geopolítica se perfilan así tres modelos. El primero, el de las monarquías ricas en hidrocarburos que usan el deporte para ganar centralidad mundial. Catar busca dominar las instituciones deportivas y hacer de ellas un engranaje de la red de interdependencias que teje por el mundo. Abu Dabi, para quien la fuerza económica es el motor de su visión geopolítica,

lo convierte en pilar de su poder federal y regional, con el City Football Group y el Gran Premio de Fórmula 1 como instrumentos estrella. El segundo modelo es mercantil y utiliza el deporte como herramienta para atraer a expatriados y turistas, como en Dubái, Omán y Baréin. Arabia Saudí ocupa una posición especial. Como principal exportador mundial de petróleo, el reino obtiene aproximadamente el 90% de sus ingresos públicos únicamente de esta fuente. Pero el desplome de los precios, de 110 a 30 dólares entre 2014 y 2016, supuso un déficit descomunal, del 15% del PIB en 2015, que precipita la presentación de Visión 2030 y le da su razón de ser. Con una población que nada tiene que ver con la de sus vecinos, el reino concibe el deporte a la vez como un motor de atracción y como un mercado interno, cuya principal clientela está formada por una numerosa juventud privada de ocio durante demasiado tiempo.

TRES MODELOS A PRUEBA DE LA GUERRA

Esos tres modelos, entre proyección y atracción, revelan vulnerabilidades muy distintas ante el caos de la guerra. El modelo catari despliega aquí toda su sofisticación. Mientras el emirato es bombardeado y el yacimiento gasístico de Ras Laffan es blanco directo de los ataques, gracias a un Paris Saint-Germain de su propiedad, Catar sigue reinando en Europa y, liberado ya del peso del Mundial 2022, gana unos meses después su segunda Liga de Campeones consecutiva. Al mismo tiempo, Doha se ve obligada a aplazar la Finalissima entre España y Argentina que, sin embargo, había conseguido como símbolo de su influencia. Las limitaciones confirman la solidez del modelo. Sus piezas deslocalizadas, clubs, los derechos televisivos, las redes institucionales, siguen funcionando al margen de lo que ocurra en el Golfo. Cuando el territorio peligra, el poder proyectado aguanta.

Abu Dabi domina ese mismo arte de la deslocalización, pero pone el territorio en el centro, decidido a explotar Dubái como corazón del *hub* regional que pretende desarrollar bajo su control. De ahí que su aparato militar, sostenido por tecnología israelí, esté pensado para preservar esa imagen de plaza segura para los negocios. Igual que en Dubái, que en caso de crisis puede apoyarse en el soporte financiero de Abu Dabi, lo urgente es no romper el calendario internacional. Por eso Dubái mantiene sus grandes citas de marzo, empezando por la Dubai World Cup, el segundo encuentro hípico mejor dotado del mundo, aunque el número de caballos inscritos este año, el más bajo de su historia, delate el miedo que pesa sobre la movilidad.

Arabia Saudí queda menos expuesta, gracias a una profundidad estratégica de la que carecen sus vecinos costeros. Aparece incluso como refugio, al acoger ya desde los octavos la fase final de la Liga de Campeones asiática, que solo debía albergar a partir de los cuartos. Pero el conflicto acelera fragilidades que venían de antes, desde 2024, entre la caída del crudo y el encarecimiento de los proyectos de Visión 2030. En abril de 2026, al presentar la estrategia del PIF para 2026-2030, Yasir Al Rumayyan anuncia un repliegue del

En el Golfo, cortar la circulación equivale a confesar la debilidad, y confesar la debilidad es minar el propio poder

fondo sobre dos ejes: reforzar los ecosistemas internos competitivos y maximizar la rentabilidad atrayendo capital privado. La Expo de Riad 2030 y el Mundial de 2034 quedan blindados, pero el LIV Golf, que no figura entre las prioridades, verá cómo se agota su financiación al término de la temporada de 2026, tras haber absorbido más de 5.000 millones de dólares. Concebido para hacer olvidar la ventaja de las monarquías vecinas, ese circuito se convierte en un lujo que el contexto ya no permite. El pequeño reino de Baréin, finalmente, demasiado exiguo para evitar la cancelación de su Gran Premio de Fórmula 1, solo cuenta con una débil estrategia de desterritorialización basada principalmente en el patrocinio, en la que apenas puede apoyarse, lo que pone de manifiesto la vulnerabilidad de un modelo sacudido de lleno por los avatares geopolíticos.

EL DEPORTE DEL GOLFO FRENTE AL ESPEJO

Esa noche de febrero, Mohamed bin Rashid al Maktum sigue en Meydan. Las carreras continúan. Pero la circulación por el estrecho se ralentiza, los misiles han caído y la Dubai World Cup se correrá con el plantel más pobre de su historia. La continuidad exhibida habla menos de la solidez del modelo que de la necesidad de mantenerlo a la vista. Porque en el Golfo, cortar la circulación equivale a confesar la debilidad, y confesar la debilidad es minar el propio poder.

El deporte en el Golfo no es una estrategia más. Es el reflejo de una geografía del poder basada en el movimiento, heredada de los comerciantes y negociantes del océano Índico, amplificada por los petrodólares, financiarizada y en constante adaptación a la evolución de la globalización. Catar, cuyas propiedades deslocalizadas siguen teniendo peso mientras arde Ras Laffan, ha llevado esta lógica a su máxima expresión. Abu Dabi y Dubái, por su parte, deben mantener la imagen de un espacio seguro para los negocios. Arabia Saudí se repliega sobre lo esencial y sacrifica todo lo que ya no sirve para su proyecto principesco en favor del futuro real que encarna el hombre fuerte del reino, Mohamed bin Salmán. Baréin, sin reservas ni profundidad, cancela y aguanta el golpe.

Lo que la guerra revela, al fin y al cabo, es que el deporte en el Golfo nunca fue *sportswashing*, sino que fue siempre, desde aquel balón traído de Bombay en 1928, el resultado de una política de la circulación. Y, como toda política de circulación, este soporte del poder es tan vulnerable como los estrechos, las rutas aéreas y los flujos financieros en los que se sustenta./

A pesar del impacto de la guerra, las emergentes escenas culturales del Golfo están demostrando una notable resiliencia y una capacidad creciente para capear tanto las tormentas económicas como las políticas.

Rebecca Anne Proctor es periodista independiente, especializada en Oriente Medio y África.

LAS MAREAS DE LA RESILIENCIA

Han pasado casi cuatro meses desde que comenzó la guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán, lo que ha sumido a los Estados árabes vecinos del Golfo en el fuego cruzado del conflicto. Convertidos cada vez más en un centro neurálgico de la producción cultural de la región, los Estados vecinos del Golfo vivían un renacimiento sin precedentes antes del conflicto, impulsado por enormes inversiones estatales y programas de diversificación que buscaban reducir la dependencia de los combustibles fósiles. Aunque la guerra ha provocado un repentino descenso del turismo, lo que ha llevado a la cancelación y el aplazamiento de numerosos eventos y proyectos, el sector cultural de los Estados árabes del Golfo está mostrando una notable resiliencia para adaptarse a un período de incertidumbre y dificultades económicas, al tiempo que preservan su patrimonio, su esperanza y su determinación para hacer realidad las ideas que llevan tanto tiempo gestándose.

Desde que Estados Unidos e Israel lanzaron su primer ataque el 28 de febrero, Irán ha atacado al Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) —los seis países árabes del golfo Pérsico que comparten vínculos políticos y económicos— con miles de misiles y drones. El objetivo eran las bases estadounidenses de la región, pero también atacaron infraestructuras civiles, aeronáuticas y energéticas en todo el Golfo, lo que ha provocado gran alarma e incertidumbre. Emiratos Árabes Unidos, Catar, Arabia Saudí, Kuwait y Baréin, que albergan bases militares estadounidenses, fueron objeto de ataques regulares. Todos estos Estados también han realizado importantes inversiones en su cultura y patrimonio para desarrollar sus respecti-

vas economías creativas, impulsar el turismo y reducir su dependencia de los hidrocarburos.

A medida que la guerra persistía y el estrecho de Ormuz permanecía cerrado, muchos en el extranjero seguían preguntándose cómo sobreviviría la creciente infraestructura cultural del Golfo, que había atraído a tantas personas de todo el mundo a sus costas en los últimos años.

"Lo que revela la situación actual es que la aceleración cultural y la estabilidad geopolítica están profundamente interrelacionadas", afirmó Paco Barragán, teórico del arte y comisario. "El ecosistema cultural del Golfo se ha beneficiado enormemente de ser percibido como un centro relativamente estable que conecta Europa, Asia y África. Cuando esa percepción se ve cuestionada, el sector cultural sufre una presión inmediata".

Al mismo tiempo —subraya Paco Barragán—, "la crisis pone de manifiesto un cierto grado de resiliencia institucional". La mayoría de las principales instituciones permanecieron operativas durante las primeras semanas de los ataques, continuaron las exposiciones y se mantienen proyectos a largo plazo como el Guggenheim de Abu Dabi, el Museo Nacional Zayed y numerosas iniciativas regionales. "Art Dubai también ha demostrado agilidad al introducir, por primera vez, un modelo de reparto de riesgos en el que los costes de participación de las galerías están parcialmente vinculados al éxito comercial en la feria", añade. "En lugar de indicar una debilidad sistémica, estas respuestas sugieren que la infraestructura cultural de la región está entrando en una fase de adaptación y consolidación institucional".



Art Dubai Special Edition: Celebrating UAE's Cultural Community. Dubái, 14 de mayo de 2026./CEDRIC RIBEIRO/GETTY IMAGES FOR ARTS DUBAI

Aunque los retos relacionados con el transporte marítimo, los vuelos y las dificultades económicas han afectado a los eventos culturales regionales y mundiales a corto plazo, las entidades del Golfo han ido encontrando formas de adaptarse y seguir adelante con resiliencia.

"¿Llegará a celebrarse Art Dubai?", bromeaban varios invitados durante la inauguración de la 61.^a edición de la prestigiosa Bienal de Venecia, a principios de mayo.

Para gran sorpresa de la comunidad artística mundial, la feria –uno de los principales eventos de la región dedicados al arte moderno y contemporáneo– se celebró a pesar de la guerra. La 20.^a edición anual de Art Dubai se pospuso un mes, de mediados de abril a mediados de mayo. Rebautizada como Art Dubai Special Edition, la feria pasó de los 120 expositores previstos a solo 50, y también se redujo el programa ampliado inicialmente planteado. Aunque se pusieron en marcha planes de contingencia en caso de ataques o nuevas alertas de emergencia, coleccionistas locales, regionales e incluso algunos internacionales visitaron la feria en señal de solidaridad. El ambiente era optimista y positivo, y los asistentes expresaron su firme confianza en la capacidad de Emiratos Árabes Unidos para recuperarse, quizá incluso salir más fuertes tras este periodo.

"Esta es una de las mejores ediciones de Art Dubai", afirmó la galerista iraní-estadounidense Leila Heller, que dirige sucursales de su galería homónima en Dubái y Nueva York. "Hemos recibido un enorme apoyo por parte de Art Dubai. Nos sentimos respaldados y prote-

gidos. Todo el mundo ha acudido; está abarrotado y la gente está muy ilusionada por volver a ver arte. En este país existe un mecenazgo maravilloso; el arte y la cultura forman parte de su sostenibilidad".

El cierre del estrecho de Ormuz y la disminución de las aerolíneas que operan desde y hacia el Golfo, provocaron retrasos y cambios de ruta en el transporte de obras de arte y materiales para las exposiciones que se celebraban durante la Bienal de Venecia. Aun así, los pabellones nacionales de Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Catar abrieron sus puertas a tiempo. En Arabia Saudí, el tan esperado Museo del Oro Negro, que recorre la historia del petróleo a través del arte, abrió sus puertas en Riad a principios de abril de 2026, en plena guerra.

Por su parte, *Aghrab Idrāk: Thresholds of Perception*, una exposición en el Palazzo Cavanis acompañada de un simposio que marcaba la primera participación de VCUarts Qatar (Escuela de Artes de Virginia Commonwealth en Catar) en la Bienal de Venecia, aplazó su apertura al público hasta el 1 de junio debido a problemas logísticos derivados de la guerra.

"Uno de los aspectos más llamativos del ecosistema cultural de Catar ha sido su resiliencia", afirmó Amir Berbic, decano de VCUarts Qatar. "Décadas de inversión en educación artística, museos, diseño, investigación e infraestructura cultural han creado un entorno capaz de adaptarse a circunstancias difíciles sin dejar de avanzar. Esta sólida base ha permitido al sector cul-

Décadas de inversión en educación artística, museos, diseño, investigación e infraestructura cultural han creado un entorno capaz de adaptarse a circunstancias difíciles sin dejar de avanzar

tural no solo resistir períodos de incertidumbre, sino también mantener su compromiso con la creatividad, la innovación y el intercambio”.

En la VCUarts Qatar, fundada en 1998 como la primera universidad de la Ciudad de la Educación de Doha, “esa resiliencia ha sido especialmente evidente”, afirma Berbic. La institución lleva casi tres décadas cultivando el talento creativo, fomentando las colaboraciones internacionales y construyendo una comunidad dinámica de artistas, diseñadores, investigadores y líderes culturales. “Como resultado, la respuesta a los recientes retos geopolíticos regionales se ha caracterizado no simplemente por la inestabilidad, sino también por la continuidad, la adaptabilidad y un compromiso sostenido con la excelencia educativa y creativa”, subraya.

En Emiratos Árabes Unidos, la comunidad cultural se unió para desarrollar iniciativas destinadas a impulsar las ventas en un momento de incertidumbre económica. Un ejemplo es *Déjà Vu*, una exposición pionera celebrada en Concrete, el espacio industrial de Alserkal Avenue, principal distrito cultural de Dubái. La muestra reunió a 20 destacadas galerías de arte contemporáneo de Emiratos Árabes Unidos en una exposición colectiva con venta de obras, abierta durante 14 días, del 24 de abril al 8 de mayo. La exposición nació como una iniciativa conjunta de rescate destinada a apoyar a las galerías afectadas que se enfrentaban a una temporada artística primaveral trastocada debido a la guerra con Irán. El evento se organizó expresamente con una política de precios transparentes, con muchas obras por debajo de los 10.000 dólares, para atraer al creciente segmento de jóvenes coleccionistas del país y proporcionar liquidez inmediata a las entidades artísticas locales en un momento de gran necesidad.

“A pesar de todo, la presencia cultural árabe se ha mantenido activa e influyente y quizás, incluso, más consciente de su papel como forma de poder blando que refleja el pulso de la sociedad y ofrece narrativas alternativas”, afirmó Iyad Qanazea, un empresario palestino que dirige la Galería Qanazea en Abu Dabi. “El sector cultural se volcó por completo, y todos pusieron de su parte para mantenerse activos y respaldar a nuestra comunidad con todos los recursos a su alcance. Me siento agradecido de formar parte de esa escena”.

Qanazea decidió abrir su galería en Abu Dabi en 2023 atraído por las oportunidades que ofrecía la ciudad, junto con su creciente sector cultural y el rápido auge de los museos. “Para mí fue una decisión natural”, afirma. “Hoy en día, la ciudad se erige como uno de los

grandes centros culturales emergentes a nivel mundial, con una importante inversión en infraestructura cultural y un entorno institucional estable que fomenta los proyectos a largo plazo”. “En la isla de Saadiyat, dentro del Distrito Cultural de Saadiyat, una gran variedad de museos da testimonio de este crecimiento”, añade.

En 2025, Abu Dabi vivió un año histórico para su panorama cultural, con la inauguración de cinco museos en todo el emirato. Entre ellos se encontraban la pieza central del Distrito Cultural de Saadiyat, el Museo Nacional Zayed, dedicado al legado del difunto jeque Zayed bin Sultan al Nahyan; el Museo de Historia Natural de Abu Dabi, que abarca 13.800 millones de años de historia y constituye la mayor institución de historia natural de Oriente Medio; teamLab Phenomena Abu Dabi, un amplio espacio artístico multisensorial e interactivo creado por el colectivo artístico japonés del mismo nombre; el Museo Al Maqta, situado en el interior del histórico fuerte de Al Maqta, reconstruido, que anteriormente sirvió como aduana y que celebra la evolución sociocultural temprana de la zona de Al Maqta; y el Museo de Al Ain, el primero del país, que reabrió sus puertas a finales de 2025 tras una gran remodelación que combina el patrimonio histórico con modernas salas de exposición.

A pesar de los contratiempos derivados de la guerra con Irán, por el momento el tan esperado Guggenheim Abu Dabi sigue teniendo previsto abrir sus puertas al público a finales de 2026.

“El público de Abu Dabi es diverso y curioso, lo que crea un espacio ideal para presentar el arte árabe en un contexto global y contribuir al diálogo cultural que la ciudad está configurando activamente”, añade Qanazea.

LA VELOCIDAD INSTITUCIONAL

Paco Barragán ha escrito sobre lo que él denomina “velocidad institucional” en el sistema artístico global, donde destaca el ritmo de crecimiento históricamente acelerado del Golfo. El concepto de velocidad institucional, explica, “se refiere a la extraordinaria rapidez con la que el Golfo ha construido museos, bienales, ferias de arte, colecciones e infraestructura cultural en los últimos 15 años, un proceso que llevó aproximadamente 50 años en América Latina y 25 años en Asia Oriental”.

¿Cómo ha podido la región desarrollar su infraestructura cultural a tal velocidad?

La mayoría de los países árabes del Golfo son relativamente jóvenes. Kuwait, Baréin, Catar, Omán y Emiratos Árabes Unidos —estos últimos formados por los antiguos Estados de la Tregua—, todos ellos bajo distintas formas de protección británica, alcanzaron la plena independencia del Imperio Británico a comienzos de la década de 1970. Aunque Arabia Saudí nunca fue colonizada, se constituyó como Estado-nación en 1932.

“A diferencia de muchas instituciones occidentales, limitadas por largos procesos burocráticos, los proyectos culturales del Golfo a menudo han sido capaces de pasar de la idea a la ejecución en plazos notablemente cortos”, añade Paco Barragán.

“El actual conflicto regional introduce, sin duda, nuevas incertidumbres”, añade. “Las interrupciones en los



Wafa al Falahi, *Fever Dream*, 2025, técnica mixta sobre lienzo.
Hunna Art Gallery

viajes, las preocupaciones en materia de seguridad, el aumento de los costes de los seguros y el impacto psicológico de la inestabilidad geopolítica afectan inevitablemente a la movilidad cultural y a la participación internacional. Sin embargo, sería prudente a la hora de interpretar esto únicamente como una prueba de fragilidad”.

Aunque muchos proyectos y eventos se han pospuesto y siguen en suspenso, son muchos los que aún depositan sus esperanzas en la recuperación de la región. La temporada de otoño se perfila como muy animada. La primera edición de Frieze Abu Dhabi se celebrará del 19 al 22 de noviembre, coincidiendo con la segunda edición de Nomad Abu Dhabi, la feria dedicada al diseño de colección. En Doha, por su parte, se desarrollará un intenso calendario de actividades, entre ellas la aplazada Bienal de Diseño de Doha, del 5 de noviembre al 31 de diciembre, y la edición inaugural de Rubaiya Qatar, una cuatrienal nacional de arte contemporáneo que reunirá instalaciones, encargos y exposiciones de más de 50 artistas internacionales repartidos por distintos espacios urbanos y centros culturales de la ciudad.

“El Golfo es actualmente una de las regiones más activas a nivel mundial en términos de desarrollo cultural, experimentación y creación de instituciones”, afirmó María Gracia de Pedro, fundadora de Artepreneur, una empresa boutique de recursos humanos especializada en cultura. “Implicarse en la región hoy en día significa participar en los debates que están definiendo cómo funcionarán los futuros ecosistemas culturales”.

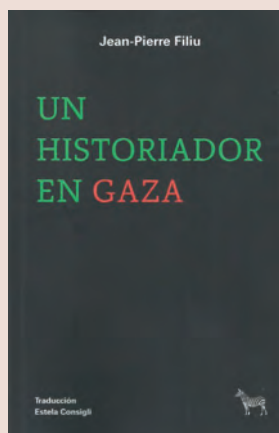
Paco Barragán subraya que no es el momento para que el mundo del arte internacional se distancie del Golfo. Considera que los períodos de incertidumbre hacen que el intercambio cultural sea aún más importante.

Las ferias de arte, los museos, las bienales y las instituciones culturales no son meras plataformas comerciales; son también espacios a través de los cuales se mantienen el diálogo, el conocimiento y las relaciones internacionales cuando las circunstancias políticas se vuelven más complejas.

“Y lo que es más importante, el Golfo ya no es un actor periférico en el sistema artístico mundial”, afirma. “En los últimos 15 años se ha convertido en una de sus regiones más dinámicas, atrayendo a importantes instituciones, colecciones, artistas, comisarios e inversiones culturales. Suspender el compromiso sería no comprender la naturaleza a largo plazo de esta transformación”.

Gracia de Pedro comparte la misma opinión que Paco Barragán. “Para nosotros, el compromiso no se reduce únicamente a las oportunidades de mercado; se trata de las personas: apoyar a los artistas, crear trayectorias profesionales, fomentar el intercambio entre regiones y contribuir a un sector cultural más conectado”, afirma. “Los períodos de incertidumbre son precisamente aquellos en los que mantener el diálogo cobra mayor valor. Las relaciones culturales que se construyen hoy suelen convertirse en la base de la colaboración, la resiliencia y el crecimiento a largo plazo del mañana”./

Lecturas de afkar/ideas



Un historiador en Gaza. Jean-Pierre Filiu, *La Cebra, Adrogué, 2026, 192 páginas*

La indignación y el horror ante cualquier práctica genocida tiene fecha de caducidad. Nuestras conciencias no pueden verse permanentemente atrapadas ante el terror infligido sobre víctimas civiles, y el progresivo olvido parece ser un bálsamo colectivo ante el dolor que ha sido transmitido a través de nuestras pantallas. Pero para que el olvido no actúe como cómplice de los responsables del daño cometido, es importante documentar lo sucedido. Cuando las tropas norteamericanas entraron en los campos de concentración de la Alemania nazi, ordenaron recopilar documentos, imágenes y testimonios que servirían en los posteriores procesos judiciales, así como para evitar que lo sucedido pudiera olvidarse. Hoy nos encontramos en el mismo momento forense respecto a lo ocurrido en Gaza y Cisjordania, y las acciones llevadas a cabo por el ejército israelí siguiendo órdenes de Benjamín Netanyahu. Entidades como Forensic Architecture, de la Goldsmiths-University of London, creada en 2010 por iniciativa del arquitecto israelí Eyal Weizman, están documentando la destrucción padecida en la Franja de Gaza, y sus estudios están siendo incorporados a la instrucción de la causa por genocidio presentada

por Suráfrica contra Israel en la Corte Internacional de Justicia por genocidio.

El historiador y diplomático francés Jean-Pierre Filiu pasó en Gaza 34 días, entre diciembre de 2024 y enero de 2025, como miembro de Médicos sin Fronteras. Como escribe al inicio de su libro, "nada me preparó para aquello que he visto y he vivido en Gaza". Y que esto lo diga alguien que conoce bien este enclave palestino con estancias regulares desde 1980, dota de mayor importancia su testimonio. Lo que recoge Filiu en este libro es el testimonio de una destrucción inaudita, con más de 75.000 víctimas, unos dos millones de personas desplazadas en un exiguo territorio, y en el que el 87% de las viviendas e infraestructuras han sido totalmente destruidas por la acción del ejército israelí. Una catástrofe humanitaria que desborda el dolor vivido en la Nakba de 1948.

Filiu suspende todo análisis académico, y se convierte en testigo de un episodio más de la interminable guerra de Israel contra la Franja de Gaza, más que contra Hamás, que sirve de excusa al gobierno de Netanyahu para arrasar todo el territorio, cementerios incluidos. Y es que la violencia contra los muertos siempre se dirige hacia los vivos, pues pretende acabar con todo rastro de la presencia palestina en ese territorio. Las acciones contra hospitales, escuelas y universidades de Gaza poco tienen de justificación militar, y son contrarias a la Convención de Ginebra. Pero poco importa cuando las redes sociales difunden imágenes de soldados israelíes maltratando y humillando a gazatíes, en plena escalada de deshumanización.

En la presentación de su libro en Barcelona, Filiu reconoció que fue a Gaza porque sabía que no sabía lo que estaba pasando, pero la realidad que observó apenas dejó algún resquicio a la imaginación. Todo desafía las palabras. El pueblo de Gaza, de nuevo, como rehén de la disputa entre Israel y Hamás, y además padeciendo todos los efectos paralelos del pillaje de una ayuda humanitaria escasa y mal planificada, con un mercado negro de productos de primera necesidad, y con multitud de amenazas a su ya precaria salud colectiva. La Organización Mundial

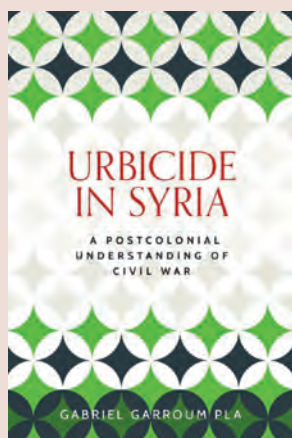
de la Salud vaticinó que la mayoría de los niños y niñas de este territorio padecerán secuelas traumáticas. Gaza se siente abandonada por el mundo, y ya es tiempo de decir que en Gaza no hubo una guerra sino un intento de genocidio. Y eso deberá ser discernido por parte de la justicia global, a pesar de que sus culpables quieran buscar subterfugios legales para evitar ser juzgados. No habrá suficientes abogados para disipar la culpa moral de todos aquellos que alentaron la eliminación de casi el 2,5% de la población gazatí.

Pero, a más pesar de los palestinos, Gaza se ha convertido en un escenario en el que observar la derrota de la diplomacia y el desprecio del derecho Internacional, y al mismo tiempo ha sido el campo de prueba de la hipertecnificación de la guerra, o del control biométrico masivo de las poblaciones. Para Filiu, la acción del ejército israelí en Gaza tras la masacre del 7 de octubre de 2023 responde a un conjunto de guerras existenciales que hoy en día están ocupando la escena global, desde Ucrania con Rusia a Irán con EEUU, en el que los atacantes sostienen su *lebensraum* geopolítico. Un escenario inquietante para toda la Humanidad.

Si el libro de Jean-Pierre Filiu fue difícil de escribir, aún es más duro de leer. Pero como testimonio directo (un privilegio entre tanta víctima, tal como él mismo reconoce), merece ser tenido en cuenta para reportar lo que ocurrió (y sigue ocurriendo). Filiu nunca se envuelve en la bandera de un humanitarismo banal, no aprecia brotes verdes ni en la tierra arrasada de Gaza ni en la conciencia internacional ante lo sucedido. Es ahora cuando sacuden como nunca las amargas palabras de Susan Sontag: "siempre que sentimos simpatía, sentimos que no somos cómplices de las causas del sufrimiento. Nuestra simpatía proclama nuestra inocencia, así como nuestra ineficacia". Sontag se refería a la guerra de Bosnia, y al desdén internacional por la suerte de Sarajevo. Bien podría aplicarse al caso de Gaza y Palestina su apelación a reflexionar "sobre cómo nuestros privilegios están ubicados en el mismo mapa que su sufrimiento, y pueden estar vinculados –de maneras

que acaso prefiramos no imaginar”. Por ello y por muchas cosas más, nunca dejemos de hablar de Gaza.

— *Jordi Moreras, profesor agregado Serra Húnter, departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social, Universitat Rovira i Virgili*



Urbicide in Syria. A Postcolonial Understanding of Civil War.

Gabriel Garroum Pla, Manchester University Press, 2025. 250 páginas

Los 14 años de conflicto armado en Siria han dejado un territorio devastado. Barrios y pueblos enteros fueron borrados del mapa. Millones de casas inhabitables. Hospitales, escuelas y otras infraestructuras básicas, destruidas.

Cuando en 2011, siguiendo la estela de las primaveras árabes, los sirios salieron a la calle pidiendo libertad, justicia y el fin de la corrupción y el terror, la respuesta del régimen de Bashar al Assad fue la represión. Manifestantes, activistas y disidentes se enfrentaron a arrestos, torturas, desapariciones y asesinatos mientras el conflicto se militarizaba. Pero la violencia también se cebó con los espacios físicos, bajo el pretexto de acabar con la oposición. Sus habitantes fueron asesinados o desplazados.

La ciudad de Alepo, entonces la más poblada del país, fue una de las que conoció la ruina y la desesperanza. La ofensiva rebelde llegó a la ciudad en 2014, y en su afán para frenar su avance, el régimen empleó violencia masiva. Con tanques y desde el aire, las fuerzas de Al Assad bombardearon

sistemáticamente los barrios orientales, bajo control opositor, que fueron brutalmente asediados a finales de 2016, poco antes de la derrota y marcha de los rebeldes. Algunas estimaciones calculan que más de un tercio de los edificios de la que antaño había sido una capital del comercio internacional fueron dañados o destruidos. Si uno hubiera observado Alepo desde el cielo en aquellos días, se habría encontrado con una imagen sorprendente: un oeste de la ciudad en pie, aparentemente normal y bullicioso, al lado de los barrios del este, arrasados y vacíos. El régimen sumaba una victoria importante con esa batalla. Pero para conseguirla, había perpetrado un urbicidio, es decir, la destrucción deliberada del espacio urbano como un instrumento de dominación política.

Entre los que perdieron algo en Alepo está Gabriel Garroum Pla, autor del libro *Urbicide in Syria. A Postcolonial Understanding of Civil War*. Es de Barcelona, pero nacido en una familia medio siria. Durante los combates, su casa familiar en el barrio alepín de Al Jdeideh fue allanada, saqueada y destruida. Garroum Pla decidió transformar ese duelo en conocimiento. El episodio le llevó a preguntarse “cómo la destrucción de casas, plazas, calles e infraestructuras, así como la militarización de los espacios cotidianos, transformó no solo el Estado sirio sino también a su gente y sus identidades políticas. ¿Qué cambia cuando el entorno cotidiano es brutalmente desgarrado? ¿Qué políticas e identidades emergen de los espacios en ruinas?”.

Estas son algunas de las preguntas a las que quiere responder a lo largo del libro, este profesor lector de la Universidad Pompeu Fabra, y doctor en Estudios de la Guerra por la King's College de Londres. Para ello, se centra en el estudio de dos casos: Damasco –la capital siria– y Alepo.

Estos ejemplos le sirven a Garroum Pla para desarrollar su tesis central: la destrucción urbana en Siria no fue un efecto secundario de la guerra, sino un instrumento deliberado del gobierno; una forma de eliminar no solo a sus opositores sino a comunidades enteras y a su

capacidad de acción política. Destruir casas, calles, hospitales, escuelas y mezquitas era también destruir comunidades, identidades y memoria colectiva. A eso, el autor le llama urbicidio.

El concepto no es nuevo, de hecho, nace en Estados Unidos para explicar la violencia hacia la ciudad vinculada a procesos de desarrollo urbanos. Y ya se aplicó a conflictos como el de la antigua Yugoslavia, en los años noventa. Pero Garroum Pla le añade una perspectiva nueva, la poscolonial.

La violencia espacial del régimen de Al Assad –argumenta– no puede entenderse sin el legado del Mandato francés, que explotó y profundizó las fracturas sectarias y regionales de la sociedad siria para consolidar su dominio. Lo que Al Assad hizo en Alepo o en suburbios de Damasco como Ghouta no era una anomalía: era la continuación de una lógica de dominación que viene de lejos. En esta línea temporal encontramos también la brutal represión de su padre, el dictador Hafez, contra la ciudad de Hama a inicios de los años ochenta. Es una expresión de lo que el filósofo Achille Mbembe –muy presente en el libro– llamó necropolítica, el poder de decidir qué poblaciones son prescindibles y pueden ser condenadas a muerte o a la expulsión.

Esta lectura permite al autor poner sobre la mesa otro elemento fundamental: que la reconstrucción posbélica es también un acto político. A través de decretos y leyes, el régimen decidió quién podía volver y quién no. Los barrios arrasados no se reconstruyeron igual para todos. El espacio urbano, en definitiva, lejos de ser un elemento neutro, fue escenario de una depuración política y social.

Sin embargo, Garroum Pla no nos habla de los sirios solo como víctimas pasivas del urbicidio. También pone de relieve su resistencia ante este suceso. Se reapropiaron de plazas y calles, generaron nuevos espacios, documentaron la memoria de sus barrios destruidos e imaginaron de nuevo su comunidad política, incluso desde el asedio y desde el exilio.

Además, lo que distingue a *Urbicide in Syria* de otros análisis académicos sobre la guerra siria es que Garroum Pla no construye su argumento solo desde la teoría.

El libro se nutre de entrevistas con sirios, de investigación archivística y de expresiones artísticas y literarias, que aproximan a los lectores a la experiencia terrible de la destrucción. El resultado es un texto que, sin renunciar al rigor académico, no pierde de vista la dimensión humana.

Se trata, pues, de un trabajo imprescindible para adentrarnos en una dimensión del conflicto en Siria poco conocida hasta ahora, y cuya importancia es cabal en la nueva etapa política que se abre en el país, tras la caída de Al Assad en diciembre de 2024, y con la ingente tarea de la reconstrucción por delante. Pero también lo es en un momento en que vivimos nuevos urbididos, algunos tan próximos como el de Gaza. El libro de Garroum Pla nos permite mirar hacia atrás y hacia adelante en el tiempo. Y también nos pone, como sociedad, frente al espejo.

— *Oriol Andrés Gallart, periodista y autor del libro 'Siria. Els rostres de la revolució'*



Gaza. Poemas contra el genocidio. Edición, selección y traducción del árabe de Ignacio Gutiérrez de Terán, *Ediciones del Oriente y del Mediterráneo*, 2025, 190 páginas

En 1953 Rafael Alberti preguntaba: "¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?". Una pregunta que, *mutatis mutandis*, podría dar lugar a diversas antologías poéticas. En este caso se trata de una selección de breves textos, acopiados, seleccionados y traducidos por

Ignacio Gutiérrez de Terán. Se deben a 30 poetas, varones y mujeres, casi mitad por mitad, a quienes se presenta en breves semblanzas. Los completan dos breves ensayos: uno del propio antólogo y otro del palestino Ali al Amiri. Los poetas mantienen vínculos con Gaza por nacimiento o residencia, por haber sido desterrados de allí o por haber sufrido las consecuencias de la aniquilación multitudinaria de la que venimos teniendo noticia estos años.

Tres de quienes aparecen en el libro han encontrado la muerte violenta en Gaza desde 2023. Las poetas Hiba Abu Nada y Maryam Hegazi, y el poeta Salim al Naffar. La presencia de personas asesinadas en una antología nos permite adivinar la respuesta a la pregunta con que parafrasearíamos a Alberti: ¿de qué hablan los poetas palestinos (o gazatíes) de ahora? Hablan de muerte.

Los autores de los dos ensayos que enmarcan la antología expresan la inquietud ante la posibilidad de que la poesía no sirva para nada. Ali al Amiri se lo pregunta de manera expresa: "Para qué hacer poesía en Gaza", y su respuesta podría alinearse con la idea de Gabriel Celaya, quien dijo: "la poesía es un arma cargada de futuro". Esperanza parece albergar también el antólogo, quien acaba su introducción diciendo: "No dejemos que ocurra". Se refiere a la imagen de Gaza como una "fosa común", título de uno de los poemas recogidos, de Yazid Yabar Shaath, un joven poeta de 24 años, que se presentaba así en junio de 2025: "Escribo poesía en un intento de documentar el padecimiento en que vivimos y reflejar el dolor, la pérdida y el desamparo que llevamos arrastrando desde hace más de un año y medio. Un inmenso fardo de muerte y desolación".

De modo que la muerte puede también cantarse por motivos ajenos al intento de prevenirla. El duelo impone sus propios ritos. Uno consiste en llorar al ausente, algo que no está del todo reñido con el humor, como muestra la libanesa-palestina Maya Abu Alhayyat, que canta a su amado evocando al hijo que ya no podrá tener con él porque a aquel lo asesinaron ("Mahmud podría haber sido nuestro hijo; / yo me habría opuesto a ese nombre /

pero tú habrías insistido por razones familiares."). Otro de los ritos verbales de la muerte consiste en rememorar, intento de devolverles algo de vida a quienes hemos perdido. En la antología hay varias invocaciones de quienes ya no están, como en el poema de Maryam Qawsh ("Hoy ha sido asesinado el mártir fulano y su madre, y su padre, y sus hijos, y todos los que vivían en el edificio, y su memoria, y sus sueños, y sus días por venir y los días que vinieron...").

He leído esta antología en papel, no en formato digital. Un libro es un prisma rectangular, como las tumbas, las fosas, las lápidas. Quienes nos acercamos a este libro nos incorporamos a los ritos de la muerte. Los poetas contaban con nosotros y nosotras. Lo ha dejado escrito Yahya Ashour ("ahora el mundo está despierto, muy despierto: / unos bailan, otros cantan, / algunos, pocos, leen lo que les alcanzan de nuestras cosas / y los menos se manifiestan en sus ratos libres."). También cuentan con nosotros y nosotras para que hagamos algo, pues, como dice Hind Joudah, "hacer poemas bajo las bombas es una llamada de auxilio". El mundo participa, pues, en estos ritos, evocando a quienes cayeron, compartiendo en alguna medida el dolor de quienes siguen con vida, a menudo en desplazamientos forzosos, de los que vuelve a ser símbolo de otro prisma rectangular, la maleta, que aparece en alguno de los poemas. Añadamos la jaula, a menudo rectangular y reflejo de la realidad que se vive en Palestina, tal como la describe Nasser Rabah en "Abramos todas las jaulas". Y la geometría reaparece de otro modo, explicitado por Ali al Amiri, al negarse a admitir que la aniquilación y el destierro sean consecuencia de una guerra, pues las guerras solo se dan entre dos bandos simétricos.

La traducción de estos poemas estaba justificada, casi exigida. Los poetas de Gaza, tal como hace Amal Abu Asi, nos interpelan a todos y a todas ("Mundo, / no te pienses que nos vamos a acostumbrar / a estas tiendas de campaña.").

— *Salvador Peña Martín, traductor del árabe y profesor en la Universidad de Málaga*



Maneras de ser Palestina. Antología de nuevas poetas.
Edición y traducción de Luz Gómez. Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2025, 156 páginas

No es fácil reseñar una antología de poesía. Menos aún, una antología de poesía palestina. Más complejo todavía es reseñar una antología de poesía palestina escrita por mujeres.

Cuando se habla de Palestina y, especialmente, desde el genocidio en curso desde octubre de 2023, es habitual preguntarse sobre el papel o, incluso, el sentido, de la creación artística en un contexto de extrema violencia. ¿Qué pueden hacer las palabras, la poesía, frente a la destrucción y la deshumanización total? Como apunta la traductora y editora Luz Gómez en el prólogo de *Maneras de ser Palestina. Antología de nuevas poetas* (2025), la poesía en Palestina tiene un estatuto particular, ya que “los versos de sus poetisas han sido, desde la Nakba inicial, una herramienta fundamental para luchar contra la desposesión del pueblo palestino a manos de Israel”. La poesía en Palestina no solo se escribe. Se canta, se vive, permanece. Se convierte en himno. Es un arma contra el culturicidio.

Esta pregunta, planteada con diversos matices, atraviesa las poéticas que las propias poetisas redactaron con motivo de esta antología. Escriben para aferrarse a la belleza, a la verdad, a la vida... a la humanidad. “La poesía es mi única vía de escape [...] para dirigirme a la vida que crece en mi interior”, afirma

Hala Shrouf, “La poesía ha sido y sigue siendo una especie de grito, como si estuviera pidiendo ayuda”, dice Maya Abu al Hayat. Asmaa Azaizeh, recuperando la genealogía poética de la resistencia, reconoce que la poesía es necesaria para “resistir a la injusticia con la verdad, a la fealdad con la belleza y al odio con el lenguaje”. O, en palabras de Mona Musaddar, “con mi poesía he querido decir que soy un ser humano más allá del genocidio, que me niego a que se me mitifique, se me convierta en un arquetipo y se normalice mi muerte gratuita”.

Esta antología reúne poemas escritos por 15 poetisas nacidas entre 1977 y 2005, a las que Luz Gómez denomina “nuevas poetisas palestinas”, por el giro hacia lo personal y cotidiano que se observa en su poesía respecto a la generación anterior. Cada selección de poemas va precedida de una breve biografía de la autora con su foto, así como una poética redactada por ellas mismas, menos en el caso de Ghada Shafii, en paradero desconocido, y Hiba Abu Nada, asesinada en 2023 durante un bombardeo israelí al campamento de Jan Yunis.

El tono de los poemas que reúne la antología se va recrudeciendo según nos acercamos a las autoras más jóvenes. Las poetisas hablan, inevitablemente, de la muerte, como Samar Abd al Jaber, que sentencia que los muertos “en sus sepulturas / no ven vuestras caras, / no oyen lo que decís en vuestras visitas anuales, / no huelen los ramos de flores que les lleváis.” Reivindican también el derecho a morir dignamente, como Batool Abu Akleen: “Quiero una tumba. / No quiero que mi cuerpo se pudra en una cuneta”. Y está presente, además, la violencia, los continuos ataques armados que evoca Hiba Abu Nada: “La noche de la ciudad es oscura, salvo por el brillo de los misiles. / Silenciosa, salvo por el sonido de los bombardeos”.

Así mismo, los poemas hablan de lo desgarrador de la maternidad en Palestina: “Para ser una madre palestina/ tienes que aprender cuatro cosas muy simples: / cómo se abraza a un hijo herido / hasta que se desangra. [...] Tienes que ser gata, / cocodrilo / y avión, / una coraza / y el techo de una jaima”,

escribe Maya Abu al Hayat. En ellos, leemos también sobre la genealogía familiar que acaba en el exilio, como en este poema de Jumana Mustafa: “Los parimos, y siendo pequeños todavía, los enviamos lejos, antes de que la tierra los llamara. Por billetes de veinte dinares los cambiamos, a nuestros hijos; por fotos a color, a nuestros nietos. Eran tiempos difíciles. Así lo cuenta la historia.”

Pero, sobre todo, las poetisas escriben sobre la vida. Sobre el derecho a la vida, como reivindica Neama Hassan: “No sé cuándo el trigo aprendió a hacerse fusil y cómo el mundo se ha convencido de que hemos aprendido a ser muertos. / Lo que yo sé es que a mis hijos y a mí se nos da bien la vida...”. O también, de la simple cotidianeidad de la vida, de la que habla con cierta fascinación Dalia Taha: “Esa es la gracia, / estar vivo, / sentir curiosidad por los que te rodean, / estar vivo y no entender muy bien qué significa”. Y como parte de la vida, está también presente la rabia, la rebeldía, la resistencia: “Cada vez que intento escribir, aparece Gaza con su jeta rebelde... Y alza los dedos en señal de victoria” concluye Neama Hassan.

La forma en la que está concebida la antología permite que, en la lectura, se establezca un vínculo directo con las poetisas, olvidando prácticamente el rol mediador de la traducción. Cabe destacar la cuidada traducción de Luz Gómez que mantiene el tono poético con naturalidad y delicia a lo largo de toda la antología. Resulta preciso reconocer esta labor, en ocasiones denostada. En concreto, Luz Gómez es conocida y reconocida por su trabajo de difusión de la poesía palestina en lengua española, especialmente la obra literaria del ineludible Mahmud Darwish, poeta cuya influencia, por cierto, reconocen muchas de las autoras de la antología, citándolo en sus poéticas o en sus poemas.

No es de extrañar que resulte complejo reseñar *Maneras de ser Palestina. Antología de nuevas poetisas*. Su lectura es a la vez un puñetazo en el estómago y un soplo de aire fresco.

— Ana González Navarro, profesora e investigadora en la Universidad Autónoma de Madrid



POLÍTICA EXTERIOR

**Ya conoces la noticia.
Ahora descubre lo que hay detrás.
Y lo que viene después.**



POLÍTICA EXTERIOR

Un año (6 números)

Papel: 70€

Digital: 55€

+ **Papel+digital: 85€**



SUSCRIPCIÓN TOTAL

Un año

Suscripción total digital: 145€

Política Exterior + Informe semanal

+ **Suscripción papel / digital: 168€**

Política Exterior papel + Informe semanal



INFORME SEMANAL

Un año (48 números)

Digital: 140€



AFKAR / IDEAS

Un año (3 números)

Papel: 20€

Toda la información en politicaexterior.com

+34 91 431 26 28 // suscripciones@politicaexterior.com

*Consulter les frais d'expédition hors d'Espagne



**Cuando exploramos todas
las energías, hacemos avanzar
a todas las personas.**

Con toda la energía

repsol



► Complejo de energía renovable en Huelva.
Producción de energía eléctrica y térmica renovable con biomasa.



► Complejo de energía renovable en Puertollano.
Impulso del proyecto para producir combustibles renovables.



► Planta de biofertilizantes y biometano
La Galera en Tarragona.



► Biofábrica de Ence en Navia.
Celulosas especiales y energía térmica renovable.



De la biomasa a múltiples energías renovables:
Somos un motor de la autonomía energética